

GLOSSAE

European Journal of Legal History



ISSN 2255-2707

Edited by

Institute for Social, Political and Legal Studies
(Valencia, Spain)

Honorary Chief Editor

Antonio Pérez Martín, University of Murcia

Chief Editor

Aniceto Masferrer, University of Valencia

Assistant Chief Editors

Wim Decock, University of Leuven

Juan A. Obarrio Moreno, University of Valencia

Editorial Board

Isabel Ramos Vázquez, University of Jaén (Secretary)

Fernando Hernández Fradejas, University of Valladolid

Anna Taitso, Australian National University – University of Canberra

M.C. Mirow, Florida International University

José Miguel Piquer, University of Valencia

Andrew Simpson, University of Aberdeen

International Advisory Board

Javier Alvarado Planas, UNED; Juan Baró Pazos, University of Cantabria; Mary Sarah Bilder, Boston College; María José Bravo Bosch, University of Vigo; Orazio Condorelli, University of Catania; Emanuele Conte, University of Rome III; Daniel R. Coquillette, Boston College – Harvard University; Serge Dauchy, University of Lille; Salustiano de Dios, University of Salamanca; José Domingues, University of Lusíada; Seán Patrick Donlan, The University of the South Pacific; Matthew Dyson, University of Oxford; Antonio Fernández de Buján, University Autónoma de Madrid; Remedios Ferrero, University of Valencia; Manuel Gutan, Lucian Blaga University of Sibiu; Jan Hallebeek, VU University Amsterdam; Dirk Heirbaut, Ghent University; Richard Helmholz, University of Chicago; David Ibbetson, University of Cambridge; Emily Kadens, University of Northwestern; Mia Korpiola, University of Turku; Pia Letto-Vanamo, University of Helsinki; Orazio Licandro, University of Catania; Jose María Llanos Pitarch, University of Valencia; Marju Luts-Sootak, University of Tartu; Magdalena Martínez Almira, University of Alicante; Pascual Marzal Rodríguez, University of Valencia; Dag Michaelson, University of Oslo; María Asunción Mollá Nebot, University of Valencia; Emma Montanos Ferrín, University of La Coruña; Olivier Moréteau, Louisiana State University; John Finlay, University of Glasgow; Kjell Å Modéer, Lund University; Anthony Musson, University of Exeter; Vernon V. Palmer, Tulane University; Agustin Parise, Maastricht University; Heikki Pihlajamäki, University of Helsinki; Jacques du Plessis, Stellenbosch University; Merike Ristikivi, University of Tartu; Remco van Rhee, Maastricht University; Luis Rodríguez Ennes, University of Vigo; Jonathan Rose, Arizona State University; Carlos Sánchez-Moreno Ellart, University of Valencia; Mortimer N.S. Sellers, University of Baltimore; Jørn Øyrehagen Sunde, University of Bergen; Ditlev Tamm, University of Copenhagen; José María Vallejo García-Hevia, University of Castilla-La Mancha; Norbert Varga, University of Szeged; Tammo Wallinga, University of Rotterdam; José Luís Zamora Manzano, University of Las Palmas de Gran Canaria

Citation

Juan Alfredo Obarrio Moreno, “Borges frente al nacionalsocialismo”, *GLOSSAE. European Journal of Legal History* 19 (2022), pp. 176-267 (available at <http://www.glossae.eu>)

Borges frente al nacionalsocialismo

Borges against national socialism

Juan Alfredo Obarrio Moreno
Universitat de València

ORCID iD: 0000-0001-5988-4515

Fecha de recepción: 15.10.2021
Fecha de aceptación: 14.12.2021

Al profesor José Calvo González
In memoriam

Resumen

El presente artículo aborda los distintos artículos, reseñas o notas que Borges escribiera sobre el nacionalsocialismo, una ideología totalitaria que el autor repudió, conjuntamente con el comunismo y el fascismo.

Abstract

This article deals with the different articles, reviews or notes that Borges wrote about National Socialism, a totalitarian ideology that the author repudiated, together with communism and fascism.

Palabras clave

Borges – Nacionalsocialismo – Totalitarismo – Estado

Keywords

Borges – National Socialism – Totalitarianism – State

Sumario: 1. Jorge Luis Borges: la escritura como reescritura de una lectura. 2. Letras alemanas. Una pedagogía del odio (*Sur*, mayo de 1937). 3. Letras alemanas. Una exposición afligente (*Sur*, octubre de 1938). 4. La guerra. Ensayo de imparcialidad (*Sur*, octubre de 1939). 5. Definición de germanófilo (*El Hogar*, 13 de diciembre de 1940). 5.1. Un texto referencial. 5.2. Referencia etimológica 5.3. Germanófilo: el juego de las dicotomías 5.3.1. Conversación con muchos germanófilos argentinos. 5.3.2. Conversación con un germanófilo argentino 5.4. Coda. 6. La guerra en América. 1941 (*Sur*, diciembre del 1941). 7. Anotación al 23 de agosto de 1944 (*Otras Inquisiciones*). 7.1. Inicio. 7.2. Desarrollo. 7.3 Desenlace. 8. Declaraciones sobre la paz. Nota sobre la paz (*Sur*, julio de 1945). 9. Dos libros (*Otras inquisiciones*, 1952). 9.1. Lecturas. 9.2. H. G. Wells, *Guide to the New World. A Handbook of Constructive World Revolution*. 9.3. Bertrand Russell. *Let the People Think*. 10. Discurso de Agradecimiento a la Sociedad Argentina de Escritores (*Sur*, julio de 1945). 11. Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores (*Sur*, 8 de agosto de 1945). Bibliografía seleccionada

1. Jorge Luis Borges: la escritura como reescritura de una lectura

“Soy el que pese a tan ilustres modos de errar, no ha descifrado el laberinto singular y plural, arduo y distinto, del tiempo, que es de uno y es de todos. Soy el que es nadie, el que no fue una espada en la guerra. Soy eco, olvido, nada”. Jorge Luis Borges, *La Rosa profunda, Soy, Borges, Jorge Luis*.

Stefan Zweig señala: “Hay algunos escritores, pocos, que están abiertos a todo el mundo a cualquier edad y en cualquier época de la vida –Homero, Shakespeare, Goethe, Balzac, Tolstoi–, y a su vez hay otros que sólo en un determinado momento revelan toda su importancia”. Sin duda, entre estos últimos autores se encuentra Jorge Luis Borges, de quien se podría decir que fue –como su personaje Funes el mentiroso– “el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso”¹, pero en el que no siempre es factible conocer cuáles son las innumerables causas o circunstancias que lo rigen, una indeterminación que puede hacer que el ser humano viva en la desesperación de no saberse libre:

“Uno siente que el Universo responde a un dibujo. Las cosas no son absolutamente arbitrarias: hay cuatro estaciones, nuestra vida va pasando por etapas: nacimiento, niñez, juventud... Podrían ser indicios de que hay una trama, de que este mundo no es caótico sino laberíntico. Es como el libre albedrío. Posiblemente no exista, pero uno no puede pensar que en este momento no es libre ¿no? [...] si me dicen que todo mi pasado ha sido fatal, ha sido obligatorio, no me importa; pero si me dicen que yo, en este momento, no puedo obrar con libertad, me desespero”².

Para comprender la lectura de quien afirma que “La escritura metódica me distrae de la presente condición de los hombres”³, “Ni se debe ser demasiado joven, ni carecer de experiencias y desengaños para poder valorarlo debidamente y para que su pensamiento libre y certero pueda aportar la máxima ayuda a una generación que, más o menos como la nuestra, se ha visto lanzada por la rueda del destino a una sacudida universal tan violenta como una catarata”⁴. No le falta razón a Zweig. Tal es así que debo confesar que sus primeras lecturas me llegaron demasiado pronto. Para entender su clara inteligencia y la densa cultura que se recoge en cada una de las páginas en las que va tejiendo sus intrincadas historias no basta con una incipiente formación: el impulso seductor de su obra requiere que cobremos conciencia de que su mundo interior, forjado a través de una copiosa y cuidada biblioteca⁵, se alza como un muro infranqueable para

¹ Borges, J.L., “Funes el mentiroso”, *Ficciones, Obras completas, I*, Barcelona, 2005, p. 490.

² Bravo, P. - Paoletti, M., *Borges Verbal*, Buenos Aires, 1999, p. 179.

³ Borges, “La Biblioteca de Babel”, *Ficciones*, ob. cit., p. 470.

⁴ Zweig, S., *Montaigne, El mundo de Ayer*, Barcelona, 2021, p. 7.

⁵ Lo que nos recuerda la descripción que hace Borges de Ts’sui Pên en su relato “El jardín de senderos que se bifurcan”, *Ficciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 479: “Ts’sui Pên fue un novelista genial, pero también fue un hombre de letras que sin duda no se consideró un mero novelista. El testimonio de sus contemporáneos proclama –y hartó lo confirma su vida– sus aficiones metafísicas, místicas. La controversia filosófica usurpa buena parte de su novela”. No en vano, en “Del culto a los libros”, *Otras Inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 713, reconoce el valor que un libro tiene para él: “Un libro, cualquier libro, es un objeto sagrado”.

el lector que se acerca por mera curiosidad, pero despojado de todo esfuerzo intelectual, que es el reclamo propicio para acceder a la sabiduría⁶.

Quien así acude a la lectura de cualquiera de sus relatos está condenado al fracaso. Esta es una realidad que se percibe tardíamente, justo cuando empezamos a sentir la bendita necesidad de disfrutar y de comprender su obra desde una exigencia previa: analizar cada línea, cada párrafo y cada cita sin premura y desencanto, solo buscando recoger la belleza y la profundidad de su prosa a través de una multiplicidad de referencias textuales⁷ que nos ayuden a adentrarnos en el laberíntico mundo de espejos que el autor ha creado para que nos reflejemos en ellos⁸. Solo cuando tomamos conciencia de que su escritura no requiere de tiempos fugaces, ni de lecturas apresuradas, podemos aspirar a hacernos una vaga idea de la auténtica dimensión que poseen unas palabras y unas imágenes que ya reverberan, por su calidad estética, en nuestro interior⁹.

Baste un ejemplo para comprender esta realidad. En su “Epílogo” a *Historia de la noche* deja constancia de su infinita búsqueda por una sintaxis y por un lenguaje que nos lleven a “reconocer su voz, o sus hábitos, en textos de diversas literaturas y de diversas épocas”¹⁰:

“Un hecho cualquiera –una observación, una despedida, un encuentro, uno de esos curiosos arabescos en que se complace el azar– puede suscitar la emoción estética. La suerte del poeta es proyectar esa emoción, que fue íntima, en una fábula o en una cadencia. La materia de que dispone, el lenguaje, es, como afirma Stevenson, absurdamente inadecuada. ¿Qué hacer con las gastadas palabras? [...] El modesto hechicero hace lo que puede con sus modestos medios. Una connotación desdichada, un acento erróneo, un matiz, pueden quebrar el conjuro. Whitehead ha denunciado la falacia del diccionario perfecto: suponer que para cada cosa hay una palabra. Trabajamos a tientas. El universo es fluido y cambiante; el lenguaje, rígido”¹¹.

En efecto, muchos años nos ha costado comprender lo evidente: entrar en su mundo y familiarizarse con la riqueza que encierra su obra exige, y creo no exagerar, una adecuada formación: la que se alcanza con años de cuidadas lecturas y de continuo estudio¹². Solo así se llega a descubrir el sentido de la unidad de su pensamiento y de su

⁶ Borges, “Prólogo”, *Historia universal de la infamia, Obras completas, I*, ob. cit., p. 289, da a entender que entre la escritura y la lectura prefiere esta última, por ser más civilizada y pausada: “A veces creo que los buenos lectores son cisnes aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores [...] Leer, por lo pronto, es una actividad posterior a la de escribir: más resignada, más civil, más intelectual”.

⁷ Borges, “Utopía de un hombre que está cansado”, *El libro de arena, Obras Completas, 1975-1985*, Buenos Aires, 1989, p. 212: “Seguramente. Ya no nos queda más que citas. La lengua es un sistema de citas”.

⁸ Borges, “Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto”, *El Aleph, Obras completas, I*, ob. cit., p. 604: “No es preciso erigir un laberinto cuando el universo ya lo es”.

⁹ Borges, “Prólogo”, *El informe de Brodie, Obras completas, I*, ob. cit., p. 1021: “He intentado, no sé con qué fortuna, la redacción de cuentos directos. No me atrevo a afirmar que son sencillos; no hay en la tierra una sola página, una sola palabra, que lo sea, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad”.

¹⁰ Jorge Luis Borges, “Kafka y sus precursores”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 710.

¹¹ Borges, “Epílogo”, *Historia de la noche, Obras completas, II, 1975-1985*, Barcelona, 1989, p. 202.

¹² No le falta razón a Alazraki, J., *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, Madrid, 1983, p. 138, cuando sostiene: “Leer puede ser interpretar, pero estudiar, irremediamente, comprender”.

obra, como también de su vida —obra y vida van de la mano—. En ella podemos comprobar que cada texto no es una pieza aislada e inconexa, todo lo contrario: hay una razonable unidad en la multiplicidad, lo que obliga a interrelacionar textos, relatos y poemas como si de un gigantesco y bien trazado mapamundi se tratara. No puede ser de otra forma, porque, como bien sabemos, en su escritura —siempre precisa e inteligente— no hay inmediatez, como no hay metáforas triviales ni palabras huecas, solo una hipnótica pulcritud. Todo está perfectamente pensado y articulado, de tal forma que, en su mundo, el presente y el pasado¹³ están inmersos en todo texto, relato o apunte, por breve que este sea. Así lo reconoce en *Una Divina Comedia (Siete noches)*:

“Una novela contemporánea requiere quinientas o seiscientas páginas para hacernos conocer a alguien, si es que lo conocemos. A Dante le basta un solo momento. En ese momento el personaje está definido para siempre. Dante busca ese momento central inconscientemente. Yo he querido hacer lo mismo en muchos cuentos y he sido admirado por ese hallazgo, que es el hallazgo de Dante en la Edad Media, el de presentar un momento como cifra de una vida. En Dante tenemos esos personajes, cuya vida puede ser la de algunos tercetos y sin embargo esa vida es eterna. Viven en una palabra, en un acto, no se precisa más; son parte de un canto, pero esa parte es eterna. Siguen viviendo y renovándose en la memoria y en la imaginación de los hombres”¹⁴.

Una cuestión se nos antoja crucial para abordar el estudio que pretendemos realizar, y es la siguiente: ¿cómo podemos encuadrar la Literatura de un autor que descrea de las escuelas literarias?¹⁵ Lejos de lo que pudiera pensarse, en Borges escritor¹⁶, como en Borges lector¹⁷, no solo hallaremos a un autor que buscó su acomodo en la fantasía o en un universo de laberintos, signos y códigos¹⁸ que hacen que sus historias se oscurezcan y se vuelvan circulares¹⁹, sino a un creador de un imaginario tan infinito como imprevisible. Si no fuera así, esto es, si toda su obra se pudiera reducir a un ámbito concreto e irreal, muy probablemente no hubiera cautivado a unas generaciones que

¹³ Ana María Barrenechea, “El apasionado y lúcido Borges”, *Espacios de crítica y producción*, 25 (noviembre-diciembre, 1999), p. 14, advierte que Borges: “No sólo con su inteligencia escribe un hombre un libro sino con su carne y su alma y con todo su pasado personal y el de sus predecesores”.

¹⁴ Borges, “Una Divina Comedia”, *Siete noches, Obras completas, II*, ob. cit., p. 212.

¹⁵ Borges, “Prólogo”, *El oro de los tigres, Obras Completas, I*, ob. cit., p. 1079: “Descreo de las escuelas literarias, que juzgo simulacros didácticos para simplificar lo que enseñan”.

¹⁶ Sobre su pasión por la escritura, Borges, “Prólogo”, *Prosa y poesía en Almafuerite*, Buenos Aires, 1975, p. 11: “Hasta esa noche el lenguaje no había sido otra cosa para mí que un medio de comunicación, un mecanismo cotidiano de signos; los versos de Almafuerite que Evaristo Carriego nos recitó me revelaron que podía ser también una música, una pasión y un sueño”.

¹⁷ Bioy Casares, A., *Borges*, Barcelona, 2006, p. 29: “Por dispares que fuéramos como escritores, la amistad cabía, porque sentíamos una compartida pasión por los libros. Tardes y noches conversamos de Johnson, de De Quincey, de Stevenson, de literatura fantástica, de argumentos policiales”.

¹⁸ Borges, “El arte narrativo y la magia”, *Discusión, Obras completas, I*, ob. cit., p. 232: “He distinguido dos procesos causales: el natural, que es el resultado incesante de incontables e infinitas operaciones; el mágico, donde profetizan los pormenores, lúcido y limitado. En la novela, pienso que la única posible honradez está en el segundo. Quede el primero para la simulación psicológica”: Asimismo, en “El libro de arena”, *El libro de arena, Obras completas, II*, ob. cit., p. 68, apunta que el relato enseña que el saber es como un laberinto intertextual que conecta conceptos, obras e ideas aparentemente ajenas, un conjunto inabarcable de fuentes de conocimiento disponibles a través de un infinito número de escrituras: “La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes [...]”.

¹⁹ Borges, “El tiempo circular”, *Historia de la eternidad, Obras completas, I*, ob. cit., p. 395, suscribe que las teorías de Marco Aurelio y Schopenhauer son coincidentes en su “conjetura de que todas las experiencias del hombre son (de algún modo) análogas”.

supieron reconocer que en su escritura se hallaba “el arte divino de destejer el tiempo”²⁰. Su amplitud de miras, la diversidad de sus intereses, así como su amor por la libertad de las conciencias hicieron que viviera y sintiera su época desde esa mirada poliédrica con la que supo captar, con trazos precisos e imborrables, ese tiempo de violencia y desencanto que, una vez pasado, debía ser reconstruido, no para el deleite, sino para que nuestra efímera existencia pueda alcanzar mayores cotas de dignidad:

“Es preciso, pues, restituir a la vida humana una tercera dimensión. Es necesario profundizarla. Es necesario incardinar a la humanidad hacia un destino racional y valedero. Que el hombre vuelva a capitalizar siglos en vez de capitalizar leguas. Que la vida humana sea más intensa en lugar de más extensa”²¹.

Una sensibilidad que explicita con mayor claridad en el *Prólogo a El informe Brodie*, en donde deja patente que, si bien no participó de forma decidida del debate político²², no por ello dejó de ser sensible a las huellas que el totalitarismo iba dejando durante los sombríos años treinta y cuarenta, “años arduos” en los que la sociedad se construyó sobre la violencia más abyecta que se recuerda:

“Sólo quiero aclarar que no soy, ni he sido jamás, lo que antes se llamaba un fabulista o un predicador de parábolas y ahora un escritor comprometido. No aspiro a ser Esopo. Mis cuentos, como los de las *Mil y Una Noches*, quieren distraer y conmover y no persuadir. Este propósito no quiere decir que me encierre, según la imagen salomónica, en una torre de marfil. Mis convicciones en materia política son hartamente conocidas; me he afiliado al Partido Conservador, lo cual es una forma de escepticismo, y nadie me ha tildado de comunista, de nacionalista, de antisemita, de partidario de Hormiga Negra o de Rosas. Creo que con el tiempo mereceremos que no haya gobiernos. No he disimulado nunca mis opiniones, ni siquiera en los años arduos, pero no he permitido que interfieran en mi obra literaria, salvo cuando me urgió la exaltación de la Guerra de los Seis Días”²³.

No cabe duda de que a Borges “le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir”²⁴. Unos tiempos –en parte, como los presentes²⁵– en los que el imperativo de vivir conforme a ciertas normas morales no tenía la acogida esperada por quienes ostentaban el poder. Como acertadamente señaló Ortega y Gasset, Europa se había quedado sin moral, sin principios y sin verdad²⁶. La gran Europa, que se había

²⁰ Borges, “Notas sobre un cuento fantástico”, *La cifra, Obras completas, II*, ob. cit., p. 303.

²¹ Borges, “La penúltima versión de la realidad”, *Discusión, Obras completas, I*, ob. cit., p. 200.

²² Louis, A., *Borges ante el fascismo*, Oxford, 2007, pp. 24-25; Sarlo, B., *Borges en las orillas*, Madrid, 2007, pp. 93-94, 131, 140-141.

²³ Borges, “Prólogo”, *El informe Brodie, Obras completas, I*, ob. cit., p. 1021. La concepción de que no fue un autor comprometido, Fernando Savater, *Borges: la ironía metafísica*, Barcelona, 2008, p. 46.

²⁴ Borges, “Nueva refutación del tiempo”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 758.

²⁵ Rafael Argullol y Eugenio Trías se refieren al hombre moderno como un individuo fragmentado y encapsulado. A este respecto, Argullol, R. y Trías, E., *El cansancio de Occidente*, México, 1993, p. 51, donde señalan las tres características predominantes del hombre actual: “[1] es capaz de acumular muchas vivencias, pero carece de experiencia; [2] es capaz de acumular muchas redes complejas de ‘información’, pero carece de formación, de *Bildung*; [3] sólo reconoce la alteridad en la medida en que define su propia forma de ser y de sentir; es incapaz, por tanto, de un genuino encuentro con el otro”.

²⁶ Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, Barcelona, 1983, p. 172: “Esta es la cuestión: Europa se ha quedado sin moral. No es que el hombre-masa menosprecie una anticuada en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral ninguna. No creáis una palabra cuando oigáis a los jóvenes hablar de la ‘nueva moral’. Niego rotundamente que exista hoy en ningún rincón del continente grupo alguno informado por un nuevo

construido sobre el pensamiento griego, el Derecho Romano, el humanismo cristiano y los ideales de la Ilustración, dejó de lado buena parte de su pasado para levantar renovados muros de intolerancia, odio y exclusión –“un odio del tamaño del universo, una tristeza no menor que aquel odio”²⁷–. Una realidad que le llevó a reivindicar el individuo frente al Estado-ideología, el hombre frente a la masa²⁸, y la ética por encima de toda imposición²⁹:

– “El poeta de nuestro tiempo no puede dar la espalda a su época. [...] – Tu masa de oprimidos y de parias –le contesté– no es más que una abstracción. Sólo los individuos existen, si es que existe alguien. *El hombre de ayer no es el hombre de hoy* sentenció algún griego”³⁰.

En esta introducción, seguramente algo pretenciosa, si algo debe quedar claro es que cuando afirmaba que “El original es infiel a la traducción”³¹, únicamente estaba escribiendo un divertido e irónico *dictum*. Su tejido literario, al igual que su persona, no se puede encerrar en un libro, y menos aún en una introducción a un estudio, porque él es como “La *Odisea*/ que cambia como el mar/. Algo hay distinto cada vez que la abrimos”³². El propio autor así lo reconoce. En concreto, en una *Nota sobre (hacia) Bernard Shaw* puntualiza: “La literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones”³³.

A esa interrelación entre la lectura y las múltiples lecturas es a la que nos dirigimos, y no a intentar atribuirnos un estudio original de sus textos, porque, como leemos en el epígrafe del cuento *El inmortal*, quien constata una novedad tan sólo será la víctima del olvido³⁴. Por esta razón acudiremos a su lectura con el mismo placer e idéntica exigencia que sentía Borges cuando releía la *Divina Comedia* de Dante:

“Nadie tiene derecho a privarse de esa felicidad, la *Comedia*, de leerla de un modo ingenuo. Después vendrán los comentarios, el deseo de saber qué significa cada alusión mitológica, ver cómo Dante tomó un gran verso de Virgilio y acaso lo mejoró traduciéndolo. Al principio debemos leer el libro con fe de niño, abandonarnos a él; después nos acompañará hasta el fin. A mí me ha acompañado durante tantos años, y sé que apenas lo abra mañana encontraré cosas que no he encontrado hasta ahora”³⁵.

ethos que tenga visos de una moral. Cuando se habla de la ‘nueva’ no se hace sino cometer una inmoralidad más y buscar el medio más cómodo para meter contrabando”.

²⁷ Borges, “La muerte y la brújula”, *Ficciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 505.

²⁸ Maffesoli, M., *La violencia totalitaria*, Barcelona, 1982, p. 204, señala que el totalitarismo suprime lo que el individuo tiene de peligroso para el conjunto del pueblo y del Estado.

²⁹ Revista *Siete Días*, Buenos Aires, 23 de abril de 1973, año VI, n° 310, pp. 55-59. En Mateo, F., *El Otro Borges: Entrevistas (1960-1986) reunidas por Fernando Mateo*, Buenos Aires, 1997: “la muchedumbre es una entidad ficticia, lo que realmente existe es cada individuo [...] yo creo que sólo existen los individuos: todo lo demás, las nacionalidades y las clases sociales son meras comodidades intelectuales”.

³⁰ Borges, “El otro”, *El libro de arena*, ob. cit., p. 14.

³¹ Jorge Luis Borges, “Sobre el Vathek de William Beckford”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 732.

³² Borges, “Nubes I”, *Los conjurados, Obras completas, II*, ob. cit., p. 478.

³³ Borges, “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 747.

³⁴ Borges, *El Aleph*, “El inmortal”, *Obras Completas, I*, ob. cit., pp. 9-23.

³⁵ Borges, “La Divina Comedia”, *Siete noches, Obras completas, II*, p. 220.

No obstante, como señala Ricardo Piglia, la obra de Borges genera su propio espacio de lectura³⁶. Entendemos que no es necesario profundizar sobre cuáles fueron las claves del universo literario que imaginó. No es este nuestro cometido, ni debe ser la finalidad de una introducción a un aspecto tan concreto de su obra. Lo es señalar algunos aspectos relevantes de su escritura y de su pensamiento. Solo eso. Pero antes de dar por concluidas estas páginas iniciales, permítaseme que me haga eco, de nuevo, de una memorable reflexión que dejara por escrito Stefan Zweig, en la que se resume, en gran medida, lo que pensamos del legado que nos dejó sobre su concepto de la dignidad del ser humano:

“A nadie debemos estar más agradecidos que a quienes, en una época tan inhumana como la nuestra, refuerzan lo que hay de humano en nosotros, a quienes nos exhortan a no malbaratar lo singular e inalienable que poseemos, nuestro ‘yo’ más íntimo. Pues sólo quien se mantiene libre frente a todo y frente a todos aumenta y preserva la libertad del mundo”³⁷.

Sin mayor dilación, pasamos a analizar los textos más significativos que Borges dedicó a condenar el nacionalsocialismo. Lo haremos, eso sí, tomando sus palabras y sus consejos como si fueran nuestros, porque, como leemos en “Una vida de Evaristo Carriego”, en ese “hombre de conversada vida y paseada”, “sus juicios de condenación y de elogio” nos ayudaron a aclarar nuestras inagotables dudas³⁸:

“Diré sin restricción lo que sé, sin omisión ninguna, porque la vida es pudorosa como un delito, y no sabemos cuáles son los énfasis para Dios. Además, siempre lo circunstancial es patético. Escribo todo, a riesgo de escribir verdades notorias, pero que traspapelará mañana el descuido, que es el modo más pobre del misterio y su primera cara”³⁹.

2. Letras alemanas. Una pedagogía del odio (*Sur*, mayo de 1937)⁴⁰

“Madre antigua y atroz de la incestuosa guerra, borrado sea tu nombre de la faz de la tierra”. Jorge Luis Borges, “El hambre”.

La aversión que sentía Borges por el nacionalismo es bien conocida⁴¹. En un texto fechado en 1961, cuyo título es *El nacionalismo y Tagore*, el escritor argentino sostiene que el nacionalismo posee un aire seductor. Pero si se analiza en profundidad, enseguida

³⁶ Piglia, R., *Crítica y ficción*, Barcelona, 2001, p. 55. Coincidimos con él cuando sostiene que “los grandes textos son los que hacen cambiar el modo de leer”.

³⁷ Zweig, *Montaigne*, ob. cit., p. 19.

³⁸ Borges, “Una vida de Evaristo Carriego”, *Evaristo Carriego, Obras Completas, I*, ob. cit., p. 115.

³⁹ Borges, “Palermo de Buenos Aires”, *Evaristo Carriego, Obras Completas, I*, ob. cit., p. 107.

⁴⁰ Borges, J.L., “Letras alemanas. Una pedagogía del odio”, *Jorge Luis Borges en Sur. 1931-1980*, Buenos Aires, 1999, n.º. 32, mayo de 1937, pp. 145-146.

⁴¹ Alifano, R., *Conversaciones con Borges*, Madrid, 1986, p. 197: “En el mundo hay, actualmente, un error al que propendemos todos. Un error del que también yo he sido culpable: ese error se llama *nacionalismo*, y es el causante de muchos males. Todos pensamos tal vez demasiado en la parcela de tierra en la que hemos nacido, en la sangre de nuestros mayores”; Borges, J.L. – Ferrari, O., *Reencuentro*, ob. cit., p. 176: “yo creo que uno de los males de esta época es el nacionalismo”. Asimismo, Vargas Llosa, M., *Medio siglo con Borges*, Madrid, 2020, p. 34.

se comprueba que tras sus estandartes y sus huecas proclamas se esconde una ciega y amarga realidad, que no es otra que la del odio, la tortura, el cadalso o el campo de exterminio⁴²:

“El nacionalismo tienta a los hombres no sólo con el oro y con el poder, sino con la hermosa aventura, con la abnegada devoción y con la honrosa muerte. El nacionalismo tiene su calendario de verdugos pero también de mártires. Sufrir y atormentar se parecen, como matar y morir. Quien está listo a ser un mártir puede ser también un verdugo y Torquemada no es otra cosa que el reverso de Cristo”⁴³.

“De las obligaciones que puede imponerse un autor, la más común y sin duda la más perjudicial es la de ser moderno. Il faut être absolument moderne, decidió Rimbaud, limitación que corresponde, en el tiempo, a la muy trivial del nacionalista que se jacta de ser herméticamente danés o inextricablemente argentino”⁴⁴.

No fue esta una visión que le llegara tardíamente. La idea de que el nacionalismo siempre posee una naturaleza excluyente y totalitaria estaba presente en otro texto ambientado en su tierra natal⁴⁵. Nos estamos refiriendo a *La fiesta del monstruo* (24 de noviembre de 1947). Es una historia escrita conjuntamente con Adolfo Bioy Casares, siendo incluida en *Los Nuevos Cuentos de Bustos Domecq* (1977). El relato es muy preciso, tanto por el momento en que se escribió como por su contenido. Transcurre en un espacio de tiempo muy breve, el que recorre desde el ascenso del General Perón a la Jefatura del Estado⁴⁶, en octubre de 1945, momento en el que una masa enfervorecida⁴⁷, llegada del sur, asesina a un joven judío por el mero hecho de negarse a saludar a la figura del “Monstruo”, quien, desde la Plaza de Mayo, se estaba dirigiendo a la multitud allí reunida. El acto en sí, como la figura del carismático general, es para Borges –como para Bioy Casares– el fiel reflejo de una irresoluble dicotomía, la que se origina entre la civilización y la barbarie, entre la libertad de expresión y la sumisión al poder más omnímodo y lacerante⁴⁸, la que conduce, de forma irresoluble, al totalitarismo:

⁴² Evans, R.J., *El Tercer Reich en guerra*, Barcelona, 2017, p. 956: “El Tercer Reich pone de relieve con mayor intensidad las posibilidades y las consecuencias del odio y la destructividad humanos que existen, aunque sea sólo en su mínima expresión, dentro de cada uno de nosotros. Pone de manifiesto con terrible claridad las consecuencias potenciales en último extremo del racismo, el militarismo y el autoritarismo. Muestra lo que puede pasar si algunas personas reciben un trato menos humano que otras. Plantea con la mayor crudeza posible el dilema moral al que todos nos enfrentamos en un momento u otro de nuestras vidas, de conformidad o resistencia, de acción o inacción, en las situaciones concretas con que nos topamos. Por eso, lejos de desvanecerse, el Tercer Reich sigue despertando el interés de los pensadores de todo el mundo después de haber pasado a la historia”.

⁴³ Borges, “El nacionalismo y Tagore”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., n.º. 270 (mayo-junio de 1961), p. 69.

⁴⁴ Borges, J.L., “La paradoja de Apollinaire”, *Textos recobrados 1931-1955*, Barcelona, 2002, p. 248.

⁴⁵ Gellner, E., *Naciones y nacionalismo*, México, 1991, tras reconocer los vínculos entre la política y la etnia (p. 14), en p. 67 subraya que: “el nacionalismo no hace más que reflejar la necesidad objetiva de homogeneidad”.

⁴⁶ Borges, “Un curioso método”, *Revista Ficción*, núm. 6, marzo-abril de 1957, p. 55: “voz del Padre de los Pobres o de su ligera variante, el Candidato Único o de alguna variante de esa variante...”.

⁴⁷ Borges, “Un curioso método”, ob. cit., p. 55, crítica a “las turbas que entre un saqueo y un incendio daban horror a las noches de Buenos Aires vociferando: ¡Mi general cuánto valés! y los otros servilismos del repertorio”.

⁴⁸ Borges, *Obras completas en colaboración* (con Adolfo Bioy Casares), Buenos Aires, 1979, pp. 392-402; “La leyenda y la realidad”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., pp. 291-293, donde realiza un relato escalofriante de los días en el que el peronismo se alzó con el poder.

“[...] se empieza por la idea de que el Estado debe dirigir todo; que es mejor que haya una corporación que dirija las cosas, y no que todo ‘quede abandonado al caos, o a circunstancias individuales’; y se llega al nazismo o al comunismo, claro. Toda idea empieza siendo una hermosa posibilidad, y luego, bueno, cuando envejece es usada para la tiranía, para la opresión”⁴⁹.

Unos años más tarde, en la revista *Sur*, Borges firma un artículo titulado *Por la reconstrucción nacional. L'illusion comique*, en el que sostiene, con esmerada claridad, que la dictadura es oprobio, humillación, ultrajes y tortura. La fecha de su publicación es significativa: noviembre de 1955. Apenas habían transcurrido unos pocos meses del golpe militar. Unos meses son suficientes para comprender que la ausencia del Estado de Derecho significa la supresión de los derechos humanos, con el consiguiente aislamiento de una sociedad civil⁵⁰ que ve, con terror, cómo se queda excluida por los resortes de un poder-dominación que la aísla y la desprotege. En sus párrafos podemos leer:

“Durante años de oprobio y bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la *littérature pour concierges* fueron aplicados al gobierno de la república⁵¹. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes. Abordar el examen de la segunda, quizá no menos detestable que la primera, es el fin de esta página.

La dictadura abominó (simuló abominar) del capitalismo, pero copió sus métodos, como en Rusia, y dictó nombres y consignas al pueblo, con la tenacidad que usan las empresas para imponer navajas, cigarrillos o máquinas de lavar. Esta tenacidad, nadie lo ignora, fue contraproducente; el exceso de efigies del dictador hizo que muchos detestaran al dictador. De un mundo de individuos hemos pasado a un mundo de símbolos aún más apasionado que aquél; ya la discordia no es entre partidarios y opositores del dictador, sino entre partidarios y opositores de una efigie o un nombre [...]”⁵².

Esta misma oposición la mantendrá contra el régimen del Tercer Reich, antes y durante todo el período en que este estuvo en el poder. Lo podemos comprobar en una serie de artículos publicados con anterioridad a la guerra, entre 1932 y 1946, en algunos relatos breves o en partes de su poemario. Un primer ejemplo lo encontramos en su *Repudio a la campaña antisemita*, un texto que apareció en el semanario *Mundo Israelita*, con fecha de 27 de agosto de 1932. Con una amargura no exenta de desánimo, Borges advierte que el antisemitismo se ha introducido en “Ciertos desagradecidos católicos”, quienes, influenciados por la política racial del Tercer Reich, no han dudado en culpar a

⁴⁹ Borges, J.L. - Osvaldo Ferrari, *En diálogo/ II*, Buenos Aires, 2005, p. 86; Borges, J.L. - Osvaldo Ferrari, *Diálogos*, Barcelona, 1992, p. 150: “y ahora el Estado nos cerca en todas partes, [...], y además en los dos bandos, digamos: la extrema derecha, la extrema izquierda son igualmente partidarias del Estado, y de la intromisión del Estado en cada instante de nuestra vida”.

⁵⁰ Un buen ejemplo lo hallamos en Zweig, S., *Novela de ajedrez*, Barcelona, 2013.

⁵¹ Una afirmación que nos lleva a recordar la que realizara en “Utopía de un hombre que está cansado”, *El libro de Arena*, ob. cit., p. 55: “¿Qué sucedió con los gobiernos? Según la tradición fueron cayendo gradualmente en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba. La prensa dejó de publicar sus colaboraciones y sus efigies. Los políticos tuvieron que buscar oficios honestos; algunos fueron buenos cómicos o buenos curanderos. La realidad sin duda habrá sido más completa que este resumen”.

⁵² Borges, “Por la reconstrucción nacional. L'illusion comique”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 55.

los judíos de la muerte de Jesucristo, como si el Hijo del Hombre no lo fuera, y al hacerlo no solo cometen un sacrilegio, sino que extienden el odio y la persecución en nombre de una fe que propagó todo lo contrario: el perdón y la misericordia:

“Ciertos desagradecidos católicos –léase personas afiliadas a la Iglesia de Roma, que es una secta disidente israelita servida por un personal italiano, que atiende al público los días feriados y los domingos– quieren introducir en esta plaza una tenebrosa doctrina, de confesado origen alemán, rutenio, ruso, polonés, valaco y moldavo. Basta la sola enunciación de ese rosario lóbrego para que el alarmado argentino pueda apreciar toda la gravedad del complot. Por cierto que se trata de un producto más deletéreo y mucho menos gratuito que el *dumping*. Se trata –soltemos de una vez la palabra obscena– del Antisemitismo.

Quienes recomiendan su empleo, suelen culpar a los judíos, a todos, de la crucifixión de Jesús. Olvidan que su propia fe ha declarado que la cruz operó nuestra redención. Olvidan que inculpar a los judíos equivale a inculpar a los vertebrados, o aun a los mamíferos. Olvidan que cuando Jesucristo quiso ser hombre, prefirió ser judío, y que no eligió ser francés ni siquiera porteño, ni vivir en el año 1932 después de Jesucristo para suscribirse por un año a *Le Roseau d’Or*. Olvidan que Jesús, ciertamente, no fue un judío converso. La basílica de Luján, para Él, hubiera sido un tan indescifrable espectáculo como un calentador a gas o un antisemita...

Borrajeo con evidente prisa esta nota. En ella no quiero omitir, sin embargo, que instigar odios me parece una tristísima actividad y que hay proyectos edilicios mejores que la delicada reconstrucción, balazo a balazo, de nuestra Semana de Enero– aunque nos quieran sobornar con la vista de la enrojecida calle Junín, hecha una sola llama”⁵³.

Otra clara manifestación la hallamos recogida en una breve nota publicada en la revista *Sur*, bajo el título *Una pedagogía del odio*. En ella, Borges critica severamente la difusión de un libro escolar que ilustra a los niños alemanes del peligro que supone la comunidad judía⁵⁴. El título es de por sí elocuente: *Trau keinem Fuchs auf gruener Heid und keinem Jud bei seinem Eid* –“No confíes en un zorro entre la breza verde ni confíes en un judío por sus juramentos”–. Sus palabras de reproche no pueden ser más contundentes:

“Las exhibiciones del odio pueden ser más obscenas y denigrantes que las del apetito carnal. Yo desafío a todos los amateurs de estampas eróticas a que me muestren una sola más vil que alguna de las veintidós que componen el libro para niños *Trau keinem Fuchs aut grüner Heid und keinem Jud bei seinem Eid*, cuya cuarta edición está pululando en Baviera. La primera es de 1936: poco más de un año ha bastado para agotar cincuenta y un mil ejemplares del alarmante opúsculo. Su objeto es inculcar en los niños del tercer Reich la desconfianza y la abominación del judío. Se trata, pues, de un curso de ejercicios de odio. En ese curso colaboran el verso (ya conocemos las virtudes mnemónicas de la rima) y el grabado en colores (ya conocemos la eficacia de las imágenes).

Interrogo una página cualquiera: la número cinco. Doy ahí, no sin justificada perplejidad, con este poema didáctico: ‘El alemán es un hombre altivo que sabe trabajar y pelear. Por lo mismo que es tan hermoso y tan emprendedor, lo aborrece el judío’. Después ocurre una cuarteta, no menos informativa y explícita: ‘He aquí

⁵³ Borges, *Repudio a la campaña antisemita. Nuevas voces argentinas se suman a la protesta, Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., pp. 387-388.

⁵⁴ No fue este un caso aislado. Entre otros, Hiemer, E., *Der Giftpilz (La seta venenosa)*; una colección de diecisiete cuentos en los que se denigraba a los judíos.

el judío –¿quién no lo reconoce?–, el *sinvergüenza* más grande de todo el reino. Él se figura que es lindísimo, y es horrible’. Los grabados son más astutos. El alemán es un atleta escandinavo de dieciocho años, rápidamente caracterizado de obrero. El judío es un turco amulatado, obeso y cincuentón. Otro rasgo sofisticado: el alemán acaba de rasurarse, el judío combina la calvicie con la suma pilosidad. (Es muy sabido que los judíos alemanes son *Ashkenazim*, hombres de sangre eslava, rojizos. En este libro los presentan morenos hasta la mulatez, para que sean el reverso total de las bestias rubias. Les atribuyen además el uso permanente del fez, de los cigarros de hoja y de los rubíes).

Otro grabado nos exhibe [...] la desventaja de dejarse estafar por un abogado, que solicita de sus clientes un tributo incesante de huevos frescos, de carne de ternera y de harina. Al cabo de un año, los clientes han perdido el proceso, pero el abogado judío ‘pesa doscientas cuarenta libras’. Otro, el alivio de los niños ante la oportuna expulsión de los profesores judíos. ‘Queremos un maestro alemán’, gritan los escolares entusiasmados, ‘un alegre maestro que sepa jugar con nosotros y que mantenga la disciplina y el orden. Queremos un maestro alemán que nos enseñe la sensatez’. Es difícil no compartir ese último anhelo.

¿Qué opinar de un libro como éste? A mí personalmente me indigna, menos por Israel que por Alemania, menos por la injuriosa comunidad que por la injuriosa nación. No sé si el mundo puede prescindir de la civilización alemana. Es bochornoso que la estén corrompiendo con enseñanzas de odio”⁵⁵.

Como bien sabemos, uno de los objetivos prioritarios de Adolf Hitler fue el de atraer a sus filas a la juventud alemana. Los datos, como señala Herbert Hirsch, no dejan lugar a la duda. A los cuatro años de su ascenso al poder, el 97% de los maestros –todos con ascendencia aria plenamente acreditada– estaban inscritos en el Sindicato de Maestros Nacionalsocialistas. Los cursos y libros de texto reflejaban los ideales del nacionalsocialismo, siendo los temas más relevantes el culto “al futuro etnólogo”⁵⁶ Hitler⁵⁷, la supremacía racial –ámbito en el que la preparación física alcanzaba un rango

⁵⁵ Borges, “Una pedagogía del odio”, ob. cit., p. 145.

⁵⁶ Borges, - Ferrari, *Diálogos*, ob. cit., p. 369.

⁵⁷ Sala Rose, R., *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003, pp. 201 y 205: “El culto a Hitler también arraigó muy fuertemente en la fe popular. Según recuerda Alma Mahler, en la Viena de 1938 la apabullante cantidad de flores depositadas por devotos vieneses (especialmente mujeres) frente al retrato sobredimensionado de Hitler que exhibía la oficina alemana de turismo llegaban a cubrir la calzada, haciéndola impracticable para el tráfico. [...] Para muchos alemanes se producía igualmente una identificación casi total entre Hitler y Alemania, cuyas cualidades positivas supuestamente encarnaba”.

esencial⁵⁸—, el denominado “problema judío”⁵⁹, y, para las niñas, la maternidad⁶⁰. A este respecto, un educador alemán escribió que las matemáticas eran “propiedad espiritual aria [...] una expresión del espíritu de lucha nórdico, de la lucha nórdica por la supremacía del mundo [...]”. Un ejemplo de esta propaganda racial se recoge en el siguiente problema matemático: “Los judíos son extranjeros en Alemania. Si en 1933 había 66.060.000 habitantes en el Reich alemán, de los cuales 499.682 eran judíos, ¿cuál es el porcentaje de extranjeros?”⁶¹. Cuando conocemos las dramáticas consecuencias de esta política del odio sobran las palabras.

Si de algún aspecto de la vida fueron auténticos maestros los jerarcas nazis fue del valor que suponía la propaganda, ya fuese en palabra o en imágenes⁶². No albergaron ninguna duda cuando afirmaban que a un niño o a un adolescente la palabra escrita, por sí sola, ni cautivaba ni penetraba con la suficiente fuerza como para modelar sus conciencias. Se requería de una apoyatura visual, más persuasiva, más hiriente y más sombría. No podía ser de otra manera si lo que se quería proyectar era el odio al pueblo judío. La fórmula escogida era bien conocida: acentuar hasta el extremo sus rasgos físicos. Para conseguir una adecuada deformación de su fisonomía, nada más adecuado que su proyección en numerosas viñetas, en las que los colores vivos resaltaban la fisicidad del pueblo ario, mientras que los tonos oscuros y los rasgos hirientes desvirtuaban al judío, quien siempre aparecía como una severa amenaza para la moralidad alemana. Así, si observamos las imágenes con las que se construyen las distintas escenas, podemos comprobar cómo, frente al honesto agricultor o trabajador alemán, el judío era

⁵⁸ Ziemer, G., *Education for Death. The Making of a Nazi*, Oxford, 1941, pp. 15-16, describió la escolarización en la Alemania nazi: “No se habla de un maestro como un maestro (Lehrer) sino como un Erzieher. La palabra sugiere un férreo disciplinario que no instruye sino que ordena, y cuyas órdenes son respaldadas con fuerza si es necesario [...] La educación física, la educación para la acción, es lo único digno de los nazis [...] Las escuelas nazis no son lugar para debiluchos [...] Deben ser expulsados los que delatan alguna debilidad corporal o no tengan las capacidades para la obediencia y sumisión absoluta”. No en vano, el Ministro de Educación nazi decreta que en las escuelas nazis la norma es la educación física. Después, alemán, biología, ciencias, matemáticas e historia para los chicos; eugenesia [ciencia racial] y economía doméstica para las niñas. Se permiten otras materias si se enseñan para promover los ideales nazis: “[Dr. Bernhard Rust, the Nazi Minister of Education] decrees that in Nazi schools the norm is physical education. After that, German, biology, science, mathematics, and history for the boys; eugenics [race science] and home economics for the girls. Other subjects are permissible if they are taught to promote Nazi ideals”.

⁵⁹ Levin, N., *The Holocaust. The Destruction of European Jewry 1933-1945*, New York, 1973, p. 46, recoge las palabras de Julius Streicher, quien, como editor del periódico antisemita *Der Stürmer – Atacante*—, abrió la senda que propiciaría la persecución de los judíos, a quienes acusaba de ser los causantes de los males de Alemania: “The same Jew who plunged the German people into the bloodletting of the World War, and who committed on it the crime of the November Revolution [Weimar Republic] is now engaged in stabbing Germany, recovering from its shame and misery, in the back [...] The Jew is again engaged in poisoning public opinion”.

⁶⁰ Ziemer, *Education for Death*, ob. cit., pp. 245-246: “Girls do not require the same sort of education that is essential for boys.

The schools for boys teach military science, military geography, military ideology, Hitler worship; those for the girls prepare the proper mental set in the future mates of Hitler’s soldiers”.

⁶¹ Hirsch, H., *GENOCIDE and the Politics of Memory*, Chapel Hill & London: University of North Carolina Press, 1995, p. 119.

⁶² Adorno, T.W., *Ensayos sobre la propaganda fascista. Psicoanálisis del antisemitismo*, Barcelona, 2001, p. 13: “El totalitarismo significa precisamente esta ausencia de límites, la no concesión de alguna tregua, la conquista con dominación absoluta hasta el exterminio completo del enemigo escogido. Teniendo en cuenta que el dinamismo fascista tiene este significado, cualquier programa bien clarificado funcionaría como una limitación, incluso como una forma de garantía para el adversario”.

representado como un ser un hurraño o un estafador, cuyo único dios era el dinero⁶³. El propio Borges las describe en una reseña publicada en la revista *El Hogar*:

“[...] Su propósito es iniciar a los niños y niñas de las escuelas en los deberes y deleites inagotable del antisemitismo [...]”⁶⁴

Me limitaré, por consiguiente, a describir algunos de los grabados que integran este voluptuoso volumen. Dejo el estupor (y el aplauso) a cargo del lector.

El primer grabado ilustra la tesis: “El Demonio es el padre de los judíos”.

El segundo representa un acreedor judío que se lleva los cerdos y la vaca del deudor⁶⁵.

El tercero, la perplejidad de una señorita germánica, abrumada por un judío concupiscente que le ofrece un collar.

El cuarto, un millonario judío (provisto de un cigarro de hoja y de un fez) en el acto de expulsar a dos pordioseros de raza nórdica⁶⁶.

El quinto, un carnicero judío que pisotea la carne.

El sexto conmemora la decisión de una niña alemana que se niega a adquirir una polichinela en una juguetería semítica.

El séptimo denuncia a los abogados judíos, el octavo a los médicos.

El noveno comenta las palabras de Jesucristo: “El judío es un asesino”.

El décimo, inesperadamente sionista, muestra una lacrimosa procesión de judíos expulsados, rumbo a Jerusalem.

Hay doce más, no menos ocurrentes e irrefutables.

En cuanto al cuerpo de la obra, básteme traducir estos versos: “Al Führer alemán los niños de Alemania lo aman; a Dios en el Cielo, lo temen; al judío lo menosprecian”. Y luego: “El alemán camina, el judío se arrastra”⁶⁷.

Esta realidad es descrita con notable claridad por Borges, quien no deseaba que el odio que se desprendía de las viñetas pudiera pasar desapercibido ni siquiera para el lector

⁶³ Switzer, E., *How Democracy Failed*, New York, 1975, pp. 90-91, entre los ejemplos que recoge está el de una estudiante en la Alemania nazi, quien recuerda cómo su amiga Ruth respondió a la propaganda antisemita nazi: Ruth era una nazi totalmente dedicada. Alguno de nosotros, a menudo, le preguntaba cómo podía tener amigos judíos o de origen judío, cuando todo lo que leía y distribuía parecía inspirar odio contra nosotros y nuestros antepasados, a lo que respondió: Por supuesto, no se refieren a ti, tú eres una buena alemana. Son esos otros judíos [...] quienes traicionaron a Alemania, a los que Hitler quiere quitar de cualquier influencia. Pero, cuando Hitler llegó realmente al poder y se corrió la voz de que los estudiantes de origen judío debían ser aislados, que los alemanes arios ya no debían asociarse con los no arios, Ruth llegó y se disculpó con aquellos de nosotros con quienes ya no podía hablar. No solo no habló con el grupo de compañeros de clase, repentinamente excluidos, sino que anotó cuidadosamente a cualquiera que lo hiciera, para, posteriormente, denunciarlos.

⁶⁴ Como señala Goldhagen, D.J., *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, 1997, pp. 119, 121, 123, 127, 256 y 498, la cultura antisemita que se vivía en Alemania, ya desde la época de Weimar, sería el origen o la causa que propició el Holocausto como “proyecto nacional”, el cual contó con “la inmensa mayoría del pueblo alemán”: “el antisemitismo era endémico en la Alemania de Weimar, y estaba tan extendido que casi todos los grupos políticos del país rehuían a los judíos”.

⁶⁵ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 240, señala cómo la situación socio-económica de muchos judíos constituyó el elemento clave para la divulgación del antisemitismo: “La prohibición histórica de poseer tierra cristiana mantuvo a los judíos tradicionalmente alejados de la actividad agraria y los abocó a actividades que, como la de prestamista o comerciante, experimentaron un rápido auge a medida que la economía europea avanzaba hacia el capitalismo”.

⁶⁶ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 243: “En términos de P. Lacoue Labarthe y de J.-L. Nancy, en el imaginario nazi el judío es el hombre del universal abstracto frente al de la identidad singular y concreta. No es un tipo opuesto al ario, sino la ausencia misma de tipo”.

⁶⁷ Borges, J.L., “Trau keinem Jud bei seinem Eid, de Elvira Bauer”, *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en ‘El Hogar’*, Barcelona, 1986, pp. 136-137.

menos atento⁶⁸. Así advierte que los rasgos que caracterizaban al hombre alemán eran los de ser un sujeto altivo, un trabajador incansable, de fisonomía hercúlea y de ademanes agradables, razón por la que el autor, con notable agudeza, señala que “Los grabados son más astutos. El alemán es un atleta escandinavo de dieciocho años, rápidamente caracterizado de obrero. El judío es un turco amulatado, obeso y cincuentón. Otro rasgo sofisticado: el alemán acaba de rasurarse, el judío combina la calvicie con la suma pilosidad”.

Como señala Sala Rose, en el cartel publicitario que anunciaba la exposición *El judío errante* (1938) se describía a la perfección los rasgos que tenía un judío en el imaginario nacionalsocialista:

“La figura encarna a la perfección el prototipo nazi del judío absoluto. En la mano derecha lleva unas monedas, símbolo del apego judío al capital; paradójicamente, vemos igualmente a su izquierda el mapa de la URSS bolchevique. En la otra mano lleva el látigo con el que esclaviza a las naciones”⁶⁹.

Este es el mensaje que, día y noche, año tras año, fue inoculado, como un virus venenoso, en la mentalidad de unos jóvenes a los que se les enseñó a odiar y a excluir, y no a razonar, y menos aún a amar la diferencia. Con la veracidad que aporta quien lo ha vivido, transcribimos las palabras de Hede von Nagel, quien creció al amparo de las consignas del Tercer Reich:

“Nuestros padres nos enseñaron a levantar los brazos y decir ‘Heil Hitler’ antes de decir ‘Mamá’ [...] Crecimos creyendo que Hitler era un superdios [...] Nos enseñaron nuestra superioridad alemana en todo. País, raza, ciencia, arte, música, historia, literatura. Al mismo tiempo, nuestros padres y maestros nos entrenaron a mi hermana y a mí para ser las incondicionales ayudantes de los hombres; como individuos, no teníamos derecho a nuestra propia opinión, no teníamos derecho a hablar. Debíamos ser modelos de obediencia, trabajo y dureza [...], tampoco hubiera sido propio de una chica alemana privilegiar vestidos femeninos, volantes o maquillaje. Como para gentileza o dulzura o llanto, estos eran rasgos prohibidos, y cualquier demostración de ellos nos habría convertido en parias. El peor destino era que se rieran de ellos y los humillaran públicamente [...] Los libros que leíamos estaban llenos de historias que glorificaban a Hitler. En ellos, el malo suele ser un judío. Nunca había conocido personalmente a un judío, por lo que los judíos sobre los que leí eran personificaciones del diablo, demasiado malvados para ser reales”⁷⁰.

⁶⁸ Borges, “El arte narrativo y la magia”, ob. cit., p. 230, donde define y reivindica la claridad –y la honestidad– narrativa como: “la primitiva claridad de la magia”.

⁶⁹ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 237.

⁷⁰ Nagel, H. v., “The Nazi Legacy: Fearful Silence for Their Children”, *The Boston Globe*, October 23, 1977: “Our parents taught us to raise our arms and say ‘Heil Hitler’ before we said ‘Mama’ [...] We grew up believing that Hitler was a supergod [...] We were taught our German superiority in everything. Country, race, science, art, music, history, literature. At the same time, our parents and teachers trained my sister and me to be the unquestioning helpmates of men; as individuals, we had no right to our own opinion, no right to speak up. We were to be models of obedience, work and toughness [...] nor would it have befitted a German girl to favor feminine dresses, ruffles or makeup. As for gentleness or sweetness or tearfulness, these were forbidden traits, and any display of them would have made us outcasts. The worst fate was to be laughed at and publicly humiliated [...]. The books we read were full of stories glorifying Hitler. In them, the bad guy was usually a Jew. I had never known a Jew personally, and so the Jews I read about were personifications of the devil –too evil to be real”.

El escritor termina su nota con el interrogante que nos hubiéramos hecho cualquiera de nosotros: “¿Qué opinar de un libro como éste?” Su respuesta no se deja esperar: “A mí personalmente me indigna, menos por Israel que por Alemania, menos por la injuriosa comunidad que por la injuriosa nación. No sé si el mundo puede prescindir de la civilización alemana. Es bochornoso que la estén corrompiendo con enseñanzas de odio”. Es una respuesta que nos reconforta. No lo lamenta tanto por el pueblo judío, por Israel, pueblo al que ama y respeta⁷¹, sino por Alemania, a cuya cultura ha acudido en tantas y tantas ocasiones⁷². Lo lamenta por esa gran Alemania, por cuyos ríos y tierras pasaron desde Goethe a Thomas Mann, desde Novalis o Heine a Rilke, y desde Schiller a E.T.A. Hoffmann. Lo lamenta por esa gran Alemania que ahora ve, impertérrita, cómo, en un régimen totalitario, la verdad no tiene cabida —es “un huésped nunca bienvenido”⁷³—, solo la tiene el burdo adoctrinamiento, las proclamas y la fría propaganda con las que se inundan los espacios más íntimos y cotidianos de la vida: desde la familia a la escuela, desde los bulevares y avenidas hasta los pasillos y las bibliotecas de la Universidad⁷⁴. Todo está teñido de odio, locura y represión, de un espíritu que, de forma inexorable, conduce al ser humano a dejar de serlo para convertirse en un número, en una masa carente de identidad —“la ilusión de la individualidad”, de la que hablaba Fromm⁷⁵—:

“Las masas son una entidad abstracta y posiblemente irreal. Suponer la existencia de la masa es como suponer que todas las personas cuyo nombre empieza con la letra ‘b’ forman una sociedad”⁷⁶.

Nada que la Historia más reciente no nos haya enseñado. No en vano, Adorno subrayó que para que se pudiera alcanzar la total transformación de una sociedad democrática a una totalitaria se requería la anulación del individuo en favor del Partido y de la masa. Para conseguirlo, el Estado Minotauro se vale de una de las técnicas más persuasivas y lúcidas que se conocen: el adoctrinamiento, una técnica tan sutil y depurada que es capaz de conseguir que la aniquilación de una idea, de un hombre, de un pueblo o de un sistema democrático no sea concebida como una tragedia histórica, sino como la salvación de una nación, de un pueblo⁷⁷, al que se le hace ver que no importa el individuo

⁷¹ Borges, “La espera”, *El Aleph*, ob. cit., p. 608, deja constancia del doloroso rechazo del que fueron objeto en su país: “En la vidriera de la farmacia se leía en letras de loza: Breslauer; los judíos estaban desplazando a los italianos, que habían desplazado a los criollos. Mejor así; el hombre prefería no alternar con gente de su sangre”. Vid. “The Jews, de Hilaire Belloc”, *Textos cautivos*, ob. cit., pp. 210-211.

⁷² Un ejemplo de esta realidad en Borges, “Una vindicación de Israel”, *Textos cautivos*, ob. cit., p. 309: “Es posible defender mal una buena causa. [...] Louis Golding se propone refutar el antisemitismo. La empresa (teóricamente, al menos) es fácil. Para ello basta demoler los vulnerables y evidentes sofismas de los antisemitas. A Golding esa demolición no le basta: una vez rebatidos esos sofismas, los invierte y los aplica a los adversarios. Éstos (absurdamente) niegan las contribuciones judías a la cultura de Alemania; Golding (absurdamente) limita la cultura de Alemania a las contribuciones judías. Declara que el racismo es disparatado, pero no hace otra cosa que oponer, con una simetría casi servil, un racismo israelita al racismo nazi. Continuamente pasa de la necesaria defensa al contraataque inútil. Inútil, pues las virtudes de Israel no precisan los desméritos de Alemania. Inútil e imprudente, pues equivale de algún modo a aceptar la tesis enemiga, que postula una diferencia radical entre el hombre judío y el que no lo es”; “Israel. Testimonio argentino. Israel”; *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 58: “La cultura germánica, por ejemplo, me atrae singularmente”.

⁷³ Schopenhauer, A., *Parerga y paralipómena (Escritos filosóficos sobre diversos temas)*, Madrid, 2009, p. 175.

⁷⁴ Borges, “El pudor de la Historia”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 754.

⁷⁵ Fromm, E., *El miedo a la libertad*, Madrid, 1941, p. 232, sin duda, una afortunada expresión, pero de la que, por exagerada, descreo.

⁷⁶ Bravo - Paoletti, *Borges Verbal*, ob. cit., p. 126.

⁷⁷ Adorno, *Ensayos sobre la propaganda fascista*, ob. cit., p. 22; Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 279, recoge la declaración de François de Menthon, fiscal jefe francés en los juicios de

ni la sociedad en sí misma, sino la figura de líder carismático, de un Hermano Mayor al que todos deben la sumisión más absoluta⁷⁸; un líder que, por desgracia, nada tiene que ver con ese hombre hábil e inteligente del que nos habla Tucídides⁷⁹. Con la lucidez que le caracteriza, en su *Diario filosófico*, Hannah Arendt subraya que “quien en la lucha de opiniones dice que tiene la verdad, anuncia una pretensión de dominio. Así proceden los ideólogos: utilizan la verdad como medio para un fin”⁸⁰.

De su aprecio al pueblo judío, Borges supo dar buena cuenta a lo largo de su vida⁸¹. Si leemos sus textos con el cuidado que merecen, comprobamos cómo reprobó, una y otra vez, las persecuciones que sufría en buena parte del mundo, y de las que, por desgracia, Argentina tampoco se vio exenta de esta infernal lacra. En *Las alarmas del doctor Américo Castro (Nuevas inquisiciones)*, recuerda que:

“La palabra *problema* puede ser una insidiosa petición de principio. Hablar del *problema judío* es postular que los judíos son un problema; es vaticinar (y recomendar) las persecuciones, la expoliación, los balazos, el degüello, el estupro y la lectura de la prosa del doctor Rosenberg”⁸².

No podemos concluir este breve estudio sin recoger la opinión que le merecía esta obra, y de la que dejó constancia en su *Diálogo* con Osvaldo Ferrari:

– “En 1937 usted escribe una página llamada “Una pedagogía del odio.
– [...] Sí, un libro curiosísimo; yo lo recuerdo aún, y recuerdo los grabados, ya que estaba hecho para chicos, y recuerdo un judío que parecía más bien, yo no sé, una especie de árabe –creo que hasta con una argolla en la nariz–; y luego un supuesto alemán –que era realmente un campesino islandés, ya que tenía la estatura de los escandinavos–. Qué raro: para los alemanes los judíos eran esencialmente morenos. Lo importante era verlos distintos para poder odiarlos con más facilidad. Simplemente eso”⁸³.

3. Letras alemanas. Una exposición afligente (*Sur*, octubre de 1938)⁸⁴

“Mis noches están llenas de Virgilio,
Dije una vez; también pude haber dicho
De Hölderlin y de Angelus Silesius”.
Jorge Luis Borges, “Al idioma alemán”.

Núremberg, quien sostuvo: “La moral de la inmoralidad, la consecuencia de las doctrinas más puras de Nietzsche, considera la aniquilación de cualquier moral convencional el deber más elevado del hombre”.

⁷⁸ Adorno, *Ensayos sobre la propaganda fascista*, ob. cit., pp. 38 y 40.

⁷⁹ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, Madrid, 2005, p. 65.

⁸⁰ Arendt, H., *Diario filosófico*, I, Barcelona, 2006, p. 604.

⁸¹ Aizenberg, E., *El tejedor del Aleph. Biblia, Kábala y judaísmo en Borges*, Madrid, 1986. En especial, véase el capítulo “Nazismo y judaísmo”, pp. 45-53. Entre los personajes de sus relatos cabe destacar al dramaturgo checojudío Jaromir Hladík (*El milagro secreto*), al poeta judío alemán David Jerusalem (*Deutsches Requiem*), al personaje de Emma Zunz (*Emma Zunz*) o, entre otros, al doctor, y especialista talmúdico, Marcelo Yarmolinsky (*La muerte y la brújula*).

⁸² Borges, “Las alarmas del doctor Américo Castro”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 653.

⁸³ Borges, - Ferrari, *Diálogos*, ob. cit., p. 152.

⁸⁴ Borges, “Letras alemanas. Una exposición afligente”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., pp. 155-157.

La orientación anti totalitaria de la revista *Sur* fue el cauce propicio para que autores como Jorge Luis Borges pudieran verter sus reflexiones sobre los regímenes totalitarios, así como de los sucesos trágicos acaecidos en Europa durante los años treinta y cuarenta, lo que le llevó a reconducir su concepción estética y narrativa de la Literatura –como una simple sucesión de sueños, símbolos, imágenes y laberintos⁸⁵–, hasta dotarla, en buena medida, de un componente más ético y realista, de forma que le permitiera comprometerse con la problemática de un tiempo en el que no tenía cabida *La traición de los intelectuales* (Julien Benda). No en vano, en 1937 se lamentaba de la pérdida del sentido del “*buen europeo*”, el que hallamos en Leibniz o en T. S. Eliot, para dar paso a un pensamiento que reivindica lo estrictamente nacional:

“He sentido, al ver *De regreso*. El mero pacifismo no basta. La guerra es una antigua pasión que tienta a los hombres con encantos ascéticos y mortales. Para abolirla, hay que oponerle otra pasión. Acaso la del *buen europeo* –Leibniz, Voltaire, Goethe, Arnold, Renan, Shaw, Russell, Unamuno, T.S. Eliot– que se sabe heredero y continuador de todos los países. Abundan aciagamente en Europa el mero alemán o el mero irlandés; faltan los europeos”⁸⁶.

Un año más tarde, el 2 de diciembre de 1938, en su reseña publicada en la revista *El Hogar*, señala la contradicción en la que incurren André Breton y Diego Rivera en su manifiesto titulado *Por un arte revolucionario independiente. Manifiesto de Diego Rivera y André Breton por la liberación definitiva del Arte*, quienes, tras denunciar que “El arte oficial de la época estalinista refleja sus esfuerzos irrisorios para engañar y enmascarar su verdadero papel mercenario... A los que nos apremian, ya sea por hoy o por mañana, a consentir que el arte se someta a una disciplina que juzgamos radicalmente incompatible con sus medios, oponemos una negativa sin apelación y nuestra voluntad deliberada de atenernos a la fórmula: Toda licencia en arte”. A renglón seguido se arrepienten de su tenacidad, hasta el punto de proclamar “que la tarea suprema del arte contemporáneo es participar consciente y activamente en la preparación de la revolución”; de ahí su rechazo al “indiferentismo político” y al arte abstracto, un arte “que de ordinario sirve los fines más impuros de la reacción”⁸⁷.

La preocupación ante este Nuevo Orden mundial se deja sentir en su artículo “*Letras alemanas. Una exposición afligente*”, en el que Borges realiza una contundente crítica a la tendenciosa visión nacionalsocialista y antisemita acometida por Johannes Rohrer en su revisión de la Historia de la Literatura alemana, de A. F. C. Vilmar, en cuyo perverso catálogo se omiten los grandes nombres de la Literatura universal, empezando por el poeta Heine, cuya sentencia pronunciada en 1823, “Cuando se llaman a los mejores nombres, el mío también se llama”, no tuvo el eco o el resultado que esperaba:

“En ediciones anteriores al tercer Reich, la obra de Vilmar era decididamente mediocre; ahora es alarmante. Hasta su índice analfabético es alarmante. Ese catálogo perverso incluye unos setecientos autores, pero increíblemente silencia el nombre de Heine.

⁸⁵ Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, ob. cit., pp. 65-73, para quien Borges expone la idea budista del mundo como un sueño; asimismo, en p. 107: “La narrativa de Borges se organiza en símbolos que alcanzan en el plano de la ficción lo que a la filosofía le está vedado en el plano de la realidad: el conocimiento de los fines últimos de las cosas, la revelación de lo esencial, las leyes que gobiernan el mundo”.

⁸⁶ Borges, “De regreso”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 196.

⁸⁷ Borges, “Un Caudaloso Manifiesto De Bretón”, *Textos cautivos*, ob. cit., pp. 287-289.

Nennt man die besten Namen
So wird auch der meine genannt⁸⁸.

Pero no solo se omitió su nombre. En torno a larga lista de olvidados, que se acerca a la veintena de autores, sostiene que si bien “No quiero apilar nombres: básteme recordar que tres de ellos –Becher, Döblin, Franz Kafka⁸⁹– corresponden a escritores extraordinarios”. No se equivoca en su apreciación. Escritores del prestigio internacional como Martin Buber, Stefan Zweig, Max Brox o Erich Maria Remarque son postergados al balcón del silencio.

La sinrazón de esta censura no podía ser literaria. A tanta bajeza intelectual no podía llegar el régimen alemán. Las razones obedecían a criterios estrictamente político-raciales: la supresión física, espiritual y literaria de cualquier manifestación judía de Alemania⁹⁰. La pureza racial se imponía a la creatividad y a la fuerza narrativa⁹¹, y dentro de esta, los escritores nacionalistas tenían un amplio y servil acomodo. A este respecto, sus palabras no dejan ningún resquicio para la duda:

“Son evidentes las razones (las sinrazones) de este multiplicado silencio: muchos eliminados son judíos, ninguno nacionalista” (155-156).

La lógica del totalitarismo se impuso una vez más. Todos los pensadores, escritores y artistas proscritos fueron acusados de degenerar la cultura alemana. La propaganda fue muy eficaz. Para imponer un modelo cultural propiamente ario se debía reprobar y ridiculizar el arte “exclusivamente judío”, denunciado por “bolchevismo cultural” y por su negritud⁹². Para escenificar esta realidad se organiza una serie de actos públicos para lograr este fin. Entre estos cabe destacar las exposiciones de *Arte degenerado*, en las que se mostraron, durante cuatro meses⁹³, más de setecientas obras de autores vanguardistas como Nolde, Heckel, Kandinsky, Grosz, Dix o Beckmann, cuyas orientaciones artísticas atentaban contra el realismo y el clasicismo grecolatino que se

⁸⁸ Borges, “Letras alemanas. Una exposición afligente”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 155.

⁸⁹ La admiración que Borges sentía por Kafka se aprecia en escritos como “Las pesadillas y Franz Kafka”, *Textos recobrados, 1931-1955*, ob. cit., pp. 111-115; “Kafka y sus precursores”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., pp. 706-709; “Un sueño eterno. Palabras grabadas en el centenario de Kafka”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., p. 238: “Kafka ha sido uno de los grandes autores de toda la literatura. Para mí es el primero de este siglo”.

⁹⁰ Mosse, G.L., *La cultura nazi. La vida intelectual, cultural y social en el tercer Reich*, Barcelona, 1973, p. 41, se hace eco de la opinión que tenía Adolf Hitler sobre la cultura judía, de la que dio buena cuenta en *Mi lucha*: “el pueblo judío, a pesar de sus aparentes cualidades intelectuales, se halla sin embargo desprovisto de una cultura verdaderamente propia. La supuesta cultura que hoy poseen es propiedad de otros pueblos, que se encargan de disolver conscientemente”.

⁹¹ Clark, T., *Arte y propaganda en el siglo XX. La imagen política en la era de la cultura de masas*, Madrid, 2000, p. 67, recoge la afirmación de Hitler sobre el ideal físico del nuevo ario: “Nunca ha estado la Humanidad tan cerca como ahora de la Antigüedad, en su apariencia y sensibilidad. Las competencias y las pruebas deportivas han fortalecido a millones de cuerpos jóvenes, ofreciéndonos una forma y un temperamento como no se había manifestado ni se habría pensado tener en tal vez miles de años”.

⁹² Clark, *Arte y propaganda en el siglo XX*, ob. cit., pp. 63-65, constata que para ridiculizar los cuadros expuestos, estos aparecían colgados de forma irregular, sin marco y con la consignación del alto precio por el que fueron adquiridos por los museos públicos.

⁹³ Clark, *Arte y propaganda en el siglo XX*, ob. cit., p. 64, quien recuerda que la exposición se trasladó a trece ciudades alemanas y austriacas, donde fue vista por otro millón de personas.

imponía como canon de belleza⁹⁴, por lo que se tomó la decisión de excluir sus obras de los museos de la pujante nación alemana⁹⁵.

Dentro de este marco cultural, sin duda, el acto que tuvo mayor repercusión, tanto nacional como internacional, fue la denominada “Acción contra el Espíritu antialemán”⁹⁶. Como es bien conocido, la tarde del 10 de mayo de 1933, una multitud de setenta mil personas, mayoritariamente estudiantes universitarios, se reunió en la Opernplatz de Berlín, donde fueron depositados más de 20 mil libros, no para ser expuestos y leídos, sino para ser quemados ante la mirada enfebrecida de una multitud que veía, con notable satisfacción, cómo las obras de autores tan renombrados como Heinrich Mann, Erich Maria Remarque o Heinrich Heine eran pasto de las llamas, al mismo tiempo que se realizaban las denominadas *proclamas de fuego*: “!Contra la decadencia y la corrupción moral! Por la disciplina y las costumbres en la familia y en el Estado. Le entrego al fuego los escritos de Heinrich Mann, Ernst Glaeser y Erich Kästner”. Horas más tarde, cuando la noche ya se abría, se presentó el ministro de propaganda, Joseph Goebbels, no para reprobar los hechos, todo lo contrario, con la fuerza innata de su voz, recordó a las masas allí reunidas que un Nuevo Orden socio-político había nacido para cambiar radicalmente el curso de la Historia⁹⁷. Este era el momento en que el nacionalsocialismo podía proclamar que en la rueda de la Historia no tenía cabida la cultura de un pueblo ancestral como era el judío:

“Hombres y mujeres de Alemania, la era del intelectualismo judío está llegando a su fin y la consagración de la revolución alemana le ha dado paso también al camino alemán”.

En efecto, sus palabras indicaban el principio de una nueva era y el final de otra. Numerosos intelectuales y artistas alemanes comprendieron que solo les quedaba dos caminos: el éxodo o la resistencia. El primero, siempre doloroso. Así lo fue, por ejemplo, para los hermanos Thomas y Heinrich Mann. El segundo, dramático. Los ejemplos de resistencia tuvieron, casi siempre, el mismo final. La muerte de escritores o de artistas como de Max Jacob, Else Ury o Etty Hillesum lo atestigua⁹⁸. No tenían otra escapatoria.

⁹⁴ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 180, recoge la siguiente afirmación de Adolf Hitler sobre la concepción del arte a seguir en el Tercer Reich: “El perfil griego y el de los césares es el de los hombres de nuestro norte, y apuesto a que podría encontrar dos mil cabezas de este tipo entre nuestros campesinos”; con anterioridad, en p. 177: “Para Hitler, la cultura griega expresaba la perfección máxima en todos los aspectos. De ahí que quisiera apropiarse de la antigua Grecia como origen del universo cultural ario: ‘Cuando nos preguntan por nuestros ancestros, debemos señalar siempre a los griegos’. Esta filiación imaginaria tuvo su reflejo más evidente en la influencia del ideal clásico griego que puede apreciarse en muchas de las creaciones arquitectónicas o escultóricas del Tercer Reich”.

⁹⁵ Mosse, *La cultura nazi*, ob. cit., p. 3, señala cómo en la exposición de Arte Degenerado se presentaban obras modernas con comentarios en los que se advertía del grado de deformación que estaba alcanzando el Arte. Entre los numerosos comentarios destacan algunos que fueron escritos por el propio Hitler; así, por ejemplo: “Campesinos alemanes vistos con ojos judíos”, “ofensa a los héroes alemanes de la Gran Guerra”.

⁹⁶ Como señala Clark, *Arte y propaganda en el siglo XX*, ob. cit., p. 51, se buscaba la identificación del sujeto con el propio Führer, y, a través de él, con el Partido. Con carácter ejemplificador, el autor recoge un extracto de un discurso de Hitler, en el que sostiene: “Y cuando nosotros [los líderes del partido] no estemos, vuestra tarea será sostener rápidamente la bandera que una vez izamos al viento. Y yo sé que queréis y podéis hacerlo; porque sois carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; y el espíritu que se inflama en vuestras mentes es el mismo espíritu por el que nosotros estamos también dominados”.

⁹⁷ Vid. Popper, K., *La miseria del historicismo*, Madrid, 1961, pp. 57 ss.

⁹⁸ Sala Rose, *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*, Barcelona, 2007, p. 367: “El nazismo fue, en efecto, profundamente antiintelectualista, y rechaza

No la podían tener quienes sentían como propia la definición que aportara María Zambrano en su obra *El hombre y lo divino*: “Poeta será siempre aquel que no se pone a salvo de sufrir la incansable persecución y [...] mira con recelo a quién no solo parece haberse librado, sino que se lanza a perseguir”⁹⁹.

Al contemplar estos dolorosos hechos, comprendemos que nuestra opinión no debe prevalecer sobre cualquier otra, sino la de aquellos hombres con la clarividencia de Joseph Roth, quien supo dejar constancia de esta realidad de la que nosotros solo nos hacemos eco. En su artículo *Auto de fe del espíritu*, de fecha septiembre-noviembre de 1933, escribe:

“Hay que reconocerlo y decirlo con franqueza: la Europa espiritual se rinde. Se rinde por debilidad, por desidia, por indiferencia, por irreflexión. El futuro deberá investigar con exactitud los motivos de esta capitulación vergonzosa”¹⁰⁰.

Por esta razón, a finales de 1933, Joseph Roth no duda en afirmar que los que “hemos luchado bajo el estandarte del espíritu europeo”, “hemos sido derrotados”, porque ellos, esos “emigrantes sin patria” que eran los escritores, advirtieron, con escaso éxito, que “El ‘Tercer Reich’ de Hitler atemoriza al mundo europeo únicamente porque ha tenido el atrevimiento de consumir lo que siempre se propuso Prusia: quemar los libros, matar a los judíos a golpes y falsear al cristianismo”¹⁰¹. Una trágica realidad que le lleva a concluir con este desolador testimonio personal e intelectual:

“Muchos de nosotros hemos estado en el frente de la guerra. Muchos han caído. Hemos escrito para Alemania. Hemos muerto para Alemania. Hemos derramado nuestra sangre por Alemania de dos maneras: la sangre que nutre nuestra vida física y esa otra con la que escribimos. Hemos ensalzado a Alemania, la verdadera Alemania. ¡Por eso hoy Alemania nos quema!”¹⁰².

Como buen hermeneuta, Borges no se queda en una admonición genérica *ad hominem*. Todo lo contrario, ejemplifica. Le basta con escoger una página. Una única página es suficiente para reflejar el grado de incoherencia e ignominia del autor. Al “interrogarla” descubre, no sin dolor, que en su severidad se recogen, como si fueran los heraldos de la cultura alemana, las cabezas visibles del nacionalsocialismo, que no son otras que las de Hitler, Goebbels y Rosenberg:

“En esta página severa está escrito: ‘Ríos de fuego de una potencia verbal hasta entonces inaudita en tierra alemana se desbordaron sobre el pueblo: los grandes

decididamente el intelectual de salón, socialmente comprometido, que había aflorado en Francia sobre todo desde el caso Dreyfus”.

⁹⁹ Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, Madrid, 2007, p. 69.

¹⁰⁰ Roth, J., *La filial del infierno en la tierra*, Barcelona, 2018, pp. 26-27.

¹⁰¹ Zweig, S., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, 2004, pp. 453-454, narra un ejemplo que debió producirse en la fase embrionaria del movimiento. En una localidad fronteriza con Austria, fue testigo de cómo “mozalbetes nacionalsocialistas” llegados en camiones, y fuertemente armados, no dudaron en golpear a los asistentes a un mitin organizado por los socialdemócratas, siguiendo “el método aprendido de los fascistas italianos, solo que a base de una instrucción militar más precisa y sistemática, al estilo alemán, hasta el último detalle”. La razón: desde el primer momento, “la tropa había sido adiestrada para el ataque, la violencia y el terror”.

¹⁰² Roth, *La filial del infierno en la tierra*, ob. cit., p. 38. En torno al derramamiento de sangre, Borges, “El fin”, *Ficciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 520: “Les di buenos consejos –declaró–, que nunca están de más y que no cuestan nada. Les dije, entre otras cosas, que el hombre no debe derramar la sangre del hombre”.

discursos del Fuehrer (sic), henchidos de altos pensamientos y sin embargo abiertos de par en par a la comprensión del hombre sencillo, sostenidos por una esperanza remota, casi invisible, y sin embargo inmediatamente acatados” (156).

No podemos decir que el autor exagerara ni que enfatizara en exceso. La influencia que tuvo Adolf Hitler sobre la población alemana es de sobra conocida. Su teatralidad, también¹⁰³. “Ríos de fuego” subyugaron a la nación que leía a Goethe y escuchaba a Mozart, y a la que no le importó la sinceridad con la que Hitler reconocía públicamente que todos los campos de la cultura debían ser controlados, desde la literatura, el cine o la educación. A este respecto, Mosse reconoce que para el nacionalsocialismo la “cultura total” tenía que animar los prejuicios nacionalistas del pueblo, vencer sus sentimientos de aislamiento y dirigir sus impulsos creadores por las sendas de la raza y la patria”¹⁰⁴.

La finalidad era bien conocida: asentar las bases del régimen y determinar quién era el enemigo común al que se debía destruir¹⁰⁵. Desde sus inicios, el régimen nacionalsocialista fue consciente de que, si se partía de estas premisas, se podían perfilar los sentimientos de autoestima y de identidad colectiva.

El segundo nombre que se menciona es el del Ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, de cuya obra literaria se puede leer:

“Acto continuo nos es dado asistir al panegírico de la labor literaria de Joseph Goebbels, inesperado autor de una vasta novela simbólica, ‘que por la conducta vital ejemplarmente revolucionaria del héroe, por su idealismo varonilmente casto y por el fogoso aliento de su lenguaje, es el libro de la nueva juventud y de toda la juventud” (156).

La ironía que despliega nuestro autor no puede ser más recalcitrante. Como si de un espectáculo teatral se tratara, Borges inicia su comentario recordando el enfático elogio que se vierte sobre “la labor literaria de Joseph Goebbels”. Sin duda la novela más conocida del Ministro de Propaganda del Tercer Reich fue *Michael. Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern*, escrita a finales de 1923 y principios de 1924, aunque su publicación se demoró hasta 1929. La mística, como en toda la escenografía creada por el nacionalsocialismo, está presente a lo largo de la obra. En ella, Michael, trasunto edulcorado del propio autor, es el reflejo de un joven idealista dispuesto a morir por una

¹⁰³ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., pp. 142-143, haciéndose eco de las palabras de un Wagneriano como Thomas Mann, transcribe: “‘Hay mucho Hitler en Wagner’, reconocería lapidariamente Thomas Mann después de la guerra. El propio Hitler secundaría esta opinión, ya que con ocasión del Festival de Bayreuth de 1925 afirmó que ‘la obra de Wagner engloba todo aquello a lo que aspira el Nacionalsocialismo’”.

¹⁰⁴ Un concepto de patria de la que descreía. Cfr. Borges, “Elegía de la patria”, *La Moneda de Hierro, Obras completas, II*, ob. cit., p. 129: “La forjaron un puerto y un desierto,/ unos cuantos señores y el abierto/ ámbito elemental de ayer y ahora. [...] Cifras rojas de los aniversarios,/ pompas del mármol, arduos monumentos,/pompas de la palabra, parlamentos,/ centenarios y sesquicentenarios,/ son la ceniza apenas, la soflama de los vestigios de esa antigua llama”.

¹⁰⁵ Mosse, *La cultura nazi*, ob. cit., p. 16. Asimismo, en p. 42, recoge las siguientes palabras pronunciadas por Hitler en uno de sus discursos: “Sólo se puede alcanzar el triunfo y dominar el espíritu de un pueblo si, además de atacar la voluntad mediante una dirección adecuada, se destruyen al mismo tiempo los cimientos del adversario”.

Patria a la que desea redimir¹⁰⁶. ¿Queda algo de este Michael en la obra de Borges?¹⁰⁷ Entiendo que sobran explicaciones.

“Ante la obra ‘Mito del siglo veinte’ de Alfred Rosenberg, el entusiasmo crítico no decae. (¡Incalculable antisemitismo el de Rohr!) Le prohíbe recordar el nombre de Heine en una historia de la literatura alemana, pero le permite aclamar a Rosenberg” (156).

Como se desprende del texto, nuevamente el antisemitismo es la piedra referencial sobre la que se construye buena parte del catálogo de autores¹⁰⁸, unos escritores cuya significación y preponderancia está en el afecto que manifiestan a los criterios raciales y políticos fijados por el régimen nacionalsocialista, y no en los puramente artísticos o narrativos. Como vemos, no importaba tanto la calidad de la obra literaria como su adecuación al Nuevo Orden imperante. Lo leemos en un texto titulado *Alfredo Cahn. Cuentistas de la Alemania libre*:

“Un antiguo rencor spenceriano de Hombre contra el Estado me hace abrazar con todo fervor la tesis de Cahn y presuponer que los autores que gozan del favor especial ‘de las autoridades políticas de Alemania’ son verisímilmente tan nulos como los que detentan igual fervor en la Rusia soviética –a quienes tampoco he leído”¹⁰⁹–.

El tercer ejemplo de esta realidad lo constituye Alfred Rosenberg y su obra *Mito del siglo veinte*. En ella podemos hallar una visión de la política en la que están ausentes los principios morales o jurídicos. Para el ideólogo del Partido nacionalsocialista solo tienen cabida la polarización de dos conceptos antagónico, como son el de amigo y enemigo, entendido este último como *hostis*, un enemigo que lo es no por razones particulares, sino por la defensa de la nación y del grupo racial, lo que determina, en última instancia, que la política se convierta en milicia, y la guerra en la esencia de la política, un *ius belli* que consistirá en la eliminación de todo enemigo, ya sea interno o externo, que no se someta, voluntariamente, a la soberanía absoluta de ese Nuevo Orden que reclama “una Europa nórdica [...] con una Europa central alemana” (Rosenberg)¹¹⁰.

Es lógico que Borges, lleno de indignación, exclame: “¡Incalculable antisemitismo el de Rohr!” Que se incluya a Rosenberg y que se excluya a Heinrich Heine no solo constituye un hecho inverosímil, sino un grave atentado a la cultura literaria, a la que tan apegado estaba desde su infancia:

¹⁰⁶ Sala Rose, *El misterioso caso alemán*, ob. cit., pp. 213-214: “[...] sus muchas páginas albergan la historia de un joven universitario que, tras haber luchado valerosamente en la Gran Guerra, regresa a la vida civil para encontrarse con que ésta se ha vuelto decadente y enferma. Cosas tan espantosas como la intelectualidad, el poder de la prensa, el internacionalismo, el pacifismo, el parlamentarismo [...] le ayudan a avanzar en su desarrollo espiritual hasta adquirir una profundísima conciencia del pueblo germánico al que pertenece. [...] En 1942, trece años después de su publicación, un manuscrito que había sido inicialmente rechazado, con muy buenos motivos, por varias editoriales, había alcanzado ya las diecisiete ediciones”.

¹⁰⁷ Bravo - Paoletti, *Borges Verbal*, ob. cit., p. 147: “Desdichadamente para los hombres, el planeta ha sido parcelado en países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de una mitología particular, de derechos, de agravios, de fronteras, de banderas, de escudos y de mapas. Mientras dure este arbitrario estado de cosas, serán inevitables las guerras”.

¹⁰⁸ Louis, “Borges y el nazismo”, ob. cit., p. 127.

¹⁰⁹ Borges, “Alfredo Cahn. Cuentistas de la Alemania libre”, *Textos recobrados (1931-1955)*, ob. cit., p. 163.

¹¹⁰ Rosenberg, A., *El mito del siglo 20*. Versión informática, 2002, p. 226.

“¡Peores dislates acontecen en Rusia! Oigo a mi alrededor. Estoy infinitamente de acuerdo, pero Rusia no puede interesarnos como Alemania. Alemania –con Francia, con Inglaterra, con Estados Unidos– es uno de los pueblos esenciales de occidente. De ahí que nos sintamos desgarrados por su oscurecimiento y por su discordia, de ahí la sintomática gravedad de libros como este” (156).

A Borges le duele la gran nación alemana. Le duele porque admira su cultura y su lengua. Le duele porque siente su Historia, como siente su desgarrador presente. Alemania no es Rusia, es Occidente en su sentido más histórico, político y cultural.

No puede –ni es su propósito– negar que la revolución rusa ha degenerado en una dictadura atroz. Lenin y Stalin son sus más trágicos exponentes. Pero su corazón y su espíritu están con Alemania, la nación que, junto a Francia, Inglaterra y Estados Unidos, debería representar los valores de la cultura occidental. De ahí su desgarramiento emocional. De ahí su sentimiento de orfandad. De ahí la denuncia, sin paliativos, contra la adulteración de la cultura y de la lengua alemana, de la que se siente tan cercano como pudiera estarlo de la española o de la inglesa.

Como podemos observar, su compromiso ético, siempre presente en su vida¹¹¹, se acentúa en el escenario convulso de los años treinta y cuarenta, en el que el legado cultural y espiritual de Occidente empezaba a desquebrajarse irremediadamente, hasta el punto de que no era extraño que buena parte de la intelectualidad llegara a añorar ese tiempo en que se podía “disfrutar del extranjero como de algo familiar”¹¹². Pero, por desgracia, muy pronto esa maravillosa utopía se convirtió en un sueño roto, quebrado por la intolerancia de unos regímenes políticos que buscaban enaltecer a esa masa silente y homogeneizada de “superhombres” por encima del individuo¹¹³, del Yo frente al Nosotros¹¹⁴, una falacia que vació al ser humano, en cuanto ser heterogéneo, de toda esencia, de toda dignidad¹¹⁵;

¹¹¹ Borges - Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 157: “creo que si cada uno de nosotros pensara en ser un hombre ético, y tratara de serlo, ya habríamos hecho mucho; ya que al fin de todo, la suma de las conductas depende de cada individuo”.

¹¹² Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., p. 386. Asimismo, en p. 514: “Antes de 1914 la Tierra era de todos. Todo el mundo iba donde quería y permanecía allí el tiempo que quería. No existían permisos ni autorizaciones; me divierte la sorpresa de los jóvenes cada vez que les cuento que antes de 1914 viajé a la India y América sin pasaporte y que en realidad jamás había visto uno en mi vida. [...] Las mismas fronteras que hoy aduaneros, policías y gendarmes han convertido en una alambrada, a causa de la desconfianza patológica de todos hacia todos, no representaban más que líneas simbólicas que se cruzaban con la misma despreocupación que el meridiano de Greenwich. Fue después de la guerra cuando el nacionalsocialismo comenzó a trastornar el mundo, y el primer fenómeno visible de esta epidemia fue la xenofobia: el odio o, por lo menos, el temor a lo extraño”.

¹¹³ Fromm, E., *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, 2005, p. 205: “La característica común de todo pensamiento autoritario reside en la convicción de que la vida está determinada por fuerzas exteriores al yo individual, a sus intereses, a sus deseos”. Asimismo, Faye, E., *Heidegger. La introducción del Nazismo en la Filosofía*, Madrid, 2018, pp. 48-50: “La destrucción del individuo y del yo humano [...] se inscribe en los fundamentos mismos del nacionalsocialismo”. Una idea que envuelve toda la obra de Faye.

¹¹⁴ Borges, J. L., “El budismo”, *Siete noches, Obras completas, II*, p. 252: “Una vez que comprendamos que el yo no existe, no pensaremos que el yo puede ser feliz o que nuestro deber es hacerlo feliz”.

¹¹⁵ Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., p. 515: “me doy cuenta entonces de cuánta dignidad humana se ha perdido en este siglo que los jóvenes habíamos soñado como un siglo de libertad, como la futura era del cosmopolitismo”.

una amarga realidad que convertía al individuo, como recuerda Zweig¹¹⁶, en un ser que transita por un mundo sin justicia posible¹¹⁷:

“Y es que me he despojado de todas las raíces, incluida la tierra que las nutre [...] Nací en 1881, en un Imperio grande y poderoso [...] pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crie en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional [...] antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos. También he perdido mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas”¹¹⁸.

Con notable claridad lo refleja en su poema *Tú*, recogido en *El oro de los tigres*:

“Un solo hombre ha nacido, un solo hombre ha muerto en la tierra.
Afirmar lo contrario es mera estadística, es una adición imposible.
No menos imposible que sumar el olor de la lluvia y el sueño
que anoche soñaste [...].
Hablo del único, del uno, del que siempre está solo”¹¹⁹.

Pero el hombre que razona y analiza puede comprender el desaliento del pueblo alemán ante la ignominia que supuso el pacto de Versalles –“no hay un buen europeo que no abomine de ese rencoroso instrumento”–, su desencanto con la República de Weimar¹²⁰ –“que fue un arbitrio ocasional (y servil) para congraciarse con Wilson” – incluso, le puede parecer normal el “fervor en el hombre que les promete la vindicación de su honor”, el que perdió Alemania tras la Gran Guerra –una guerra en la que desaparecen dos imperios, el austrohúngaro y el otomano, el Zar y el Kaiser¹²¹–; pero “Me parece una insensatez que el honor quiera sacrificar su cultura, su pasado, su probidad, y que rencorosamente estudien de bárbaros”(156-157), porque estos representan, como señalara Hannah Arendt, la nota distintiva de los sistemas totalitarios,

¹¹⁶ Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., pp. 3-4: “Y es que me he despojado de todas las raíces, incluida la tierra que las nutre, como, posiblemente pocos han hecho a lo largo del tiempo. [...] y con dramática vehemencia me he arrojado al vacío, en ese ‘no sé adónde ir’ que ya me resulta tan familiar. Pero no me quejo: es precisamente el apátrida el que se convierte en hombre libre [...] De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos”.

¹¹⁷ Una realidad que nos recuerda Hesíodo, *Trabajos y Días*, Teogonía, Madrid, 2015, p. 174 y ss., cuando escribe que esto sucedió cuando la hija de Zeus, Justicia, huyó a los cielos, lo que provocó que de la edad de oro se diera paso a la de plata y a la de bronce, y con esta al crimen y a la miseria.

¹¹⁸ Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., p. 10. Una guerra tan cruenta que a los soldados (p. 291): “los harían añicos y los mutilarían desde lejos sin siquiera haber visto al enemigo cara a cara”.

¹¹⁹ Borges, “Tú”, *El oro de los tigres, Obras completas, I*, ob. cit., p. 1111.

¹²⁰ Fernández-Crehuet López, F., *Hegel bajo la esvástica. La Filosofía del Derecho de Karl Larenz y Julius Binder*, Granada, 2017, p. 126, propone esta arriesgada, pero lúcida aseveración: “no fue el exceso de democracia lo que mató a Weimar sino su defecto, de lo que es rastro evidente y claro las construcciones teóricas del nacionalsocialismo. Establecer límites a la democracia en la Ley Fundamental no era una estrategia adecuada para luchar contra el fantasma de Weimar, sino, más bien, una prebenda –y una línea de continuidad– para aquellos que sí que habían, desde el primer minuto, eliminado intelectual, física y bélicamente aquella República”.

¹²¹ Zweig, S., *La piedad peligrosa*, Madrid, 2002, p. 451, la califica como “aquella culpa de proporciones cósmicas, milenaria, la más terrible destrucción y aniquilación masiva jamás vista en la historia”.

porque ellos, los “nuevos bárbaros –comunismo, nacionalsocialismo y fascismo¹²²– convirtieron la mentira en el fundamento último de su política¹²³”.

Una vez que hemos leído y reflexionado sobre este texto de Borges, la novela *Encuentro*, del escritor alemán Fred Uhlman, sale a nuestro paso. El autor de este clásico contemporáneo sabe recoger, con la hondura de su prosa, el ambiente cultural de buena parte de los jóvenes estudiantes de finales de los años veinte, jóvenes que “Iban al teatro y a la ópera, leían a Baudelaire, Rimbaud y Rilke, [...] admiraban *El retrato de Dorian Gray* y *La saga de los Forsythe*, y por supuesto se admiraban recíprocamente”; pero, sobre todo, jóvenes que veían que:

“La política era cuestión de adultos y nosotros teníamos nuestros propios dilemas. Y a nuestro juicio, entre éstos el más apremiante consistía en descubrir la mejor forma de aprovechar la vida, lo cual era muy distinto a dilucidar qué sentido tenía, si es que tenía alguno, y cuál sería la condición humana en este cosmos alarmante e incommensurable. Éstos eran los problemas de trascendencia auténtica y eterna, mucho más importantes para nosotros que la existencia de figuras tan efímeras y ridículas como Hitler y Mussolini”¹²⁴.

Sin embargo, ese mundo y en esa cultura en la que se entrelazaban “los clásicos alemanes, Schiller, Kleist, Goethe, Hölderlin, y por supuesto ‘nuestro’ Shakespeare, así como Rilke, Dhémel y George”, y que era parte de esa patria, de ese “terruño sin principio ni fin”, “absolutamente seguro e indudablemente eterno”, se desvaneció tan pronto como “los compatriotas de Goethe y Schiller, de Kant y Beethoven” creyeron firmemente “en el diablo y en el infierno”¹²⁵. Ese funesto instante fue “el comienzo del fin de nuestra amistad y de nuestra infancia”, la de dos adolescentes, la de dos amigos, Hans Schwartz (judío) y Konradin von Hohenfels (noble alemán). Más tarde vino la separación definitiva: Konradin ingresó en las juventudes hitlerianas; a Hans, sus padres, conscientes del creciente odio al pueblo judío, le obligaron a marchar a los Estados Unidos. El cruel juego de las dicotomías, como el de la indiferencia, está servido. Una sólida amistad, que es el reflejo de las dos caras de una misma moneda, acabará por desdibujarse en todos sus lados. El juego de los contrarios, el anverso y reverso, ha triunfado, y con él, la vieja cólera de Aquiles.

¹²² Aron, R., *Democracia y totalitarismo*, Barcelona, 2017, pp. 240-250, diferencia el nacionalsocialismo del comunismo: “el objetivo que se proponía el partido nacional-socialista consistía en rehacer el mapa racial de Europa, eliminando a algunos pueblos considerados inferiores y asegurando el triunfo de otro, juzgado superior. Es el momento en el que hace estragos un terror aún más imprevisible que el que podía recaer sobre los ciudadanos soviéticos y cuyo objetivo, sobre todo, era distinto. El del terror soviético consistía en crear una sociedad enteramente conforme a un ideal, mientras que, en el caso hitleriano, la meta era pura y sencillamente el exterminio. [...] En un caso lo que impera es la voluntad de construir un régimen nuevo y tal vez incluso otro tipo de hombre, sin parar mientes en los medios empleados; en el otro, la voluntad propiamente demoníaca de destruir a una pseudo-raza”.

¹²³ Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, III, Madrid, 1982, p. 312: “La sobresaliente cualidad negativa de la élite totalitaria es que jamás se detiene a pensar cómo es realmente el mundo y nunca compara las mentiras con la realidad. Su más preciada virtud, en consecuencia, es la lealtad al jefe, que, como un talismán, asegura la victoria definitiva de la mentira y de la ficción sobre la verdad y la realidad”.

¹²⁴ Uhlman, F., *Encuentro y Un alma valerosa*, Barcelona, 2016, pp. 14, 26 y 45. En torno a Mussolini, Mann, T., *Mario y el Mago y otros relatos*, Barcelona, 1982, en el relato *Mario y el Mago* ridiculiza su figura, equiparándola a un oscuro nigromante, a un brujo de los salones, del que todos eran “víctimas de la fascinación de aquel hombre”, hasta el punto de que el personaje principal se pregunta: “¿no nos habría embrujado, fuera del programa, paralizando nuestra voluntad?” (p. 182).

¹²⁵ Uhlman, *Encuentro*, ob. cit., pp. 58-59, 61 y 63.

Este es el drama sobre el que se erigen todos los totalitarismos. Cuando se arrojan el poder del Estado, toda la realidad queda absorbida, hasta el punto de que la vida privada y la pública se diluyen en un único y borroso espacio: el del Poder. Es lógico que así sea. No cabe otra salida. La Historia enseña que si no existe la división estricta de poderes, o si el Estado carece de los oportunos contrapesos, no hay más meta que la de alcanzar el poder, ni otra ley ni otra justicia que la que impone la fuerza. Este es el momento propicio para que prevalezca, como permanente guadaña, la venganza, siempre más sangrienta y desproporcionada que la vieja ley del talión.

Por desgracia, la vida privada no siempre difiere de esta realidad. La imposición no diferencia espacios, creencias o pensamientos. Todo es objeto de censura, delación y represión¹²⁶. El miedo se impone, los lazos se pierden, los afectos se olvidan y el recelo y el odio atávico se extiende entre familias, vecinos y transeúntes. A este respecto, Friedrich Hölderlin, en su *Hiperión o el eremita en Grecia*, escribió: “no sabe cuánto peca el que quiere hacer del Estado una escuela de costumbres. Siempre que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno”¹²⁷. Y en el infierno, cabe recordar, no está permitido el nombre de Dios. ¡Premonitoria verdad!

4. La guerra. Ensayo de imparcialidad (*Sur*, octubre de 1939)¹²⁸

“apenas logré balbucear con una voz que no era la mía: – Esto no puede ser. Siempre en voz baja el vendedor de biblias me dijo: – No puede ser, pero es”. Jorge Luis Borges, “El libro de arena”, *El libro de arena*.

Pasan los años, pero el hábito de la escritura no lo ha perdido. Sigue tan intacto como el primer día. Lo mismo podemos decir de esa sutileza de la que dio buena cuenta en “Una oración”: “Desconocemos los designios del universo, pero sabemos que razonar con lucidez y obrar con justicia es ayudar a esos designios, que no nos serán revelados”¹²⁹.

Su escrito titulado *Ensayo de imparcialidad* constituye un peldaño más en su escalada de denuncia contra el régimen nacionalsocialista. Sin duda, estamos ante un texto que debemos leer, releer y detenernos cuantas veces sea necesario, porque en él, lejos de la diatriba o de la vacua elocuencia, la escritura se convierte en la voz que reconoce, con profundo pesar, esa “trágica historia que los alemanes echaron a perder con sus tardíos Nibelungos”¹³⁰, la que les llevó a vivir la noche más oscura de su Historia: la del aciago totalitarismo.

¹²⁶ Como reseña Chaves Nogales, M., *Bajo el signo de la esvástica. [Cómo se vive en los países de régimen fascista]*, Córdoba, 2012, p. 71, incluso en el ámbito universitario, la delación era una práctica recurrente: “Hitler [...] Ha restaurado los antiguos derechos de los estudiantes y ha utilizado sus asociaciones para que delatasen y eliminasen a los profesores contaminados de liberalismo, judaísmo o marxismo”.

¹²⁷ Hölderlin, F., *Hiperión o el eremita en Grecia*, Madrid, 2016, p. 54.

¹²⁸ Borges, “La guerra. Ensayo de imparcialidad (*Sur*, octubre de 1939)”, revista *Sur*, 61, octubre de 1939, pp. 28-30.

¹²⁹ Borges, “Una oración”, *Elogio de la sombra, Obras completas, I*, ob. cit., p. 1014.

¹³⁰ Borges, “Ulrica”, *El libro de arena, Obras completas, II*, ob. cit., p. 19.

En 1925, al escribir el prólogo a *Luna de enfrente*, reconoce un hecho incontrovertible: “Nadie –fuera de cierto aventurero que soñó Well– ha descubierto el arte de vivir en el futuro o en el pasado. No hay obra que no sea de su tiempo”¹³¹. En efecto, no hay un relato, un texto, un apunte o un breve fragmento que no tenga una referencia, por pequeña o indirecta que esta sea, al tiempo en que el autor escribe, de ahí que indique, sin recato alguno, que “toda literatura es autobiográfica, finalmente”¹³²; autobiografía de un período siniestro que le tocó vivir y sufrir, porque él, como tantos otros hombres, sintió que la libertad, como la propia vida, estaba cruelmente amenazada de muerte por unas ideologías que le provocaban tanto rechazo como desaliento, un hastío del que deja constancia en este breve fragmento:

“Hay un sabor –añadió– que nuestro tiempo (hastiado, acaso, por las torpes imitaciones de los profesionales del patriotismo) no suelen percibir sin algún recelo: el elemental sabor de lo heroico”¹³³.

En su escritura, clara y precisa, reúne, en un encuentro casi imposible, a los dos Borges: el escritor –la polémica literaria– y el crítico –la realidad de su tiempo–. El resultado no es otro que el espejo de una época en la que la vida, como la cultura, se desgarraba por el incesante odio y la permanente violencia.

“Es de fácil comprobación que un efecto inmediato (y aun instantáneo) de esta anhelada guerra, ha sido la extinción o la abolición de todos los procesos intelectuales. No hablo de Europa, donde venturosamente perdura George Bernard Shaw; pienso en los estrategas y apologistas que el infatigable azar me depara, por calles y por casas de Buenos Aires. Las interjecciones han usurpado la función de los razonamientos; es verdad que los atolondrados que las emiten, distraídamente les dan un aire discursivo y que ese tenue simulacro sintáctico satisface y persuade a quienes los oyen” (28).

El inicio del texto no deja indiferente al lector. Borges le sitúa ante el efecto que “esta anhelada guerra” provoca en el ámbito cultural: “la extinción o la abolición de todos los procesos intelectuales”. Su precisión histórico-conceptual no nos puede sorprender. Habla de una guerra anhelada. Lo fue para la juventud alemana, como también para buena parte del pueblo alemán que veía en la guerra la posibilidad de vengar la indecorosa derrota sufrida durante la Gran Guerra. El tiempo de la seguridad del que habla Stefan Zweig daba paso al de la violencia más desatada e incruenta¹³⁴. Lo leemos en la novela *Infierno*, de Mela Hartwig, quien describe cómo la misma población austriaca que sentía un profundo recelo al inicio de la contienda, cuando se suceden las primeras y contundentes victorias, se volvió tan jubilosa como profundamente fanatizada:

¹³¹ Borges, “Prólogo”, *Luna de enfrente, Obras completas, I*, ob. cit., p. 59.

¹³² Borges, “La presencia de Buenos Aires en la poesía”, *Textos recobrados, 1919-1929*, Barcelona, 2002, p. 250. Asimismo, en “Profesión de fe literaria”, *El tamaño de mi esperanza*, Madrid, 1998, p. 142: “Yo soy el hombre que se aventuró a escribir y aún a publicar unos versos que hacían memoria de los barrios de la ciudad que estaban entreveradísimo con su vida”.

¹³³ Borges, “El pudor de la Historia”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 755.

¹³⁴ Zweig, *El mundo de ayer. Ob. cit.*, p. 17: “Si busco una fórmula práctica para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial, la época en que crecí y me crié, confío en haber encontrado la más concisa al decir que fue la edad de oro de la seguridad. Todo en nuestra monarquía austriaca casi milenaria parecía asentarse sobre el fundamento de la duración, y el propio Estado parecía la garantía suprema de esta estabilidad. Los derechos que otorgaba a sus ciudadanos estaban garantizados por el Parlamento, representación del pueblo libremente elegida, y todos los deberes estaban exactamente delimitados”.

“La ciudad festejaba la declaración de guerra entre el éxtasis y el espanto. [...]. Las tropas motorizadas avanzaban imparables, transfiguradas en jinetes del Apocalipsis. [...]. Aquellos éxitos relámpago rayaban en lo imposible y sirvieron para convencer a los más indecisos y arrancar la adhesión incondicional de los tibios. Allí donde mirare Úrsula veía reflejado el fanatismo en el brillo que ardía en las miradas”¹³⁵.

La segunda precisión es el efecto nocivo que provoca en el ámbito cultural: “la extinción o la abolición de todos los procesos intelectuales”¹³⁶, al que se llega, como señala George Steiner, cuando los intelectuales sucumben a la *nostalgia del absoluto*, porque este –el totalitarismo– siempre:

“Dice al creyente: ‘Quiero de ti un compromiso total. Quiero de ti una implicación total de tu conciencia y tu persona en tu dedicación a mí’. Y a cambio, como hace la gran teología, ofrece una explicación completa de la función del hombre en la realidad biológica y social. Y sobre todo, ofrece un contrato de promesa mesiánica con respecto al futuro”¹³⁷.

No obstante, Borges proporciona un requiebro inesperado: habla de la Segunda Guerra Mundial que se está librando en Europa, pero su desasosiego lo traslada a su país, donde observa cómo, por las plazas y calles de Buenos Aires, las exclamaciones y los exabruptos han relegado el diálogo razonado al cajón del olvido, lo que ha provocado el sempiterno gozo de los incautos.

Esta realidad, desnuda de todo artificio, se acentúa aún más cuando avanzamos en la lectura del amplio texto introductorio. Si lo leemos con cierto detenimiento, advertimos que el autor utiliza un razonamiento apagógico, con el que busca, sin disimulo alguno, una reducción al absurdo, la que nace de unos planteamientos o afirmaciones que se presentan tan contradictorios entre sí que se convierten en meras entelequias:

“El que ha jurado que la guerra es una especie de *yijad* [sic] liberal contra las dictaduras, acto continuo anhela que Mussolini milite contra Hitler: operación que aniquilaría su tesis. El que juraba hace cuarenta días que Varsovia era inexpugnable, ahora se admira (con sinceridad) de que haya resistido algún tiempo. El que denuncia las piraterías inglesas es el que aprueba con fervor que Adolf Hitler obre a lo Zarathustra, más allá del bien y del mal. El que proclama que el nazismo es un régimen que nos libra de charlatanes parlamentarios y que entrega el gobierno de las naciones a un grupo de *strong silent men*, escucha embelesado las efusiones del incesante Hitler o –placer aún más secreto– de Goering. El que pondera la presente inacción de las armas francesas aplaudirá esta noche los síntomas iniciales de una ofensiva. El que reprueba la codicia de Hitler saluda con veneración la de Stalin. El rencoroso augur de la desintegración inmediata del injusto Imperio

¹³⁵ Hartwig, M., *Infierno*, Madrid, 2021, pp. 133-141.

¹³⁶ Steiner, G., *Heidegger*, México, 1999, p. 32: “Es un secreto a voces que los intelectuales de biblioteca y los hombres que se pasan su vida rodeados de palabras, de textos, pueden experimentar con especial intensidad las seducciones de las propuestas políticas violentas, particularmente cuando tal violencia no toca a su propia persona”; Popper, K.R., *En busca de un mundo mejor*, Barcelona, 1994, p. 242: “Nosotros los intelectuales hemos hecho el más terrible daño durante miles de años. Los asesinatos en masa en nombre de una idea, de una doctrina, una teoría o una religión fueron obra nuestra, invención nuestra, de los intelectuales”. Por esta razón, sostiene: “es mucho lo que nosotros podemos hacer [...] Cuando digo nosotros me refiero a los intelectuales, a seres humanos interesados en las ideas; en especial a los que leen y a veces escriben”.

¹³⁷ Steiner, G., *Nostalgia del absoluto*, 2020, Madrid, p. 31.

británico, demuestra que Alemania tiene derecho a la posesión de colonias. (Anotemos, de paso, que esa yuxtaposición de las voces *colonias* y *derecho* es lo que alguna ciencia muerta –la lógica– denominaba una *contradictio in adjecto*) El que rechaza con supersticioso pavor la mera insinuación de que el Reich puede ser derrotado, finge que el menor éxito de sus armas es un incomprensible milagro. No prosigo; no quiero que esta página sea infinita” (29).

Como se desprende del texto, el discurso razonado puede constituirse en un arma de doble filo: útil y efectiva para comprender la realidad, pero inhabitable cuando la dogmatiza. En el primer caso, confiamos en sus dictados; en el segundo, su ambigüedad, fruto de la contradicción, nos confunde. Consciente de esta circunstancia, Borges da la sensación de que ha procurado establecer una especie de relación de complicidad con su lector: más que presentar un conjunto de sólidos argumentos con los que desacreditar a quienes defienden el nacionalsocialismo alemán, con sus victorias y emblemas, se sienten más cómodos dejándonos que sea el lector quien, al final, aprecie la sonrojante contradicción de quienes así se postulan.

En un ejercicio de pura didáctica literaria, el autor establece un somero catálogo de contradicciones más que evidentes, a saber:

- [1] quienes proclamaban que la guerra era una yihad contra las dictaduras, deseaba el enfrentamiento de estas entre sí;
- [2] quienes afirmaban que Varsovia no sería tomada, acto seguido admiraban que pudiera resistir tanto tiempo;
- [3] quienes denunciaban la piratería inglesa, eran capaces de aprobar, con fervor, las anexionaciones de las tropas alemanas;
- [4] quienes proclamaban que Hitler entregaba el gobierno de las naciones a extraños hombres silenciosos, al mismo tiempo le escuchaban tan embelesados como cuando hablaba el propio Goering;
- [5] quienes aplaudían la inacción de Francia, alababan sin reparos cualquier ofensiva que realizara;
- [6] quienes reprobaban el ansia de poder de Hitler, veneraban el de Stalin;
- [7] quienes criticaban el imperio colonial británico, celebraban el auge del imperio alemán.

Como el propio autor reconoce, esta *contradictio in adjecto* es tan infinita que no merece la pena extenderse para no abrumar al lector, por lo que no añadirá ninguna más, por mucho que le cueste entender que se pueda preferir el triunfo de Alemania, del totalitarismo, al de Inglaterra, el país que representa el ideal de la libertad y del régimen parlamentario (29).

Hecha esta aclaración, Borges expone el grueso de su argumentación en un tercer y extenso párrafo:

“Quienes abominan de Hitler, suelen abominar también de Alemania. Yo he admirado siempre a Alemania. Mi sangre y el amor de las letras me acercan indisolublemente a Inglaterra; los años y los libros a Francia; a Alemania, una pura inclinación. (Esa inclinación me movió, hacia 1917, a emprender el estudio del alemán, sin otros instrumentos que el *Lyrisches Intermezzo* de Heine y un lacónico glosario alemán-inglés, a veces fidedigno.) No soy, por cierto, de esos germanistas falaces que recomiendan a Alemania lo eterno para negarle toda participación en

lo temporal. No estoy seguro de que el hecho de haber producido a Leibniz y a Schopenhauer la incapacite para todo ejercicio político. Nadie pretende que Inglaterra debe elegir entre su Imperio y Shakespeare; nadie que Descartes y Condé son incompatibles en Francia; yo ingenuamente creo que una Alemania poderosa no hubiera entristecido a Novalis ni hubiera sido repudiada por Hölderlin. Yo abomino, precisamente, de Hitler porque no comparte mi fe en el pueblo alemán; porque juzga que para desquitarse de 1918, no hay otra pedagogía que la barbarie, ni mejor estímulo que los campos de concentración. Bernard Shaw, en ese punto, coincide con el melancólico Führer y piensa que sólo un incesante régimen de marchas, contramarchas y saludos a la bandera puede convertir a los plácidos alemanes en guerreros pasables... [...]" (29-30).

Una vez más el título se ajusta al contenido del texto: *Ensayo de imparcialidad*. No busca otra cosa que ser imparcial, razón por lo que desea explicitar, de forma clara y extensa, que de sus críticas a las políticas raciales y expansionistas del Tercer Reich no se puede desprender que odie a Alemania, todo lo contrario: solo repudia a su Canciller, no al pueblo alemán, y menos aún a su cultura, a la que tanto admira, y a la que tanto debe. Esta verdad desea dejarla bien patente, porque sabe que ni hay ni puede haber correlación entre Alemania y Hitler. Este no representa a Alemania, solo la conduce al precipicio de la Historia. Con claridad lo expresa en el diálogo que mantuvo con Osvaldo Ferrari:

– Usted adoptó la misma actitud en otra página, de 1939: ‘Ensayo de imparcialidad’ [...] allí usted dice que abomina de Hitler porque éste no comparte su fe en el pueblo alemán.

– Entonces no me arrepiento de haberlo escrito; porque en aquel momento se suponía, se llamaba germanófilo, no al que era partidario de Alemania, sino a un partidario de ese gobierno de Alemania. [...], un germanófilo quería decir un partidario de Hitler, no un amigo de lo germánico. Además que lo germánico es, bueno, un género, abarca diversas especies, digamos: Alemania, Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Islandia, etcétera”¹³⁸.

No duda en proclamar “Yo he admirado siempre a Alemania”. Emplea el adjetivo “siempre” para remarcar que su admiración no se debe a un ámbito coyuntural o político. No es un advenedizo, la prueba es que en 1917 se acercó al estudio del alemán para poder leer a Schopenhauer; ni tampoco rechaza que Alemania pueda levantarse como una nación tan orgullosa y poderosa, en lo político y militar, como lo pueda ser Francia o Inglaterra. No hay repudio alguno en este ámbito. Lo hay, y mucho, en la persona de Adolf Hitler. La razón: no tiene la confianza que él posee en el pueblo alemán; un pueblo que puede subsanar el oprobio que supuso el ominoso Tratado de Versalles sin recurrir a la barbarie de la guerra, de la xenofobia racista y de los campos de concentración¹³⁹. Él, como Bernard Shaw, no cree que una nación pueda construirse con marchas y proclamas militares. La Historia le ha enseñado que la eficacia militar nunca edifica, solo profana metódicamente la vida y la muerte, hasta destruir el alma de los pueblos; una aciaga realidad que le permite tener el pulso suficiente para escribir:

¹³⁸ Borges - Ferrari, *Diálogos*, ob. cit., p. 153.

¹³⁹ Sin embargo, cabe recordar, con Kershaw, I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, 2004, p. 223, que: “Hay que aceptar que el nazismo penetró de verdad – aunque de manera parcial– en amplios sectores de la sociedad alemana, sin excluir a la clase obrera, y que se logró un considerable grado de integración, tanto material como afectiva, con el estado nazi, aun cuando las subculturas católica, comunista y socialista resultaron ser barreras relativamente resistentes e impenetrables”.

“Si yo tuviera el trágico honor de ser alemán, no me resignaría a sacrificar a la mera eficacia militar la inteligencia y la probidad de mi patria; si el de ser inglés o francés, agradecería la coincidencia perfecta de la causa particular de mi patria con la causa total de la humanidad” (30)¹⁴⁰.

Sus palabras nos llevan a comprender que la patria no se erige ni se fortalece en la milicia ni en el acero, sino con la inteligencia, la cultura o el lenguaje¹⁴¹, una concepción y unos valores que sirven para acoger “la causa total de la humanidad”. A este respecto, Jorge Semprún recoge un discurso pronunciado por Edmund Husserl en 1935, en el que el filósofo advierte:

“La crisis de la existencia europea sólo puede tener dos desenlaces: o bien el declive de Europa, convertida en algo ajeno a su propio sentido racional de la vida, la caída en el odio espiritual y la barbarie, o bien el renacer de Europa a partir del espíritu de la filosofía, merced a un heroísmo de la razón que supere definitivamente el naturalismo. El mayor peligro para Europa es el cansancio”¹⁴².

Durante buena parte de mi vida, la lectura continuada de la obra de Jorge Luis Borges me ha ayudado a comprender lo que supuso la plaga del totalitarismo en el siglo XX, y de la que nadie está indemne de volver a sufrirla –lo vemos en los dramáticos días en que se escriben estas líneas–. No es el único autor que lo ha hecho. Una vida, que ya comienza a ser larga, ayuda al acopio de unas lecturas con las que ensanchamos el horizonte de nuestro tiempo. Entre esos libros, y esos autores, se alza la egregia figura de Stefan Zweig, quien, en su obra *El legado de Europa*, señala:

“Desde que comenzó el mundo, todos los males han venido de los doctrinarios, que, intransigentes, proclaman su opinión y su ideario como los únicos válidos. Esos fanáticos de una sola idea y un único proceder son los que, con su despótica agresividad, perturban la paz en la tierra y quienes transforman la natural convivencia de las ideas en confrontación y mortal disensión”¹⁴³.

Pero el escritor porteño no desea quedarse en el espacio geográfico en el que se sustancia la guerra. Sabe que la derrota de Alemania propiciaría el sufrimiento de esta, pero, a su vez, no desconoce que su victoria supondría extender la esvástica por todo “este negro y opulento universo”¹⁴⁴. Un hecho que contaría con la inestimable ayuda de los imitadores autóctonos del Canciller alemán, tan del gusto del continente latinoamericano. Ahora, cuando Francia ha caído, y toda Europa parece arrodillarse ante el Reich de los

¹⁴⁰ Borges sueña con esa patria de las letras de la que habla Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., pp. 184 y ss.: “Una generación de poetas que no codiciaba nada de la vida exterior: ni el interés de las masas, ni distinciones, ni honores, ni beneficios; que nada ambicionaban si no era enlazar estrofas una detrás de otra, con la máxima perfección, en un esfuerzo callado y, sin embargo, apasionado, cada verso impregnado de música, resplandeciente de colores, ardiente de imágenes... alejados de lo cotidiano... ¡cuán quieta era la vida que llevaban, cuán falta de apariencias, cuán invisible!... todos compartían una misma patria, porque solo vivían de la poesía, y así, evitando lo efímero con una estricta renuncia y creando obras de arte, convertían en obra de arte su propia vida”.

¹⁴¹ Semprún, J., *Pensar en Europa*, Barcelona, 2006, p. 146: “Mi patria no es la lengua, ni la española, ni la francesa; mi patria es el lenguaje. O sea, un espacio de comunicación social, de invención lingüística; una posibilidad de representación del universo, de modificarlo también”.

¹⁴² Semprún, *Pensar en Europa*, ob. cit., p. 129.

¹⁴³ Zweig, S., *El legado de Europa*, Barcelona, 2010, p. 190.

¹⁴⁴ Borges, “Inscripciones”, *Textos recobrados (1931-1955)*, ob. cit., p. 12.

mil años, solo le cabe una esperanza, que el hijo apócrifo de Versalles, Adolf Hitler, sea derrotado bajo la eterna mirada de las sufridas cariátides del Partenón:

“Es posible que una derrota alemana sea la ruina de Alemania; es indiscutible que su victoria sería la ruina y el envilecimiento del orbe. No me refiero al imaginario peligro de una aventura colonial sudamericana; pienso en los imitadores autóctonos, en los *Uebermenschen* caseros, que el inexorable azar nos depararía. Espero que los años nos traerán la venturosa aniquilación de Adolf Hitler, hijo atroz de Versalles” (30).

5. Definición de germanófilo (*El Hogar*, 13 de diciembre de 1940)¹⁴⁵

“[...] cuando un hombre único se acerca resueltamente al decisivo problema de su época, junta alrededor suyo toda una comunidad, y, con la callada expectación de los otros, aumenta su propio poder creador”.
Stefan Zweig, *Erasmus de Róterdam. Triunfo y tragedia*.

5.1. Un texto referencial

Como señala Alan Paul, “empieza a reconocerse que gran parte de su obra fue originalmente escrita y publicada en medios gráficos (diarios, suplementos culturales, revistas de interés general, publicaciones literarias), en un contexto de fugacidad, de normas y convenciones socioculturales que tenían muy poco que ver con ese limbo idílico que llamamos libro”¹⁴⁶. Este texto no es una excepción. Pero la calidad de su escritura y la hondura de su contenido lo convierten en un texto referencial.

Su estructura se nos antoja meridianamente explícita: una introducción de naturaleza etimológica, un desarrollo del contenido que desea expresar, en el que el juego de las dicotomías preside buena parte del texto, y una breve, pero elocuente coda final.

Sobre esta base estructural expondremos nuestro particular análisis de un texto que, por su importancia, debe formar parte del conjunto de obras que se han consagrado a analizar la naturaleza de quienes apoyan, sin reserva alguna, una visión fáustica/totalitaria de la vida.

¹⁴⁵ Borges, “Definición de germanófilo”, *Textos cautivos*, ob. cit., pp. 335-338.

¹⁴⁶ Alan Pauls, *Factor Borges*, ob. cit., “Cartón pintado y metafísica”, p. 128; Annick Louis, *Jorge Luis Borges. Obras y maniobras*, Santa Fe, 2013, p. 43: “Casi todos los textos de Borges conocieron una primera instancia de publicación en diarios y/o revistas, argentinos en su mayoría, entre 1919 y 1960. Para una aproximación de la red de relaciones en que se inscribe el texto en su primera aparición, el trabajo sobre el primer contexto de publicación es particularmente importante; el texto escrito no se presenta aislado, sino rodeado de otros escritos, a veces acompañado de ilustraciones, en un medio con una orientación estética y política, que se dirige a un público particular, con un tiraje determinado”.

5.2. Referencia etimológica

La visión que tenían los germanófilos en Argentina durante la contienda mundial dio lugar no solo a la aceptación de un sistema ideológico muy concreto, sino a un delirio semántico y argumentativo del que no estuvo exento buena parte de las elites intelectuales del país, y del que se hizo eco, con su habitual ironía, Jorge Luis Borges.

El inicio de su escrito recuerda la reflexión con la que abre su texto *Sobre los clásicos*: “Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología: ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras, a lo largo del tiempo. Dadas tales transformaciones que pueden lindar con lo paradójico, de nada o de muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra”¹⁴⁷. Una paradoja –disciplina innecesaria, si bien interesante– que se halla presente en un artículo en el que se evidenciaba que en 1940 el término germanófilo ya no significaba ser un devoto de Alemania, como tampoco a los pontífices se les podía relacionar con un constructor de puentes, por lo tanto, el uso que hacemos de la etimología y de la semántica, como vehículos de comunicación, puede resultar tan engañoso o poco esclarecedor como fascinante, aunque solo fuese por la tradición que tenía tras de sí, máxime si se empleaban para otorgar connotaciones políticas o ideológicas:

“Los implacables detractores de la etimología razonan que el origen de las palabras no enseña lo que éstas significan ahora; los defensores pueden replicar que enseña, siempre, lo que éstas ahora no significan. Enseña, verbigracia, que los pontífices no son constructores de puentes; que las miniaturas no están pintadas al minio; que la materia del cristal no es el hielo; que el leopardo no es un mestizo de pantera y de león; que un candidato puede no haber sido blanqueado; que los sarcófagos no son lo contrario de los vegetarianos; que los aligatores no son lagartos; que las rúbricas no son rojas como el rubor; que el descubridor de América no es Américo Vespucci y que los germanófilos no son devotos de Alemania” (335).

Su estrategia discursiva siempre nos sorprende. La oposición entre etimología y semántica, en todos los registros que expone –“pontífices”, “miniatura”, “cristal”, “leopardo”, “candidato”, “sarcófago”, “aligatores”, “rúbricas”– nos hace comprender que Borges no exagera, todo lo contrario: “Lo anterior no es una falsedad, ni siquiera una exageración” (335).

5.3. Germanófilo: el juego de las dicotomías

Convendrá el lector que en el escritor argentino prima, como valor absoluto, la libertad de pensamiento –razón y reflexión– frente a esos fríos esquemas dogmáticos –arbitrariedad e intolerancia– que solo pueden conducir a una visión tan inverosímil como fáustica de la vida, lo que inexorablemente conduce a una involución histórica, que no es otra que el desarrollo y la consolidación –nada subterránea– de la barbarie política y social.

Un ejemplo de esta realidad que proponemos se halla en el presente ensayo, en el que Borges viene a sintetizar los caracteres que definen al germanófilo que pulula por las

¹⁴⁷ Borges, “Sobre los clásicos”, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 772.

calles y arrabales de Buenos Aires, y con los que ha tenido el escaso placer de conversar¹⁴⁸.

Borges recoge dos conversaciones: la primera tiene un carácter genérico; la segunda la mantiene con un anónimo interlocutor. Ningún nombre se menciona. Tampoco el tiempo y el lugar exacto. Poco importan las fechas, los lugares o los nombres. Lo trascendente es recoger el pensamiento de quienes participaron en el diálogo. Por otra parte, Borges no es dado a la delación, solo a la exposición de los hechos y de las ideas. Su eticidad y su escritura se lo impiden.

5.3.1. Conversación con muchos germanófilos argentinos

“He tenido el candor de conversar con muchos germanófilos argentinos; he intentado hablar de Alemania y de lo indestructible alemán; he mencionado a Hölderlin, a Lutero, a Schopenhauer o a Leibnitz; he comprobado que el interlocutor ‘germanófilo’ apenas identificaba esos nombres y prefería hablar de un archipiélago más o menos antártico que descubrieron en 1592 los ingleses y cuyas relaciones con Alemania no he percibido aún” (335).

Inicia el segundo párrafo de su ensayo reconociendo su ingenuidad –su “candor”– al intentar conversar con quien es imposible el diálogo¹⁴⁹. Aun así, Borges no escatima el esfuerzo de realizarlo. Es lógico que lo intente, porque, como buen intelectual, no ignora que la Filosofía se inició dialogando, de forma que en el diálogo, como en el pensamiento filosófico griego, se da paso a la libertad y a la razón. Así, en los *Diálogos* de Platón aparece un sinfín de personajes en los que la pulcritud del *lógos*, la palabra, fluye para adquirir sentido, comunicación, ciudad: la *pólis*¹⁵⁰. No en vano, dirá Lledó, el *lógos* ha de ser, necesariamente, *dia-lógos*, es decir, una palabra que vive, late y transita, no solo en la *pólis*, sino en el interior del ser humano, para alcanzar “el oculto paradigma de lo que, en nuestra cultura, se ha llamado *alétheia*, *veritas*, verdad, Wahrheit. Un concepto arrancado a la arbitrariedad del poder que tantas veces sometió el lenguaje donde pudiera expresarse esa verdad al filo de la espada –una espada de múltiples aceros– del señor que la empuñaba, y que encarnaba en su propia corrupción la insolidaria, desgarrada, voluntad de dominio. Una palabra llevada más allá de cualquier dogma donde, al perder el aplastado círculo de su yerta rotundidad, ganaba en las ‘opiniones de los mortales’”¹⁵¹.

Ahora bien, no ignoro que el lector me podría plantear la siguiente pregunta: ¿qué sentido tiene entablar un denso diálogo con quienes han hecho de la palabra silencio, y de la fuerza una verdad inalcanzable? Autores como Ryszard Kapuściński dirían que

¹⁴⁸ Muy distinta es la visión que posee Baroja, P., *Nuevo tablado arlequín*, Barcelona, 1999, vol. XIII, pp. 322-326, Cap. “Los germanófilos”: “El germanófilo español no es ya un entusiasta de Alemania, como parecía al principio, sino un nacionalista conservador y militarista. Todos los escritores germanófilos de nombradía han ido evolucionando más o menos rápidamente hacia el tradicionalismo. Así se ha visto a Benavente hacer una apología de Felipe II y a Salaverría coincidir en el elogio con el sombrío Austria, y llegar a exaltar las corridas de toros como una fiesta bella y culta”.

¹⁴⁹ Platón, *La República*, Madrid, 2013, 592 b-c, ya sospechaba que su “ciudad de palabras” solo podría darse en el cielo.

¹⁵⁰ Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., pp. 286-287, de su buen amigo y consejero Benjamin Huebsch recuerda que “cuando todo lo demás fue hollado y aplastado por las botas de Hitler”, “conservó una última patria en la palabra, ya que yo había perdido la patria propiamente dicha, la vieja patria alemana, europea”.

¹⁵¹ Lledó Íñigo, E., *Las palabras en su espejo*, Madrid, 1994, p. 22.

ninguno¹⁵², porque, como leemos en el *Hiperión* de Hölderlin, “el que no duda no puede ser convencido”¹⁵³. A esta verdad que sostiene que dialogar con el fanatismo carece de toda lógica también llegó nuestro autor, pero no sin antes haber recurrido a la palabra que acoge y razona. No sin cierto “candor” buscó la sensatez: mostrar la Alemania eterna, la Alemania indestructible, que no es la nación que se sustenta en el acero y en la espada, sino en los hombres que forjaron una historia cimentada en las grandes obras que la cultura y el pensamiento han legado a la Humanidad: “Hölderlin, a Lutero, a Schopenhauer o a Leibnitz”, pero podría haberles hablado de Goethe, de Heine, de von Kleist, y de tantos otros grandes intelectuales y músicos que han hecho de Alemania un país admirado y admirable. Pero la ilógica de la barbarie se impone a la cultura con mayúsculas, al pensamiento que nos aporta una visión amplia del mundo en el que habitamos. Lo importante para el germanófilo no son los nombres que Borges aporta, autores que ignoran, sino los hechos y las conquistas del pasado, aunque estas nada tengan que ver con el tema objeto de la conversación. Una realidad en la que vuelve a incidir en su diálogo con Osvaldo Ferrari:

“Yo publiqué un artículo y ahí digo que los germanófilos no eran amigos de Alemania, eran simplemente enemigos de Inglaterra y de Francia; pero que no eran realmente amigos de Alemania, de la cual no sabían realmente nada, por lo demás. [...] porque los nacionalistas eran, según ellos, germanófilos, aunque no sabían nada de Alemania. Pero no importa, les interesaba que Hitler estuviera contra Inglaterra y Francia; sobre todo contra Inglaterra”¹⁵⁴.

Visto con el espacio que el tiempo aporta, no nos extraña que el desenlace no alcanzara el fruto deseado. La experiencia nos ha enseñado que razonar exige de un esfuerzo y un aprendizaje previo. Requiere, igualmente, de una amplitud de miras y de un deseo, casi obsesivo, por alcanzar la verdad, o, al menos, una aproximación a esta, que solo se logra si aceptamos, sin reserva alguna, aquellos argumentos que nos hacen ver la ambigüedad o el error en el que nos movemos. Pero quien vive en el fanatismo, quien sustenta y proclama lo irracional como fórmula de vida, que no de convivencia, la verdad queda sepultada por la ignominia, por la delación, por la discriminación, por la persecución, la tortura y el asesinato en los campos de exterminio, o fuera de ellos. Nada que la Historia no nos haya enseñado, y que, por desgracia, nos seguirá mostrando.

Pero todo diálogo, por infructuoso que este sea, aporta un poso de reflexión, muchas veces amargo, pero casi siempre conveniente. En su candorosa conversación, Borges señala tres de los rasgos que caracterizan al germanófilo argentino, a saber:

[1] Una “ignorancia plenaria”. A esta se llega porque el germanófilo desconoce que cuando gobierna el instinto, la barbarie se impone a la razón, al diálogo, a la cultura y a la defensa del ser humano¹⁵⁵.

¹⁵² Porque el diálogo requiere, como sostiene, Kapuściński, R., *Encuentro con el Otro*, Barcelona, 2007, p. 83, el encuentro, la comprensión mutua: “¿En qué radica, sin embargo, la esencia del encuentro? En el diálogo. [...] Lévinas lo define así: ‘El hombre es un ser que habla’. Es diálogo, pues. Su finalidad no es otra que la comprensión mutua, la cual, a su vez, lleva a un acercamiento mutuo, dos cosas que se consiguen a través del conocimiento. ¿Cuál es la condición previa de todo este proceso, de toda esa ecuación? Pues no otra que la voluntad de conocer, la disposición a dirigirse al Otro, a ir a su encuentro, a entablar con él una conversación”.

¹⁵³ Friedrich Hölderlin, *Hiperión o el eremita en Grecia*, Madrid, 2016, p. 52.

¹⁵⁴ Borges – Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 87.

¹⁵⁵ Un buen reflejo en la novela de García Serrano, R., *La fiel infantería*, Madrid, 1943, p. 230: “¿tú admiras a Proust, a Zweig, a Gide, a Lawrence? [...] Yo los ahorcaría por supercivilizados. Son tan

[2] Es un ser profundamente anglófono: “al germanófilo le entristece muchísimo que las compañías de ferrocarriles de cierta república sudamericana tengan accionistas ingleses. También le apesadumbran los rigores de la guerra sudafricana de 1902 [...] De lo anterior cabría tal vez inferir que el germanófilo es realmente un anglófono. Ignora con perfección a Alemania, pero se resigna al entusiasmo por un país que combate a Inglaterra”¹⁵⁶.

[3] Es extremadamente antisemita: “quiere expulsar de nuestro país a una comunidad eslavogermánica en la que predominan apellidos de origen alemán (Rosenblatt, Gruenberg, Nierenstein, Lilienthal) y que habla un dialecto alemán: el *yiddish* o *juedisch*”¹⁵⁷; a una comunidad que, como explica Sala Rose, refleja “las contradicciones ideológicas de la cosmovisión nazi”, porque esta “considerara a los judíos una raza inferior, cuando, según las leyes de Darwin, debería de ser la superior, ya que había logrado sobrevivir incólume a más de dos mil años de persecución”¹⁵⁸.

5.3.2. Conversación con un germanófilo argentino

“Ya veremos que tal es la verdad, pero no toda la verdad, ni siquiera su parte significativa. Para demostrarlo reconstruiré, reduciéndola a lo esencial, una conversación que he tenido con muchos germanófilos, y en la que juro no volver a incurrir, porque el tiempo otorgado a los mortales no es infinito y el fruto de esas conferencias es vano” (536).

Como se desprende del párrafo transcrito, estos tres rasgos definen al germanófilo; pero siendo estas características un reflejo fidedigno del prototipo de germanófilo, cabe advertir que no recogen toda su idiosincrasia. Por este motivo entiende que se hace necesario descender al detalle, pasando de un plano general a uno particular. ¿Cómo lo logra?, abandonando toda retórica baldía para entablar una clarificadora conversación con un anónimo germanófilo, en la que puede ilustrar, más certeramente, su pensamiento sobre la cuestión alemana.

La exposición que realiza Borges no puede ser más acertada: la plasma siguiendo la vieja tradición escolástica de la argumentación *pro et contra*, lo que propicia que el lector pueda comprender las profundas contradicciones en las que incurre el germanófilo en cada uno de los temas que se discuten.

elegantes, tan exquisitos, tan depravados, que están dando voces llamando a los bárbaros. En resumen: todo esto que sucede es una purga”.

¹⁵⁶ Una verdad que hallamos en el diálogo que mantienen Andrés y su tío Iturriz, en Baroja, P., *El árbol de la ciencia*, Madrid, 1985, p. 170: Iturriz: “No leas esos metafísicos alemanes; su filosofía es como un alcohol que emborracha y no alimenta. ¿Conoces el Leviatán, de Hobbes? Yo te lo prestaré si quieres. – No; ¿para qué? Después de leer a Kant y a Schopenhauer, esos filósofos franceses e ingleses dan la impresión de carros pesados que manchan chirriando y levantando polvo”.

¹⁵⁷ Lvovich, D., *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, 2003, pp. 28 ss., quien sostiene que en su país se desarrolló un antisemitismo de tipo conspirativo, hasta el punto que se extendió el mito de un complot judío que amenazaba la integridad del territorio nacional, lo que propició el miedo y el rechazo de una parte de la población a la importante comunidad judía de Argentina.

¹⁵⁸ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., p. 230.

La primera cuestión que se plantea concierne al origen del ascenso del partido nacionalsocialista, que radica, como bien sabemos, en el ominoso Tratado de Versalles.

“Invariablemente mi interlocutor ha empezado por condenar el Pacto de Versalles, impuesto por la mera fuerza a Alemania en 1919. Invariablemente yo he ilustrado ese fallo condenatorio con un texto de Wells o de Bernard Shaw, que denunciaron en la hora de la victoria ese documento implacable. El germanófilo no ha rehusado nunca ese texto. Ha proclamado que un país victorioso debe prescindir de la opresión y de la venganza. Ha proclamado que era natural que Alemania quisiera anular ese ultraje. Yo he compartido su opinión” (336).

El punto de partida les une: la condena al Pacto de Versalles. Es la piedra angular de los germanófilos. Su interlocutor, “Invariablemente”, ha empezado su discusión poniendo sobre la mesa la cuestión más espinosa, el pacto que humilla a una nación, a la que se la condena al ostracismo social, político, económico, territorial y militar. En torno a este tema, Borges no tiene ningún argumento que oponer. Sus objeciones, así como su condena, las ha dejado por escrito en varios de sus artículos, en los que reconoce, como leemos en Sala Rose, la dureza extrema de sus términos:

“las exigencias que el Tratado de Versalles impuso a los derrotados fueron de una dureza extrema, hasta el punto de que pocos historiadores se cuestionan su carácter vengativo: Alemania tuvo que ceder sus colonias y el corredor de Polonia, con sus casi siete millones de habitantes; fueron ocupados el Sarre y los territorios que se extendían al oeste del Rin”¹⁵⁹.

Su interlocutor aporta un grado de sensatez: todo país victorioso no puede humillar, degradar y socavar la grandeza de un país derrotado, de hacerlo las consecuencias pueden resultar imprevisibles¹⁶⁰. Estas se tradujeron en dos hechos muy significativos: el ascenso de Hitler al poder (enero de 1933¹⁶¹) y las posteriores anexiones territoriales, sin las cuales muy probablemente no se hubiera iniciado la Segunda Guerra Mundial¹⁶². Pero, como acertadamente escribe Klaus Mann en su *Fausto*, la razón de la guerra no tuvo nada que ver con el Tratado. Este fue la excusa. La causa: una ideología tan abominable como los espejos y la cúpula de Upbar, porque en ella “se multiplica el número de los hombres”, de los hombres-masa¹⁶³:

¹⁵⁹ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit., pp. 398-399.

¹⁶⁰ Solmssen, A.R.G., *Una princesa en Berlín*, Barcelona, 1986, p. 78: “sí, es un tratado muy malo, un tratado horrible, no sólo por la tierra que nos han quitado, no sólo por los centenares de miles de alemanes que están obligados a hacerse ciudadanos de Francia, Polonia y Checoslovaquia, sino que es muy malo también porque no permite que Alemania sobreviva como nación”; asimismo, en pp. 80-81.

¹⁶¹ Marañón, G., *El Conde Duque de Olivares*, Madrid, 1950, pp. 49 y ss., recuerda que siempre que se producen desórdenes públicos, la sociedad acoge con entusiasmo la llegada de un dictador. Así fue en el caso de Adolf Hitler.

¹⁶² Traverso, E., *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Buenos Aires, 2009, p. 47: “Por el temor al bolchevismo fue también el origen de la pasividad francobritánica frente al rearme alemán y a la remilitarización de Renania, en 1936, al igual que frente a la Anschluss de Sarre, de Austria y los Sudetes, realizada durante los años siguientes en nombre del derecho a la autodeterminación proclamado en Versalles”.

¹⁶³ Borges, “Tlón, Uqbar, Orbis Tertius”, *El jardín de senderos que se bifurcan, Ficciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 431.

“Le cuentan que los judíos tienen la culpa de todo lo malo, y le hablan del Tratado de Versalles, y él se cree toda esa porquería, olvidando quienes tienen en verdad la culpa, aquí y en todas partes”¹⁶⁴.

Como toda conversación, esta avanza, y no siempre como esperamos. Un giro repentino, inexplicable, “prodigioso” y contradictorio es introducido por el anónimo personaje: toda injusticia merece ser castigada con otra injusticia. En virtud de la interpretación que el anónimo germanófilo realiza del Tratado de Versalles, a Alemania le caben dos posibilidades o dos legítimos derechos:

[1] No cumplirlo.

[2] Invasión a los países firmantes. Entre ellos, Inglaterra y Francia. Una posibilidad que se extiende a países que nada tuvieron que ver en su rúbrica, como fue el caso de Dinamarca, Holanda o Noruega.

Se incumple, así, con una vieja regla de Derecho que exige que todo daño debe ser resarcido mediante una reclamación jurídica, no a través del uso indiscriminado de la violencia o de la guerra, lo que nos hace ver, con Borges, que el ofensor toma el Tratado como mera excusa para imponer su ideario expansionista, ya recogido por Adolf Hitler en su obra *Mi lucha*.

“Después, inmediatamente después, ha ocurrido lo inexplicable. Mi prodigioso interlocutor ha razonado que la antigua injusticia padecida por Alemania la autoriza en 1940 a destruir no sólo a Inglaterra y a Francia (¿por qué no a Italia?), sino también a Dinamarca, a Holanda, a Noruega: libres de toda culpa en esa injusticia. En 1919 Alemania fue maltratada por enemigos: esa todopoderosa razón le permite incendiar, arrasar, conquistar todas las naciones de Europa y quizá del orbe... El razonamiento es monstruoso, como se ve” (336).

Ante lo “monstruoso” de su argumentación, el razonamiento de Borges es impecable: si la antigua injusticia debe ser reparada, esta sólo se alcanzará con la invasión de todos los países firmantes del Tratado. Fijada esta premisa, la pregunta surge tan implacable como certera: si lo que se busca es reparar el mal causado por las potencias victoriosas en la Gran Guerra, ¿por qué Alemania no declara la guerra al Reino de Italia? La razón se escapa a la lógica esgrimida por su oponente, porque esta se circunscribe al Pacto de Acero suscrito por Alemania, Italia y Japón; un pacto que les une ante cualquier contienda bélica. Como vemos, ahora los antiguos enemigos están ligados en un destino común, que no es otro que la creación de un Nuevo Orden mundial, cuya premisa esencial sostiene: “‘*Auctoritas, non Veritas*’. Nada es verdadero: todo es orden” (Schmitt)¹⁶⁵.

Sabemos que la Historia no miente, instruye. Entre sus múltiples enseñanzas, no siempre bien acogidas, podemos encontrar un postulado que se reitera inexorablemente, sin importar el tiempo ni el lugar: cuando todo es mandato, orden y reglamento, nada es verdad, porque la verdad, en un régimen totalitario, siempre es mentira¹⁶⁶. Lo recuerda ese filósofo admirado por el nacionalsocialismo en *Así habló Zaratustra*: “Derribar – eso

¹⁶⁴ Mann, K., *Fausto*, Barcelona, 1986, p. 39.

¹⁶⁵ Schmitt, C., *El Leviathan en la Teoría del Estado de Tomas Hobbes. Sentido y fracaso de un símbolo político*, México, 1978, p. 108.

¹⁶⁶ Camus, A., *Estado de sitio, Obras completas, I*, México, 1973, p. 1032. Vid. Juan Alfredo Obarrio Moreno, *Diálogos entre el derecho y la literatura: los totalitarismos. Cartas a un amigo alemán (Albert Camus)*, Madrid, 2021.

significa para él: demostrar. Volver loco a uno – eso significa para él: convencer. Y la sangre es para él el mejor de los argumentos”¹⁶⁷. A la luz de este razonamiento, comprendemos que los males del Tratado solo constituyen una argucia para demagogos con escasos vuelos retóricos, pero no para entablar un diálogo fecundo con un hombre que atesora un universo de libros y una concepción ética de la vida –mal que le pese reconocerlo–.

“Tímidamente yo señalo ese monstruo a mi interlocutor. Este se burla de mis anticuados escrúpulos y alega razones jesuíticas o nietzscheanas: el fin justifica los medios, la necesidad carece de ley, no hay otra ley que la voluntad del más fuerte, el Reich es fuerte, la aviación del Reich ha destruido a Coventry, etcétera” (236-237).

Aun con todo, Borges no se desanima. Con cierto recato –“Tímidamente”– señala el error de una argumentación que ha entrado de lleno en una *contradictio in terminis*. La respuesta que ofrece el hombre/Minotauro posee un hiriente doble plano: uno moral –la burla– y otro jurídico-político –la fuerza–:

[1] El fin justifica los medios.

[2] La necesidad no necesita de ninguna ley, porque ella es la ley, la única ley.

[3] No hay otra ley que la voluntad del más fuerte, y el Reich es fuerte.

Se asume la dolorosa dualidad esgrimida por Carl Schmitt del amigo/enemigo¹⁶⁸, una dualidad en la que la fragilidad del ser humano permitió el desarraigo de la política, como *res publica*, en favor del Estado Total, de un poder que agudizaba “la mirada de este centinela asediado”, que es todo aquél que siente que el mundo le pertenece, aunque no le pertenezca¹⁶⁹. Una visión del mundo que no dudaba en sustentar la alargada sombra de la homogeneidad¹⁷⁰ y del rechazo que produce cualquier elemento exógeno a la civilización europea, al que se le ha de considerar un enemigo, un ser peligroso que debe ser aniquilado para preservar la pureza de una cultura, de una raza y de una nación¹⁷¹,

¹⁶⁷ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Barcelona, 1981, p. 90.

¹⁶⁸ Schmitt, C., *El Concepto de lo Político*, Madrid, 1991, pp. 58-59: “Enemigo no es pues cualquier competidor o adversario. Tampoco es el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos o antipatía. Enemigo es sólo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real se opone combativamente a otro conjunto análogo. Sólo es enemigo el enemigo público, pues todo cuanto hace referencia a un conjunto tal de personas, o en términos más precisos a un pueblo entero, adquiere *eo ipso* carácter público. Enemigo es en suma *hostis*, no *inimicus* en sentido amplio”.

¹⁶⁹ Derrida, J., *Políticas de la amistad*, Madrid, 1998, pp. 98-99 y 102; Traverso, *Totalitarismo. Historia de un debate*, ob. cit., p. 40: “el Estado total debía restablecer la función auténtica del Estado absoluto, es decir, en su interpretación, debía ser la encarnación de la soberanía sin fractura interna alguna y sin ningún vínculo legal. El Estado total se convertía así en un concepto teológico secularizado - en el que la potencia técnica y la eficiencia política sustituían la omnipotencia divina”.

¹⁷⁰ Čapek, K., *La guerra de las salamandras*, Barcelona, 2019, p. 282: “hay un único camino hacia la homogeneidad y la felicidad, y es hacerse sitio para sí y aniquilar a los demás”.

¹⁷¹ Lo leemos en Borbély, S., *Los desposeídos*, Barcelona, 2015, pp. 122-123: “–Pero ¿por qué dicen judío de mierda? Pregunto. –Porque para ellos judío es todo aquel que no muere donde nace. Ellos notan que quien se irá de entre ellos es diferente. Perciben el olor a forastero en aquel que no es como ellos. Solo soportan a sus semejantes. El que se va es un traidor. El que es distinto también. Consideran judío a todo aquel que usa su cabeza. Quien es más inteligente que ellos es judío. En cuanto se percatan de que un niño es listo, de seguida le dan pan con aguardiente. Le dan vino con azúcar para atontarlo. [...] Para que durante toda su vida no se atreva a ir más allá de la taberna. Porque odian a todo el mundo que no es como ellos. Que piensa. Que reflexiona. Y sigue dando una lección de la base de xenofobia y de la exclusión del diferente”.

razón por la que Schmitt sostiene que la democracia busca la identidad de un pueblo, su homogeneidad, o, si se prefiere, la desigualdad formal con otras naciones¹⁷²:

“Toda auténtica democracia estriba no sólo en lo que lo igual sea tratado como igual, sino que, como una consecuencia inevitable suya, lo desigual no sea tratado de manera igual. Por tanto, forma parte, necesariamente, de la democracia, primero, la homogeneidad, y segundo –en el caso necesario– la separación o aniquilación de lo heterogéneo. [...] La fuerza de una democracia se revela en que sabe apartar o mantener alejado lo extraño y desigual, lo que amenaza la homogeneidad”¹⁷³.

El desasosiego no solo sigue presente en Borges, sino que se acentúa. Pero no se hace patente en su voz. Como buen estilista en el arte de la retórica y del diálogo, el autor rescata el medio tono –la media voz–: con apenas un murmullo manifiesta su disgusto ante las incoherentes argumentaciones que sus oídos escuchan. Con la tranquilidad de un buen cirujano, reconoce que puede resignarse a admitir que los tiempos han rechazado aquella moral que acoge al humilde, al desposeído y al ser que sufre –la moral de Jesús–, y lo han hecho para acogerse a una concepción de la vida que reivindica el superhombre de Zarathustra –Nietzsche y Guillermo Hoyos de Gutiérrez–.

Siendo esta realidad un hecho cierto, Borges no se deja engañar, porque si algo no está dispuesto a admitir es la incoherencia que conduce a la sinrazón; ante esta, nuestro autor utiliza la lógica empleada por su contrincante, para hacerle ver que, según la lógica de su argumentación, los aliados hicieron bien en aplicar el Tratado de Versalles, porque si en 1919 Inglaterra y Francia eran las naciones victoriosas, las leyes que se debían aplicar a Alemania, por ser el país derrotado, y por tanto la nación más débil, eran las leyes de las naciones más poderosas: “por consiguiente, esas naciones calumniadas procedieron muy bien al querer hundir a Alemania, y no cabe aplicarles otra censura que la de haber estado indecisas (y hasta culpablemente piadosas) en la ejecución de ese plan” (337).

“Desdeñando esas áridas abstracciones, mi interlocutor inicia o esboza el panegírico de Hitler: varón providencial cuyos infatigables discursos predicán la extinción de todos los charlatanes y demagogos, y cuyas bombas incendiarias, no mitigadas por palabreras declaraciones de guerra, anuncian desde el firmamento la ruina de los imperialismos rapaces. Después, inmediatamente después, ocurre el segundo prodigio. Es de naturaleza moral y es casi increíble” (337)¹⁷⁴.

No podemos esperar que su interlocutor recapacite. Quien se acoge a la sinrazón, no cede, todo lo contrario, se enroca siempre. Ante la falta de argumentos objetivos, se acoge a los subjetivos: Adolf Hitler es, poco menos, que la reencarnación de Sigfrido. Una declaración de amor casi filial que realiza justo cuando el mundo entero –y no solo el alemán– parecía rendirse a sus pies¹⁷⁵. Pero ese mundo, como escribiera proféticamente Jünger en 1934, estaba a punto de naufragar:

¹⁷² Kundera, M., *El libro de los amores ridículos*, Barcelona, 1988, p. 244: “los mártires son quienes tienen permitido reafirmarse placenteramente en su dulce inactividad al confirmarles que la vida no ofrece más que una disyuntiva: ser aniquilado o ser obediente”.

¹⁷³ Schmitt, C., *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*, Madrid, 2008, pp. 22-23.

¹⁷⁴ Un imperialismo que surge cuando el hombre se lanza a la conquista de las cosas visibles. *Cfr.* Borges, “La penúltima visión de la realidad”, *Discusión*, ob. cit., p. 200.

¹⁷⁵ Xammar, E., *Crónicas desde Berlín, Crónicas desde Berlín, (1930-1936)*, Barcelona, 2005, p. 78. No en vano Churchill, W., *Grandes Contemporáneos*, Barcelona, 1982, Cap. *Hitler y su opción*, pp.

“La situación en que nosotros nos encontramos es la de unos caminantes que han estado marchando durante largo tiempo sobre un lago helado cuya superficie comienza ahora a cuartearse en grandes témpanos debido a un cambio de temperatura. La superficie de los conceptos generales está empezando a resquebrajarse y la profundidad del elemento, que siempre estuvo ahí presente, trasparece oscuramente por las grietas y juntas”¹⁷⁶.

No obstante, cabe subrayar que su admiración no fue una excepción, muy al contrario. Durante buena parte de la década de los años treinta, intelectuales, políticos, artistas y hombres de todos los estratos sociales cayeron cautivados ante la estabilidad interior¹⁷⁷ y el desarrollo económico alcanzado bajo el Tercer Reich, y en particular con la carismática figura de su líder, Adolf Hitler¹⁷⁸, cuyos discursos no dejaban indiferentes a quienes lo escuchaban, una vehemencia que no pasaba desapercibida ni siquiera entre las mentalidades más dispares y despiertas de la época: desde un joven y prometedor arquitecto, como era Albert Speer¹⁷⁹, pasando por el cineasta sueco Ingmar Bergman¹⁸⁰, hasta envolver a grandes escritores como

192-200, muestra una mezcla de temor y de admiración profunda a su figura, llegando a sostener que la hazaña de sacar a Alemania del ostracismo se puede considerar “entre las más notables de la Historia del mundo” (p. 193).

¹⁷⁶ Jünger, E., *Sobre el dolor*, Barcelona, 2003, pp. 24-25.

¹⁷⁷ Xammar, E., *Crónicas desde Berlín*, ob. cit., p. 50, quien recuerda cómo, a finales de 1931, “entre los dos sectores extremos de la política alemana –los nacionalsocialistas y los comunistas– hay en tablada una guerra civil de nuevo tipo [...] La ‘puñalada trapera’ y el balazo a quemarropa en la boca del estómago están a la orden del día”.

¹⁷⁸ Haffner, S., *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002, pp. 29-31: “Y casi tan importante como eso era que la desazón y la desesperanza habían cedido el terreno al optimismo y la autoconfianza. [...] La grata admiración con que los alemanes reaccionaron ante ese milagro desborda lo imaginable, y, después de 1933, los obreros desertaron en desbandada de las filas del SPD y del KPD para pasarse al bando de Hitler”; p. 46, lo que le granjeó el apoyo de “seguramente más del noventa por ciento de los alemanes”.

¹⁷⁹ Speer, A., *Memorias*, Barcelona, 2001, pp. 29-33: “Parecía como que casi todos los estudiantes de Berlín quisieran oír y ver a aquél hombre, a quien sus partidarios atribuían toda clase de virtudes, mientras que sus enemigos le atribuían tantas maldades. [...] Entonces apareció Hitler, que fue acogido con una gran ovación por los numerosos partidarios que tenía entre los estudiantes. Aquel entusiasmo me impresionó, y también me sorprendió su forma de presentarse. [...] Después de poner fin a la larga ovación afectando rechazo, me gustó que comenzara a hablar en voz baja, vacilante y con cierta timidez, sin pronunciar un discurso, sino una especie de conferencia histórica; me atrajo precisamente porque me pareció que estaba en el polo opuesto de lo que la propaganda de sus rivales me había llevado a esperar: un demagogo frenético, un fanático vociferador y gesticulante vestido de uniforme. Ni siquiera los estruendosos aplausos consiguieron hacerle abandonar el tono profesoral. Parecía exponer de forma franca y abierta sus preocupaciones por el futuro. Su ironía estaba atenuada por un humor que revelaba su confianza en sí mismo. Me atrajo su encanto de alemán del sur: no puedo imaginar que un frío prusiano hubiese podido cautivar me. La timidez inicial de Hitler no tardó en desaparecer; a veces alzaba la voz y hablaba con una energía muy convincente. Esta impresión fue mucho más profunda que el discurso en sí, del que no retuve gran cosa. Además, me sentí arrastrado por el entusiasmo que, tras cada una de sus frases, apoyaba al orador de una manera casi físicamente perceptible, aniquilando toda objeción escéptica. Sus rivales no lograban hacerse con la palabra. [...] Me pareció que se abría una esperanza, un nuevo ideal, una nueva comprensión de las cosas, nuevas naciones [...] Fue una decisión completamente desprovista de dramatismo. Ni entonces ni nunca me sentí miembro de un partido político: yo no había elegido al NSDAP, sino que me había convertido en adepto de Hitler, cuya personalidad me impresionó desde el primer momento y de quien desde entonces ya no iba a liberarme. Su poder de convicción, la magia peculiar de su nada agradable voz, lo insólito de su actitud más bien banal, la seductora sencillez con que enfocaba la complejidad de nuestros problemas... Todo aquello me confundía y fascinaba. Yo no sabía prácticamente nada de su programa. Hitler me había capturado antes de que pudiera comprenderlo”.

¹⁸⁰ Bergman, I., *La linterna mágica*, Barcelona, 1987, pp. 134-135: “Súbitamente se hizo el silencio, sólo se oía el chapoteo de la lluvia sobre los adoquines y las balastradas. El Führer estaba hablando. Fue un discurso corto y no entendí mucho, pero la voz era a veces solemne, a veces burlona; los gestos exactos y adecuados. Al terminar el discurso todos lanzaron su Heil, la tormenta cesó y la cálida luz

Jünger, Knut Hamsen o Louis-Ferdinand Céline¹⁸¹ –“Están ciegos [...] porque han visto mi cara”¹⁸²–. No es extraño que el poeta Fernando Pessoa llegara a afirmar que se vivía una época en la que “las sociedades están dirigidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas”¹⁸³. A este respecto, en su relato *Tlön, Uqbar y Orbis Tertius* se puede leer:

“Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden –el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo– para embelesar a los hombres”¹⁸⁴.

Pero no contento con su panegírico, incurre en un segundo e increíble prodigio. Esta vez es de índole moral:

“Descubro, siempre, que mi interlocutor idolatra a Hitler, no a pesar de las bombas cenitales y de las invasiones fulmíneas, de las ametralladoras, de las delaciones y de los perjurios, sino a causa de esas costumbres y de esos instrumentos. Le alegra lo malvado, lo atroz. La victoria germánica no le importa; quiere la humillación de Inglaterra, el satisfactorio incendio de Londres. Admira a Hitler como ayer admiraba a sus precursores en el submundo criminal de Chicago. La discusión resulta imposible porque las fechorías que imputo a Hitler son encantos y méritos para él. Los apologistas de Artigas, de Ramírez, de Quiroga, de Rosas o de Urquiza disculpan o mitigan sus crímenes; el defensor de Hitler deriva de ellos un deleite especial. El hitlerista, siempre, es un rencoroso, un adorador secreto, y a veces público, de la ‘viveza’ forajida y de la crueldad. Es, por penuria imaginativa, un hombre que postula que el porvenir no puede diferir del presente, y que Alemania, victoriosa hasta ahora, no puede empezar a perder. Es el hombre ladino que anhela estar de parte de los que vencen” (307-308).

La sorpresa que siente Borges en su piel y en su corazón es la misma que la que tiene el lector que se acerca por primera vez a la lectura de este imperecedero ensayo: no idolatra a Hitler por sus proezas en el campo económico, social o militar. No. Le admira por su maldad. Por su infinita maldad. Su idolátrica admiración viene por la destrucción y el caos que deja tras de sí los constantes bombardeos que asolan a las ciudades de Inglaterra. Toda objeción que se le pueda hacer sobre este aspecto, no solo lo rechaza, sino que le llevan a admirarlo aún más. Este importante y cruel matiz le diferencia de otros truhanes. Estos suelen disculpar o mitigar a los dictadores que admiran. En el furibundo defensor de Hitler no cabe la disculpa, solo su adoración pública. Él es la reencarnación de la crueldad. Él es el cruel heraldo de una victoria que se antoja tan cercana como necesaria. Le va la vida en ello, y también el gozo perverso de ver caer a sus enemigos.

se abrió paso entre formaciones de nubes de un negro azulado. Una enorme orquesta empezó a tocar y el desfile desembocó en la plaza por las calles adyacentes pasando ante la tribuna de honor para seguir luego por delante del teatro y la catedral. Yo no había visto nada parecido a este estallido de fuerza incontenible. Grité como todos, alcé la mano como todos, rugí como todos, amé como todos”.

¹⁸¹ Faye, *Heidegger. La introducción del Nazismo en la Filosofía*, ob. cit., p. 464, Jünger traslada lo que escuchó de Hitler en el mitin del *Circo Kröne*: “Fui atrapado por un sentimiento particular, por una purificación [...] un desconocido habla y decía lo que era necesario decir, y todos sentían que tenía razón [...] Lo que acababa de vivir no era un discurso, sino un acontecimiento que tenía la fuerza de lo elemental”.

¹⁸² Borges, “El tintorero enmascarado Hákim de Merv”, *Historia universal de la infamia*, ob. cit., p. 324,

¹⁸³ Pessoa, F., *Diarios*, Madrid, 2008, p. 130.

¹⁸⁴ Borges, “*Tlön, Uqbar y Orbis Tertius*”, ob. cit., p. 442. Nuño, J., *La Filosofía de Borges*, México, 1986, p. 36: “la más escandalosa de las doctrinas heréticas de *Tlön* es la que postula el materialismo como hipótesis explicativa del universo”.

Volvemos a leer el texto, y un vacío, frío y cortante, se apodera de nosotros. Intuyo el mismo desconsuelo en el lector. Es lógico que así le suceda cuando comprueba lo desalentador que resulta ver cómo el hombre es capaz de renunciar a su esencia más querida: el pensamiento, para acogerse a la violencia más atávica, aquella que nace cuando en la mente se instalan nuevos dogmas, aquellos que llaman a no pensar, a no dialogar, a no inquirir, a no rebelarse contra la injusticia y la desigualdad, ante el terror y el asesinato. ¡Que otros piensen, que yo obedezco! De este mal mueren las civilizaciones, las culturas, los seres humanos. Es el mal que abraza las sombras que se acomodan en la caverna, que no es otro que el mito, la sinrazón, la venganza y la violencia, una mitología que lleva a mutilar las almas y a destruir la tierra¹⁸⁵, para así crear nuevos y amenazadores dioses, los dioses de la guerra y de la destrucción; dioses paganos que situaron al hombre más allá del umbral del bien y del mal, justo donde se inicia, como escribiera Virgilio, “el ardoroso deseo”¹⁸⁶. Una lógica en la que el reino de la Justicia, la Razón y la Verdad nunca tuvieron cabida, ni siquiera en las mentes jurídicas más preclaras del nacionalsocialismo.

5.4 Coda

“No es imposible que Adolf Hitler tenga alguna justificación; sé que los germanófilos no la tienen” (338).

Una última reflexión. No por breve, menos meditada. Borges sostiene que todos podemos tener una mínima justificación. También Adolfo Hitler la pudo tener cuando llegó al poder, o cuando inició sus campañas bélicas. No le parece imposible. La vindicación de los territorios de habla alemana le podía otorgar una cierta excusa –no para nosotros–, muy celebrada no solo por la población alemana, sino, por ejemplo, por la ciudadanía austriaca, quien, con notable gozo¹⁸⁷, aclamó una anexión que contó con la inconcebible indiferencia de Francia e Inglaterra¹⁸⁸.

Una vez que ha reconocido esta vaga posibilidad, sanciona: quienes no tienen justificación son los germanófilos. No la tienen, porque ellos, los adeptos al imperio milenarista, son la reencarnación del Mal, ese mal que vio la joven Mela Hartwing, y del que tan fidedignamente recoge en su obra *Infierno*:

“Miraran donde miraran aquellos ojos acostumbrados a tomar nota del más leve matiz, veían una y otra vez la misma cara severa y cuadrada, con unos ojos en los que ardía el espeluznante brillo del fanatismo. Parecían todos reflejos téticos de un único rostro sin vida, del que hubieran extirpado hasta el más mínimo recuerdo de lo que es el amor y la existencia de algo llamado compasión; un rostro en el que se hubiera extinguido todo sentimiento de responsabilidad individual, y que estaba

¹⁸⁵ Traverso, E., *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, 2001, p. 25: “Los fascismos oponían el mito a la razón, la comunidad al individuo, la autoridad a la libertad, la fuerza al derecho, la raza a la humanidad, la nación al cosmopolitismo; pero su antihumanismo, su rechazo de las Luces, su apología de la desigualdad no estaban dirigidos al pasado”.

¹⁸⁶ Virgilio, *Eneida*, Madrid, 1992, IX, vv. 183-187: “¿Son los dioses, Eurialo, quienes infunden en nuestros corazones este ardor o cada uno hace un dios de su ardoroso deseo?”.

¹⁸⁷ Hartwing, *Infierno*, ob. cit., p. 24: “aquel día, la ciudad celebraba la entrada de aquel hombre que extasiaba a millares de personas con sus palabras y del que esperaban milagros”.

¹⁸⁸ Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Buenos Aires, 2009, pp. 47 ss.

llo, hasta el último pedazo, de un odio que amalgaba sus facciones en una expresión común a todos y en la que solo quedaban, entremezclados, el instinto sanguinario y una obediencia en éxtasis”¹⁸⁹.

Leyendo este ensayo, como el conjunto de artículos y cuentos que Borges escribiera sobre el nacionalsocialismo, comprobamos, una vez más, que la Literatura constituye un medio textual idóneo para reflejar una época tan compleja y oscura como la vivida en los años treinta y cuarenta. Con su peculiar agudeza, nos lo recuerda Ernst Jünger:

“El carácter indiscriminado de la amenaza toma significativamente más visible en tiempos que solemos calificar de insólitos. En la guerra, cuando las balas pasan silbando a gran velocidad junto a nuestro cuerpo, sentimos bien que ningún grado de inteligencia, virtud o coraje es lo bastante fuerte para apartarlas, aunque sólo sea un pelo, de nosotros. A medida que aumenta la amenaza nos invade también la duda de la validez de nuestros valores. El espíritu se inclina a una concepción catastrofista de las cosas en los sitios donde ve que todo se encuentra en entredicho”¹⁹⁰.

Teniendo en cuenta la época totalitaria que le tocó vivir, no es extraño que para el autor alemán la redacción de un diario, por su carácter íntimo, se convirtiera en el medio propicio para eludir las infinitas trabas del Poder:

“Frente a esto, en la literatura es el diario el mejor medio. Y, además, es el único diálogo posible que subsiste en el Estado total”¹⁹¹.

6. La guerra en América. 1941 (*Sur*, diciembre del 1941)¹⁹²

“Cada instante es autónomo. Ni la venganza ni el perdón ni las cárceles ni siquiera el olvido pueden modificar el invulnerable pasado”. Jorge Luis Borges, “Nueva refutación del tiempo”, *Nuevas inquisiciones*.

No le falta razón a Jaime Alazraki cuando sostiene que “el estilo no puede ser estudiado sin antes haber comprendido ese sistema de pensamientos y de sentimientos que el estilo cristaliza en una unidad: la creación literaria. La imagen del laberinto, por ejemplo. [...] pero esta constatación sería inconducente si no nos percatamos de que a través de estos elementos de estructura y de estilo, Borges ha proyectado su cosmovisión, y si no supiéramos que según esa cosmovisión, el mundo es un caos y que dentro de ese caos el hombre está perdido como en un laberinto”¹⁹³.

Un ejemplo de esta concepción lo hallamos en el presente texto, en el que podemos comprobar cómo el lenguaje literario está determinado por el ámbito político de la

¹⁸⁹ Hartwing, *Infierno*, ob. cit., p. 31.

¹⁹⁰ Jünger, E., *Sobre el dolor*, Barcelona, 2003, p. 19.

¹⁹¹ Jünger, E., *Radiaciones I*, Barcelona, 2005, Prólogo, p. 11.

¹⁹² Borges, “La guerra en América. 1941”, Jorge Luis Borges en *Sur*, 87 (diciembre de 1941), pp. 31-32.

¹⁹³ Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, ob. cit., p. 50.

Segunda Guerra Mundial, y en especial por el aciago expansionismo del Tercer Reich¹⁹⁴. No en vano, como señala Balderston, “Sabemos que Borges es cuidadoso de fechar muchos de sus textos, a veces con lugares falsos (‘Nîmes, 1939’, en ‘Pierre Menard’), a veces con fechas que revelan un contenido íntimo (‘1934’ para los poemas ingleses) o político (‘1943’ para ‘El milagro secreto’ y ‘Poema conjetural’). Cuando pone lugar y fecha al incluir un texto en un libro, o después en las Obras completas, quiere recordar – y quiere que sus lectores recuerden o se fijen en– su momento de composición”¹⁹⁵.

Frente a ese mundo de inagotables ficciones –ficciones que “representan un esfuerzo por trascender el tiempo y la realidad histórica y ver el drama humano en una escala infinita, en un plano abstracto y metafísico”¹⁹⁶–, Borges no falsea la realidad, más bien se acerca a ella, la analiza y la expone sin emplear símbolos o alegorías que puedan ir más allá del tiempo y del espacio que contempla. ¿Cómo lo logra? A través de una prosa sobria y sin artificios. Sobre la sencillez de su andamiaje literario consigue que todo lector pueda comprender, “con geométrica precisión”¹⁹⁷, la trágica amenaza que intenta exponer, y de la que el lector ni puede escapar ni puede sentirse equidistante. Todo lo contrario. El escenario que dibuja suele dejar una sombría inquietud a quien se acerca a él. Es lógico que así sea, porque “Nadie ha vivido en el pasado, nadie vivirá en el futuro: el presente es la forma de toda vida, es una posesión que ningún mal puede arrebatarse”¹⁹⁸.

Ese minucioso presente describía un período de la Historia en el que la certidumbre ya no era posible, como tampoco lo era el ciego localismo; no cuando el terror amenazaba con traspasar las fronteras del continente americano, hasta ocupar el espacio geográfico, la Historia y la cultura argentina. Como vemos, el paradigma del viejo conflicto entre cultura y barbarie estaba servido en un tiempo, 1941, en el que ni la virtud ni la sabiduría tenían cabida en buena parte del continente europeo.

El inicio de su escrito descubre la paradoja en que se hallaba un mundo que se deslizaba, de forma anacrónica, entre lo dionisiaco y apolíneo:

“La noción de un atroz *complot* de Alemania para conquistar y oprimir todos los países del atlas, es (me apresuro a confesarlo) de una irreparable banalidad. Parece una invención de Maurice Leblanc, de Mr. Phillips Oppenheim o de Baldur von Schirach. Es notoriamente anacrónica: tiene el inconfundible sabor de 1914. Adolece de penuria imaginativa, de gigantismo, de crasa inverosimilitud. La circunstancia de que en esa fábula desdichada los alemanes cuentan con la complicidad lateral de los oblicuos japoneses y de los dóciles y pérfidos italianos la hace aún más ridícula... Desgraciadamente, la realidad carece de escrúpulos literarios. Se permite todas las libertades, incluso la de coincidir con Maurice Leblanc. Nada le falta, ni siquiera la más pura indignación. Es tan versátil que también es monótona. Dos siglos después de la publicación de las ironías de Voltaire y de Swift, nuestros ojos atónitos han mirado el Congreso Eucarístico; hombres ya fulminados por Juvenal rigen los destinos del mundo. No importa que

¹⁹⁴ Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, p. 124: “el lenguaje es representación, el estilo es la eficacia con que el lenguaje funciona en la expresión de una intuición o de una idea”.

¹⁹⁵ Daniel Balderston, “Revelando las falacias del nacionalismo: de ‘Viejo hábito argentino’ a ‘Nuestro pobre individualismo’”, *Variaciones Borges*, 46 (2018), p. 150.

¹⁹⁶ Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, p. 163. En pp. 142-143: “Sus ficciones [...] nos acercan más estrechamente a la realidad. [...] no es una evasión de la realidad, es más bien su retorno”.

¹⁹⁷ Alazraki, *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, ob. cit., p. 143.

¹⁹⁸ Borges, “Nueva refutación del tiempo”, *Nuevas inquisiciones*, ob. cit., p. 770. Asimismo, en “El tiempo circular”, *Historia de la eternidad*, ob. cit., p. 395.

seamos lectores de Russell, de Proust y de Henry James: estamos en el mundo rudimental del esclavo Esopo y del cacofónico Marinetti. Destino paradójico el nuestro” (31).

Varios aspectos sorprenden al lector que se acerca por primera vez a esta colaboración en la revista *Sur*. El primero es la forma en que se refiere “al atroz *complot* de Alemania para conquistar y oprimir todos los países del atlas”. Nos preguntamos, ¿a qué se debe que lo califique de irreparable banalidad? Quienes han leído a Borges saben que la expresión no obedece a un impulso retórico, y menos aún a una frivolidad pasajera. La razón no se nos antoja difícil de entender: las desmedidas ansias de conquista global por parte del Führer solo podían ser concebidas por la mente de unos escritores menores, como pueden ser Maurice Leblanc, Phillips Oppenheim o Baldur von Schirach, cuyas obras literarias, más allá de ser tenidas como un mero entretenimiento policíaco, distan mucho de ser consideradas relevantes para el mundo de la cultura; de ahí que los planes de Hitler de pasar de una Blitzkrieg, una guerra de desarrollo rápido, a una lucha global adolecían “de penuria imaginativa, de gigantismo, de crasa inverosimilitud”, razón por la que la califica de “fábula desdichada”, una grotesca y “ridícula” farsa a la que no dudaron en sumarse Japón e Italia.

Pero, como bien sabemos, a menudo la realidad supera la ficción, hasta el punto de que es capaz, escribirá Borges, de albergar licencias que ni la Literatura se puede permitir, por lo que nada sorprende ya a quien se acerque, con mirada escrutadora, a los hechos que se han escrito a lo largo de los siglos –“Es tan versátil que también es monótona” –. Así, el lector que podía esbozar una jocosa sonrisa ante “las ironías de Voltaire y de Swift”, ahora se muestra atónito al comprobar cómo los hombres a los que hacía referencia Juvenal –hombres denostados por sus vicios privados, *Sátira X*– “rigen los destinos del mundo”. Este es el destino paradójico en el que se encontraba Europa: quienes leían a Russell, Proust y a Henry James debían compartir su destino con quienes se sentían atraídos por las fábulas del esclavo Esopo¹⁹⁹ –“No aspiro a ser Esopo”²⁰⁰– o con la propuesta futurista, de corte fascista, de Marinetti –“con su vehemencia de sifón de soda”²⁰¹–.

No creemos exagerar si afirmamos que ni su corrosiva ironía puede ser más cruenta ni nosotros podemos estar más de acuerdo con su razonamiento. Ahora sabemos que cuando sentencia que “Cada escritor crea a sus propios precursores”²⁰², no estaba pensando ni en Esopo ni en Marinetti, de quien dirá que es “el ejemplo más célebre de esa categoría de escritores que viven de ocurrencias, y a quienes rara vez se les ocurre algo”²⁰³.

Veamos la segunda parte de su texto:

¹⁹⁹ Borges, - Ferrari, *Diálogos*, ob. cit., p. 110: “El caso de Esopo –o de los griegos que llamamos Esopo”.

²⁰⁰ Borges, “Prólogo”, *El informe Brodie*, ob. cit., p. 1021.

²⁰¹ Borges, “Marinetti fue una medida profiláctica”, *Textos recobrados, 1919-1929*, Barcelona, 1997, pp. 391-392: “Marinetti con su vehemencia de sifón de soda en acción, ejerció una actividad saludabilísima y que todos debemos agradecerle [...] pienso que sus libros valen muy poco. Son simulacros italianos de Whitman, de Kipling, tal vez de Jules Romains”.

²⁰² Borges, “Kafka y sus precursores”, ob. cit., p. 712.

²⁰³ Borges, “De la vida literaria”, *Textos cautivos*, ob. cit., p. 212.

“*Le vrai peut quelque fois n’être pas vraisemblable*; lo inverosímil, lo verdadero, lo indiscutible, es que los directores del Tercer Reich procuran el imperio universal, la conquista del orbe. No haré enumeración de los países que han agredido ya y expoliado; no quiero que esta página sea infinita. Ayer los germanófilos perjuran que el difamado Hitler ni siquiera soñaba en atacar este continente; ahora justifican y adulan su novísima hostilidad. Han aplaudido la invasión de Noruega y de Grecia, de las Repúblicas Soviéticas y de Holanda; no sé qué júbilos elaborarán para el día en que a nuestras ciudades y a nuestras costas les sea deparado el incendio. Es infantil impacientarse; la misericordia de Hitler es ecuménica; en breve (si no lo estorban los vendepatrias y los judíos) gozaremos de todos los beneficios de la tortura, de la sodomía, del estupro y de las ejecuciones en masa. ¿No abunda en nuestras llanuras el *Lebensraum*, materia ilimitada y preciosa? Alguien, para frustrar nuestras esperanzas, observa que estamos lejísimos. Le respondo que siempre las colonias distan de la metrópoli; el Congo Belga no es lindero de Bélgica” (31-32).

Más allá de cualquier especulación, ya sea literaria, filosófica o política, una verdad se impone: el intento de conquista del Orbe por parte del Tercer Reich. Borges utiliza tres adjetivos para certificar esta realidad: “inverosímil, verdadero, indiscutible”. Lo que parecía inverosímil se ha convertido en un hecho indiscutible: más de media Europa estaba en poder de Alemania. De igual modo, desde la Unión Soviética, pasando por el norte de África, hasta llegar a Egipto, todo este extenso territorio se hallaba a las puertas de ser conquistado. Durante ese tiempo, nadie podía presagiar una victoria aliada. Las causas que motivaron la trágica muerte del escritor Stefan Zweig en Petrópolis (22 de febrero de 1942) lo atestiguan.

A la gravedad de la situación que se vivía en el continente europeo, cabe añadir la visión que tenían los germanófilos argentinos sobre la política y la expansión del Tercer Reich. No hay ambigüedad en su escrito, ni tampoco un intento por comprender su postura. La reprobación a sus actos y a sus palabras no admite duda alguna. Borges, con un sutil juego retórico, con el que expone las contrariedades de los heraldos del “difamado Hitler”, hace ver al lector cómo estos han pasado de afirmar que el Führer era un hombre de paz, a justificar y ensalzar sus triunfos militares, aplaudiendo sin reservas las conquistas de Noruega, Grecia, la Unión Soviética o de la propia Holanda. Ante esta expansión sin límites, el autor se pregunta –de forma figurada– si su júbilo será idéntico en el caso de que invadan el suelo argentino. Un temor que recoge Williamson en su obra *Borges, una vida*, un libro que, sin duda, es todo un referente para los que nos acercamos a la vida y a la obra del autor de *El Aleph*:

“la clave de la evolución del pensamiento político de Borges en la década de 1930 era su odio del fascismo y el nazismo. Su gran temor era que los nacionalistas, en su celo por sacar a la Argentina de su dependencia económica de Inglaterra, pudieran terminar copiando a Mussolini, si no a Hitler. [...] En 1936, el punto de vista político de Borges se hizo claramente más sombrío, dado el vigor del nacionalismo de derecha y sus afinidades con el fascismo”²⁰⁴.

Al lector actual quizá le sorprenda que Borges no disimule su temor a que este hipotético suceso se convierta en realidad. ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo no advertir del peligro al que se veía sometido el mundo entero? ¿Ocultando la realidad? ¿Indicando que los sucesos, por lejanos, no afectarían al continente americano? No es Borges un autor que

²⁰⁴ Williamson, E., *Borges, una vida*, Buenos Aires, 2006, pp. 251-253.

se esconda. Él, no. No el escritor que sabe que “los hombres no se miden con mapas”, sino por su actos y sus palabras²⁰⁵. En 1941 la posibilidad de que el mundo se viera sometido al yugo de la esvástica era tan factible que estaba en la mente de buena parte de los intelectuales de medio mundo. Nuestro autor no era, por tanto, una excepción. Pero, a diferencia de otros escritores, su desaliento ante este mundo atroz²⁰⁶ lo encubre con su mordaz ironía: “la misericordia de Hitler es ecuménica; en breve (si no lo estorban los vendepatrias y los judíos) gozaremos de todos los beneficios de la tortura, de la sodomía, del estupro y de las ejecuciones en masa”. ¿Se puede ser más mordaz, a la vez que realista? ¿Se puede describir con menor economía de términos lo que supusieron –en vidas y en sufrimiento– las prácticas devastadoras empleadas por el nazismo? Valga, como mero ejemplo, las declaraciones vertidas por Hermann Rauschning en su obra *Hitler me dijo*:

“La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. [...] La gente experimenta la necesidad de sentir miedo; el temor alivia. Una reunión pública, pongamos por caso, termina en riña; ¿no habéis observado que los que más severo castigo reciben son los primeros en solicitar su inscripción en el partido? ¿Y me venís a hablar de crueldad y os indignáis por habladurías de torturas? ¡Pero si es precisamente lo que quieren las masas!... Necesitan temblar [...] El terror es el arma política más poderosa, y no me privaré de ella so pretexto de que asuste a algunos burgueses imbéciles. Mi deber consiste en emplear todos los medios para endurecer al pueblo alemán y prepararlo para la guerra”²⁰⁷.

Por esta razón, cuando escucha que la idea del *Lebensraum* se halla sumamente lejana, su respuesta solo puede estar al alcance de Borges: “Le respondo que siempre las colonias distan de la metrópoli; el Congo Belga no es lindero de Bélgica”.

Con la pulcritud del buen analista, supo dibujar la Europa soñada bajo el Tercer Reich. En esa Europa en la que triunfaba la teoría del *Lebensraum*, del ideal místico de la Gran Alemania, la duda orteguiana no era posible²⁰⁸, solo tenía acomodo la servidumbre, reflejada en esa “cohorte de dóciles naciones dirigidas por una Alemania de señores” que, en su ensoñación, pretendían la construcción de un “futuro fabuloso”, pero siempre doloroso, siempre “ensangrentado”, y en el que la esclavitud estaba presente en el inmenso territorio ocupado por el Tercer Reich²⁰⁹. Una realidad que describió, con

²⁰⁵ Borges, “Borges y el crimen de la guerra”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., p. 298.

²⁰⁶ Borges, “La busca de Averroes”, *El Aleph*, ob. cit., p. 584: “Entonces como ahora, el mundo era atroz”.

²⁰⁷ Rauschning, H., *Hitler me dijo. Confidencias del Führer sobre sus planes de dominio del mundo*, Madrid, 1946, pp. 60-61.

²⁰⁸ Ortega y Gasset, J., *Meditación de Europa*, Madrid, 1960, pp. 26-27: “La civilización europea duda a fondo de sí misma. ¡Enhorabuena que sea así! Yo no recuerdo que ninguna civilización haya muerto de un ataque de duda. Creo recordar más bien que las civilizaciones han solido morir por una petrificación de su fe tradicional, por una arterioesclerosis de sus creencias”.

²⁰⁹ Lowe, K., *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 2014, p. 50: “miles, decenas de miles, en definitiva, de millones de esclavos liberados salieron de las haciendas, las fábricas y las minas y se echaban en tropel a las carreteras”; pp. 50-51: “multitud. Llenaban las carreteras, que ya estaban demasiado deterioradas para darles cabida, y sólo podían alimentarse saqueando y robando [...] representaban una carga intolerable y una amenaza insoportable para el estado de derecho. Al final de la guerra el país tenía casi ocho millones de obreros forzados traídos de todos los rincones de Europa para trabajar en las fábricas y granjas alemanas. [...] una gran promoción de estos desplazados eran mujeres y niños”.

notable precisión, Pär Lagerkvist en su relato *El verdugo*, en donde recuerda que quienes sustentaron esta concepción de la vida y de la política sostuvieron que “solo las razas degeneradas tratan de oponerse a todos los pueblos fuertes”²¹⁰:

“ya nunca existirá en el mundo otra opinión como la nuestra. [...] Hoy sólo existen los que piensan como nosotros, los que enseñan a pensar como nosotros, y los que están aprendiendo a pensar como nosotros [...] Nadie puede oponerse a nuestros designios. ¡Orden y disciplina, con estos signos venceremos! ¡Con ellos dominaremos el mundo! [...] El verdugo [...] su presencia pone de manifiesto que estamos viviendo una época extraordinaria [...] Su poderosa imagen nos infunde valor y confianza. Él ha de ser nuestro guía, y no pensamos seguir a nadie más que a él”²¹¹.

Leído el contenido de su escrito para la revista *Sur*, comprendemos que, en el *Liber mundi* –o en el *Liber vitae*–, el tiempo del silencio se había acabado²¹². Su nudo narrativo nos introduce en la Historia, no para contemplarla, sino para adentrarnos en las leyes que fijan la realidad inconclusa del momento.

7. Anotación al 23 de agosto de 1944 (Otras Inquisiciones)²¹³

“Fueron conminados a elegir entre ser reyes o ser mensajeros. Como los niños, todos querían ser mensajeros, por eso hay sólo mensajeros. Así corren confusos, pues no hay reyes, y se gritan entre sí sus mensajes, ahora absurdos”. Franz Kafka, *Diarios*.

Anotación al 23 de agosto de 1944 es, sin duda, un texto de notable agudeza intelectual y de clara francófila. Fue publicado en la revista *Sur* (1944), e incluido, con posterioridad, en *Otras inquisiciones* (1952).

Su estructura recuerda a una pequeña pieza teatral, con un breve inicio/exposición del tema, desarrollo y posterior desenlace. Veamos cada una de sus partes.

7.1. Inicio

“Esa jornada populosa me deparó tres heterogéneos asombros: el grado físico de mi felicidad cuando me dijeron que la liberación de París; el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble; el enigmático

²¹⁰ Una idea que ya aparece en Friedrich Nietzsche, *Aurora*, ob. cit., Aforismo 272: “Hay probablemente pocas razas puras, y sí solamente razas depuradas, y éstas son extraordinariamente raras. Lo más frecuente son razas cruzadas, en las cuales, al lado de los defectos de armonía en las formas corporales (por ejemplo, cuando los ojos y la boca no armonizan), hay necesariamente siempre defectos de armonía en las costumbres y en las apreciaciones (Livingstone oyó una vez decir a un individuo: ‘Dios creó hombres blancos y hombres negros, pero el diablo creó las razas mezcladas’”.

²¹¹ Lagerkvist, P., *El verdugo*, Buenos Aires, 1960, pp. 43, 38-39 y 51.

²¹² Wiesenthal, S., *Los límites del perdón*, Barcelona, 1998, “Los girasoles”, p. 79, se pregunta: “¿Cuántos espectadores guardaban silencio cuando veían que los hombres, mujeres y niños judíos eran conducidos a los mataderos de toda Europa?”

²¹³ Borges, “Anotaciones al 23 de Agosto de 1944”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., pp. 727-728.

y notorio entusiasmo de muchos partidarios de Hitler. Sé que indagar ese entusiasmo es correr el albur de parecerme a los vanos hidrógrafos que indagaban por qué basta un solo rubí para detener el curso de un río; muchos me acusarán de investigar un hecho quimérico. Este, sin embargo, ocurrió y miles de personas en Buenos Aires pueden atestiguarlo” (727).

Al inicio de su anotación, Borges nos informa que la noticia de la liberación de París le deparó tres asombrosas sensaciones, muy distintas entre sí:

[1] Una alegría personal que no podía ocultar.

[2] La certeza de que toda emoción colectiva no constituye, *per se*, un acto innoble, como no lo fue el sentimiento de júbilo por la liberación de la capital francesa.

[3] La sensación de enigmática extrañeza que le causó el entusiasmo que la noticia deparó entre los partidarios del Tercer Reich.

Por lo que respecta a la liberación de París, es lógica la profunda alegría que experimentó Borges al oír la noticia, una emoción imborrable de la que quiso dar constancia al principio de la nota, por ser, sin duda alguna, lo más relevante y lo más digno de ser recogido, no solo por constituir un hecho de trascendencia histórica, sino porque sintió, como escribiera Hannah Arendt, que es “Es una maldición vivir en tiempos interesantes”²¹⁴. Seguramente el adjetivo “interesante” no sea el más apropiado para definir aquellos años en que buena parte del mundo vivió el “triunfo del *homo demens*”, del que habla Morin²¹⁵, una época –tan alejada de las sagradas leyes de la hospitalidad, del diálogo y del disenso– que bien pudiera decirse que era la fiel radiografía de un “pelotón de fusilamiento en servicio permanente”²¹⁶, tal y como dejara constancia Karl Jaspers:

“Los Estados totalitarios asesinaron a millones de hombres. En tales genocidios por parte del régimen vigente en Alemania desde 1933 a 1945, los niños judíos fueron arrancados de sus madres y sometidos al terror de la muerte, para ser, finalmente, sacrificados después de un período más o menos largo de hambre y suplicios. Hubo hombres que mostraron en ocasiones saborear el placer de la crueldad, pero más frecuentemente accedieron en obediencia ciega (‘una orden es una orden’) a ser función, desnuda de fantasía y pensamiento, en la “manipulación” de la máquina destructora, que comprendía desde la detención y el transporte hasta el asesinato. No tendría fin la descripción de lo acaecido a través de la historia humana, descripción que produce en nosotros la impresión de un horror que nunca

²¹⁴ Arendt, H., *Ensayos de comprensión. 1930-1954. Formación, exilio y totalitarismo*, Madrid, 2005, p. 9.

²¹⁵ Morin, E., *Breve historia de la barbarie de Occidente*, Buenos Aires, 2006, pp. 13-14: “he intentado demostrar que las ideas de *Homo sapiens*, de *Homo faber* y de *Homo economicus* resultaban insuficientes; el *Homo sapiens*, de espíritu racional, puede ser al mismo tiempo *Homo demens*, capaz de delirio, de demencia. El *Homo faber*, que sabe fabricar y utilizar utensilios, también ha sido capaz, desde los orígenes de la humanidad, de producir innumerables mitos. El *Homo economicus*, que se determina en función de sus intereses, es también el *Homo ludens* [...]. Es necesario integrar y vincular esos rasgos contradictorios, en las fuentes de lo que consideraremos la barbarie humana, encontramos por cierto esta vertiente *demens* productora de delirio, de odio, de desprecio y que los griegos llamaban *hybris*, desmesura”.

²¹⁶ Kertész, I., *Kaddish por el hijo no nacido*, Barcelona, 2007, p. 94.

existió, incluso allí donde nosotros fuimos testigos o coetáneos concedores de los hechos, y, por ende, partícipes de la culpa”²¹⁷.

En tono de sentida confesión, autores como Camus recuerdan que quienes habían ocupado “silenciosamente su puesto en esta batalla de sombras”²¹⁸ sufrieron la muerte, la tortura, el encarcelamiento, la vejación, el hambre²¹⁹ o el aislamiento²²⁰. “Pero era lo que correspondía”. Era un deber cívico irrenunciable. Un deber por el que “han querido gustosamente sufrir por la Liberación” de un país, de un régimen de terror y de una permanente y cruel humillación. Su memoria le lleva a proferir “un grito” en defensa de “esas vidas que son para nosotros irremplazables”²²¹, de esos “testigos que se dejaron degollar para que los principios que ellas [las democracias vencedoras] defienden tengan al menos un viso de verdad”:

“Es preciso que se sepa que un solo cabello de estos hombres tiene más valor para Francia y el universo entero que una veintena de esos políticos cuyas sonrisas son grabadas por nubes de fotógrafos. Ellos, y sólo ellos, fueron los guardianes del honor y los testigos del coraje” (17 de mayo de 1945)²²².

La memoria de esos hombres y de esa ciudad²²³, que pasó de ser el espejo literario por excelencia a una capital oscurecida por la negra garra de la esvástica –“Férreos ejércitos construirán el abismo” (1940)²²⁴–, tiene su acomodo en el espíritu librepensador de un autor que siempre sintió una confesable atracción por autores como Montaigne, Víctor Hugo, Flaubert, Paul Valéry, Henri Michaux, André Gide, Marcel Schwob, Henri Barbuse, Romain Rolland, Paul Groussac o Julien Green²²⁵, escritores universales que, por serlo, le hicieron comprender que la liberación de París no constituía un acontecimiento que se pudiera restringir al ámbito francés. Su importancia trascendía de las estrictas fronteras de Francia. No se equivocaba: con la capitulación de las fuerzas alemanas, el mundo entero podía volver, ahora sí, a su eterna y necesaria reflexión sobre lo que significa ser alemán, ser germanófilo, ser nacionalista, ser totalitario o, finalmente, ser argentino.

²¹⁷ Jaspers, K., *La Fe filosófica ante la Revelación*, Madrid, 1968, p. 330.

²¹⁸ Camus, A., *La carne, I, (Actualidades I), Obras completas, I*, México, 1973, p. 294.

²¹⁹ Shakespeare, W., *El mercader de Venecia*, Madrid, 2010, IV, 1: “Me quitas la vida, cuando me quitas los medios de los que vivo”.

²²⁰ Camus, A., *Carnets, II, Obras completas, I*, México, 1973, p. 1161: “Lo que a mi juicio caracteriza mejor esa época es la separación. Todos quedaron separados del resto del mundo, de sus seres queridos o de sus costumbres. Y en este retiro los que podían hacerlo se vieron forzados a meditar, los otros a vivir una vida de animal acorralado. En suma, no había término medio”.

²²¹ Camus, *La carne, V*, ob. cit., p. 303.

²²² Camus, *La carne, IV*, ob. cit., pp. 301-302. Un desencanto sobre la clase política que siempre tuvo Borges. Cfr. Alifano, R., *El humor de Borges*, Buenos Aires, 1995, pp. 132-133: “En primer lugar no son hombres éticos; son hombres que han contraído el hábito de mentir, el hábito de sobornar, el hábito de sonreír todo el tiempo, el hábito de quedar bien con todo el mundo, el hábito de la popularidad [...] La profesión de los políticos es mentir. El caso de un rey es distinto; un rey es alguien que recibe ese destino, y luego debe cumplirlo. Un político no; un político debe fingir todo el tiempo, debe sonreír, simular cortesía, debe someterse melancólicamente a los cócteles, a los actos oficiales, a las fechas patrias”.

²²³ Borges, *Historia de la Eternidad, Obras completas, I*, ob. cit., p. 364, piensa que la memoria restablece la unidad del hombre: “Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esa facultad comporta la idiotez”.

²²⁴ Borges, “La noche cíclica”, *El otro, el mismo*, ob. cit., p. 863.

²²⁵ De todos ellos, Flaubert fue su autor de cabecera. Cfr. Vargas Llosa, *Medio siglo con Borges*, ob. cit., p. 18.

Sin embargo, la Historia siempre se guarda un as bajo la manga, y no siempre para bien. La exaltación de lo paradójico ocurrió ese día en las plazas y en los bulevares de toda la nación: el entusiasmo de los numerosos partidarios que Adolf Hitler tenía en Argentina. Intentar desentrañar esta irónica y desconcertante paradoja le resulta, *a priori*, un oxímoron. Pero lo cierto es que este hecho quimérico ocurrió. Indagar los motivos se antoja una empresa aún más imposible, y sin embargo el intelecto siempre inquieto de Borges es asaltado por una obsesión intermitente, pero no por ello menos insistente: comprender el porqué de esta cambiante realidad. La lectura que Borges hace de los motivos se nos antoja, una vez más, ejemplar.

7.2. Desarrollo

Al explicar las razones del tumultuoso júbilo que la noticia causó entre la población argentina, incluida la más reaccionaria, la escritura de Borges se aleja de su personaje Pierre Menard, quien “(acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas”²²⁶. En esta ocasión –también en otras muchas– su alambicada escritura da paso a una lógica argumental capaz de otorgar lucidez a una conjetura que se nos antoja definitiva, por lo que la asumimos como propia.

“Desde el principio, comprendí que era inútil interrogar a los mismos protagonistas. Esos versátiles, a fuerza de ejercer la incoherencia, han perdido toda noción de que ésta debe justificarse: veneran la raza germánica, pero abominan de la América ‘sajona’; condenan los artículos de Versalles, pero aplaudieron los prodigios del ‘Blitzkrieg’; son antisemitas, pero profesan una religión de origen hebreo; bendicen la guerra submarina, pero aprueban con vigor las piraterías británicas; denuncian el imperialismo, pero vindican y promulgan la tesis del espacio vital; idolatran a San Martín, pero opinan que la independencia de América fue un error; aplican a los actos de Inglaterra el canon de Jesús, pero a los de Alemania el de Zarathustra” (727).

Tras una lectura detenida del texto, lo primero que nos llama la atención es la claridad con la que Borges reconoce que carece de sentido interrogar a los protagonistas de esa jornada. Su volatilidad y su falta de coherencia le llevan a renunciar a cualquier intento de diálogo o de pesquisa. Sabe que no es posible buscar razones en la incoherencia, como tampoco lo es intentar alcanzar la verdad de los hechos en quien esgrime el dogma y el hierro candente de la mentira. La inestabilidad de sus creencias les convierte en paradojas vivientes. Ellos son el reflejo de “Esa moneda que no es nunca la misma”²²⁷. No puede serlo porque sus movedizas conciencias les llevan a una ambigüedad rayana con la amnesia personal y colectiva, la misma que les hace ensalzar, a un mismo tiempo, la raza germana y repudiar la sajona; condenar Versalles y aplaudir el avance de las tropas alemanas; ser antisemitas y cristianos, antiimperialistas y defensores del espacio vital, admiradores del Libertador y críticos con la Independencia, seguidores de Jesucristo y de Zarathustra²²⁸. Un conjunto de antónimos de los que se sirve

²²⁶ Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, *Ficciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 450.

²²⁷ Borges, “Juan, 1, 4”, *Elogio de la sombra, Obras completas, I*, ob. cit., p. 977.

²²⁸ Klemperer, V., *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001, p. 100, resalta la postura anticristiana del nazismo.

para demostrar que en su discontinua existencia no tiene cabida ni la legitimación ni una verdad subyacente, solo la escenificación del arribismo más descarnado y contradictorio.

“Reflexioné, también, que toda incertidumbre era preferible a la de un diálogo con esos consanguíneos del caos, a quienes la infinita repetición de la interesante fórmula ‘soy argentino’ exime del honor y de la piedad. Además ¿no ha razonado Freud y no ha presentado Walt Whitman que los hombres gozan de poca información acerca de los móviles profundos de su conducta? Quizá, me dije, la magia de los símbolos ‘París y liberación’ es tan poderosa que los partidarios de Hitler han olvidado que significan una derrota de sus armas. Cansado, opté por suponer que la novelería y el temor y la simple adhesión a la realidad eran explicaciones verosímiles del problema” (727).

Consciente de que no hay antídoto más eficaz para percibir los acontecimientos que nuestro buen juicio, entiende que cuando la distancia entre “los consanguíneos del caos” y nosotros es tan relevante, la ponderación rigurosa de los hechos se impone al diálogo. ¿Qué le podían aportar sus vagas e inconexas explicaciones? Solo argumentos exculpatorios. Solo razonamientos estériles y escasamente creíbles. Nada que no supiera de antemano. Las lecturas de Freud y de Whitman le habían hecho comprender que los hombres desconocen los motivos de nuestros actos. Pero aun así, para un escritor que anhela e imagina, que vislumbra y recrea, que indaga y resuelve, el enigma no podía quedar oculto entre las sombras de su tiempo. Su acreditada agudeza intelectual exigía conocer la causa o el conjunto de causas que motivaron el repentino y radical cambio; por otra parte, cometeríamos una torpeza imperdonable si redujésemos su cosmovisión de la realidad a una única variable argumental. Si lo hiciéramos, demostraríamos un profundo desconocimiento de su obra. Este, lógicamente, tampoco es el caso. El autor expone cuatro posibles causas, todas ellas aparentemente plausibles:

[1] El binomio mágico formado por una ciudad y un acontecer histórico: “París/Liberación”. Un binomio tan atrayente como conveniente.

[2] El miedo, envuelto en desesperación, de quienes saben que la causa nacionalsocialista, que tanto han defendido y con la que han soñado durante largos años, ha sido derrotada.

[3] La tardía adhesión a los vencedores se debe interpretar como una proclama propicia para continuar en la vida pública sin que sus cargos y sus nombres se vean vilipendiados.

[4] La existencia de una recóndita veneración por el papel que juegan los héroes que salvan al mundo de la tiranía (Carlyle).

“Noches después, un libro y un recuerdo me iluminaron. El libro fue el ‘Man and Superman’ de Shaw; el pasaje a que me refiero es aquel del sueño metafísico de John Tanner, donde se afirma que el horror del Infierno es su irrealidad; esa doctrina puede parangonarse con la de otro irlandés, Juan Escoto Erígena, que negó la existencia sustantiva del pecado y del mal y declaró que todas las criaturas, incluso el Diablo, regresarán a Dios. El recuerdo fue de aquel día que es perfecto y detestado reverso del 23 de agosto: el 14 de junio de 1940. Un germanófilo, de cuyo nombre no quiero acordarme, entró ese día en mi casa; de pie, desde la puerta, anunció la vasta noticia: los ejércitos nazis habían ocupado París. Sentí una mezcla de tristeza, de asco, de malestar. Algo que no entendí me detuvo: la insolencia del

júbilo no explicaba ni la estentórea voz ni la brusca proclamación. Agregó que muy pronto esos ejércitos entrarían en Londres. Toda oposición era inútil, nada podría detener su victoria. Entonces comprendí que él también estaba aterrado” (727-728).

“Noches después, un libro y un recuerdo me iluminaron”. Las dudas nunca clausuradas, como los problemas no resueltos, nos aguardan en el tiempo. Necesita del transcurrir de los días para comprender la realidad. Un recuerdo y un libro le iluminaron. Por lo que respecta a *Man and Superman*, de Shaw, en “Sus páginas [se] publican desgracias; tienen la sola gravedad del destino bruto, no menos incomprensible por su escritor que por quien los lee”²²⁹; un destino que tejemos libremente, y al hacerlo nos conducirá al Cielo o al Infierno²³⁰. Es el “destino bruto”, “irreversible y de hierro”²³¹, al que se acogió el enardecido pueblo alemán, y al que se subieron, con profundo entusiasmo, numerosos argentinos, quienes vieron en Hitler, como en Perón²³², al líder fuerte que necesitaba sus respectivos países.

El recuerdo es preciso. Dardo Scavino indica que “ese mismo germanófilo – probablemente su primo Ernesto Palacio²³³– le había anunciado en 1940 que las tropas del Tercer Reich habían entrado en París. Mientras le notificaba la noticia, el personaje en cuestión exhibía un júbilo demasiado calculado porque, en el fondo, comenta Borges, estaba aterrado. El 12 de agosto de 1944, a la inversa, venía a transmitirle supuestamente una mala noticia, pero Borges intuyó que se sentía aliviado”²³⁴. Es lógico que así se sintiera. Se puede admirar el crecimiento de una nación, el carisma de un líder, incluso quedar fascinado por una determinada estética, pero cuando el odio se impone y barre naciones, tu libertad, como tu conciencia, también se ven expuestas, incluso para aquellos que apoyaron el régimen colaboracionista de Vichy²³⁵: saben que sus vidas, tarde o temprano, se verán amenazadas. No podemos olvidar que el colaboracionismo no fue un hecho aislado, muy al contrario, estuvo presente en buena parte de la sociedad, de la prensa y de la intelectualidad francesa, desde Robert Brasillach, Cèline, Abel Bonnard a Lucien Rebatet o a Alain Laubreaux²³⁶.

²²⁹ Borges, “La canción del barrio”, *Evaristo Carriego*, ob. cit., pp. 134-135.

²³⁰ Borges, *Otras inquisiciones, Obras completas, I*, ob. cit., p. 704, nota 9.

²³¹ Borges, “A. II B”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 771: “Nuestro destino no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro”.

²³² José Eduardo González, *Borges and the Politics of Form, (Latin American Studies)*, New York and London, 1998, p. 196, n. 31, subraya que la adversidad de Borges al régimen de Perón se hizo más pronunciada con el paso del tiempo. Lo mismo cabría decir de su crítica al populismo, que asoció con la política democrática hasta principios de la década de 1980.

²³³ Blanco, M., *Invencción de la nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*, Córdoba, 2020, p. 97: “es sabido que Ernesto Palacio fue uno de los artífices intelectuales, junto a los hermanos Irazusta, del ideario nacionalista del treinta. Por otro lado, resulta evidente que la publicación ‘El Mártir’, además del guiño humorístico, refiere al periódico La Nueva República, publicado entre 1927 y 1931, en donde Palacio siempre ocupó un lugar protagónico, primero como jefe de redacción (1927-1930) y luego como director (1930-1931)”²³³. Asimismo, en Balderston, D., “‘Anotación al 23 de Agosto de 1944’: Reflections on a Newly Acquired Manuscript”, *Letras* (Enero-Junio, 2020), pp. 77-90.

²³⁴ Scavino, D., *El sueño de los mártires. Meditaciones sobre la guerra actual*, Barcelona, 2018, p. 134.

²³⁵ Beevor, A. – Cooper, A., *PARÍS después de la liberación 1944-1949*, Barcelona, 2006, p. 29: “El régimen de Pétain ya había introducido medidas antisemitas sin necesidad de que lo exhortasen los alemanes. Tres semanas exactas antes del encuentro de Montoire se habían introducido por decreto documentos especiales de identidad para judíos y se había ordenado la elaboración del censo. Los negocios pertenecientes a judíos tenían que identificarse de un modo claro, de tal manera que el estado francés pudiese confiscarlos a su antojo”.

²³⁶ Riding, A., *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, Barcelona, 2011, p. 12.

7.3. Desenlace

“Ignoro si los hechos que he referido requieren elucidación. Creo poder interpretarlos así: para los europeos y americanos, hay un orden –un solo orden– posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura de Occidente. Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un viking, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral²³⁷. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe. Arriesgo esta conjetura: “Hitler quiere ser derrotado”. Hitler de un modo ciego, colabora con los inevitables ejércitos que lo aniquilarán, como los buitres de metal y el dragón (que no debieron ignorar que eran monstruos) colaboraban, misteriosamente, con Hércules” (728)²³⁸.

Finalmente, Borges se refugia en la Historia y en la Cultura con mayúsculas. Reconoce que en Occidente ha habido un único Orden, un único canon: Roma, o lo que es lo mismo, la cultura de Occidente, la que lleva a Droctulft a defender Rávena, en *Historia del guerrero y la cautiva*. Frente a este canon se alza un nuevo y desesperado Orden mundial, cuyo ensamblaje no pasa ni por Grecia, ni por Roma, ni por las catedrales góticas que forjaron el espíritu cristiano durante el medioevo. Todo lo contrario: en él lo que prevalece es la barbarie, la conquista, la exclusión y la aniquilación. Son los nuevos tártaros que vienen a demoler los viejos y desgastados pilares sobre los que se asienta la civilización occidental. Estos nuevos pieles rojas, en su mundo mitológico e irreal, han levantado un Nuevo Orden en el que ni era posible la paz ni el dialogo, solo el deseo de alzar un muro de hormigón con el que parar “una recaída en la barbarie, que se había considerado imposible en el siglo XX” (Bracher)²³⁹, por cuanto sus estandartes, “complaciéndose en la maldad, pretendían rejuvenecer el mundo” con un “espíritu imperiosamente trágico, que está en contradicción con lo razonable y lo corriente”, y al imponerlo solo lograron, como escribe Mann, enrojecer el cielo con el ocaso de los dioses²⁴⁰. Una reflexión que ya encontramos en un cuento policial como es *Emma Zunz*, en el que la irrealidad no es que se sitúe en idéntico plano a lo infernal, sino que es uno de sus atributos²⁴¹:

²³⁷ Una reflexión que hallamos en Borges, “Hilda Roderick Ellis. The road to hell”, *Textos recobrados (1931-1955)*, ob. cit., pp. 236-237: “Hay paraísos contemplativos, paraísos voluptuosos, paraísos que tienen la forma del cuerpo humano (Swedenborg), paraísos de aniquilación y de caos, pero no hay otro paraíso guerrero, no hay otro paraíso cuya delicia esté en el combate. Mil y un doctores alemanes lo han invocado para demostrar el temple viril de las viejas tribus germánicas. Fuera de algunas líneas de César y de Cornelio Tácito, los alemanes han perdido toda memoria de su mitología; nadie ignora que se han acogido a la de los vikings [...] Dicho con otras palabras: el paraíso militar no fue nunca, ni siguiera entre vinkings, una esperanza general para los hombres”.

²³⁸ Lo mismo afirma de la dictadura peronista. Cfr. Borges, “Un método curioso”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., p. 251: “La dictadura fue inverosímil y aún increíble, y uno de los alivios [...], sentir que era irreal”.

²³⁹ Dietrich, K., *Bracher, Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Barcelona, 1983, p. 31.

²⁴⁰ Mann, T., *Doktor Faustus*, Barcelona, 1984, pp. 203-203.

²⁴¹ La irrealidad, como cree el héroe que Borges recoge en su relato “El milagro secreto”, *Ficciones*, ob. cit., p. 505, “es condición del arte”.

“Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez. ¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba [...]?”²⁴².

Pero cabe recordar, con Kavafis, que los bárbaros no viven en fronteras alejadas. Por desgracia, esos bárbaros hace tiempo que llegaron²⁴³. No fue un mero tránsito. Con su férrea armadura, se detuvieron y se instalaron en nuestros cómodos sillones. Nos miraron a los ojos y nos recordaron que la libertad siempre es “una carga demasiado pesada”, máxime “no estando ya Dios en el mundo”²⁴⁴. Quizá pueda parecer alarmista lo que voy a decir, pero entiendo que el problema es que, en no pocas ocasiones, la barbarie, el totalitarismo, el autoritarismo, el racismo o la xenofobia están tan arraigados en nuestro interior que no somos capaces de sentirlo o de percibirlo, porque, como escribe Camus:

“no podemos prescindir de dominar o de que nos sirvan. Cada ser humano tiene necesidad de esclavos como el aire puro. Mandar es respirar [...] Alguien tiene que tener, al fin de cuentas, la última palabra. Porque a toda razón puede oponerse otra, y así no se terminaría nunca. El poder, en cambio, lo decide todo terminantemente. Hemos tardado, pero al fin lo comprendimos. Por ejemplo, y usted debe de haberlo notado, nuestra vieja Europa filosofa por fin como es debido. Ya no decimos, como en épocas ingenuas: ‘Yo pienso así, ¿cuáles son sus objeciones?’ Ahora hemos adquirido lucidez; reemplazamos el diálogo por el comunicado. ‘Nosotros decimos que ésta es la verdad. Vosotros siempre podréis discutirla. Eso no nos interesa. Pero, dentro de algunos años, la policía os mostrará que yo tengo razón’”²⁴⁵.

Afortunadamente, la realidad se impone siempre. Lo hace para evocar que el nazismo, como ideología y como poder, se asienta en una cosmovisión del mundo, dogmática y sin fisura alguna, que lo separa de la concepción democrática y parlamentaria de la vida. La lógica de su filosofía les adentra en un fanatismo que solo puede conducir a “morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él”²⁴⁶. Es la exaltación de una sinrazón que solo puede determinar un hecho en sí mismo paradójico: que nadie anhele su triunfo, porque no es otro que el del terror más abyecto y lacerante, hasta el punto –un tanto irónico– que Borges llega a conjeturar que Hitler, en su infinita y cruel ceguera, deseaba su derrota. Solo así se puede entender sus descabellados planes raciales y militares. Solo así se puede comprender su encendido odio contra todo aquél que se opusiera a sus designios. Así lo reconoce Borges en sus *Conversaciones* con Richard Burgin, donde compara el final del Minotauro de *La casa de Asterión* con el de Adolf Hitler²⁴⁷:

“Y también pensé que había algo de verdad en la idea de un monstruo deseando que lo matasen, necesitando que lo matasen, ¿no? Sabiéndose sin dueño. Quiero

²⁴² Borges, “Emma Zunz”, *El Aleph*, ob. cit., p. 565.

²⁴³ Kavafis, K., “Esperando a los bárbaros”, *Poesía completa*, Madrid, 1987, pp. 107-108.

²⁴⁴ Camus, *La caída*, Buenos Aires, 1957, p. 112.

²⁴⁵ Camus, *La caída*, ob. cit., p. 41.

²⁴⁶ Hitler, A., *Mi lucha*, Santiago de Chile, 2007, p. 263: “La magnitud de toda organización poderosa, que encarna una idea, estriba en el religioso fanatismo y en la intolerancia con que esa organización, convencida íntimamente de la verdad de su causa, se impone sobre otras corrientes de opinión. Si una idea es justa en el fondo, será invencible en el mundo; toda persecución no conducirá sino a aumentar su fuerza interior”.

²⁴⁷ Calvo González, J., “‘La Casa’, metáfora edilicia constitucional. Variaciones literarias de diseño y crisis constructiva en Poe, Cortázar y Borges”, *Doxa*, 42 (2019), pp. 335-359.

decir, que sabiendo que había algo horrible en él, debía sentir gratitud hacia el héroe que lo matase.

Durante la Segunda Guerra Mundial escribí muchos artículos sobre la guerra y en uno de ellos dije que Hitler sería derrotado porque en el fondo de su corazón deseaba la derrota. Sabía que el nazismo y la idea del imperio eran algo absurdo, o tal vez puede que pensase que un final trágico fuese lo más deseable, porque supongo que Hitler no podía creer en todo aquello de la raza germana o en cosas por el estilo”²⁴⁸.

Acabada la lectura de un texto que nos ha llevado por los caminos del desasosiego, uno espera que ante el totalitarismo nunca esgrimamos el trágico lamento con el que se despide Jean-Baptiste Clamence en *La caída*: “¡Pero tranquilicémonos! ¡Ahora es ya demasiado tarde, siempre será demasiado tarde! ¡Felizmente!”²⁴⁹. Nunca es tarde. Si lo fuera, si permitiéramos un Estado sin contrapesos, en el que todo el poder lo tuviera el ejecutivo, el retorno inesperado a lo pretérito sería el fin de nuestra democracia y de nuestra civilización.

8. Declaraciones sobre la paz. Nota sobre la paz (*Sur*, julio de 1945)²⁵⁰

“El porvenir es tan irrevocable/ como el
rígido ayer. No hay una cosa/ que no sea una
letra silenciosa/ de la eterna escritura
indescifrable/ cuyo libro es el tiempo. Quien
se aleja/ de su casa ya ha vuelto. Nuestra vida/
es la senda futura y recorrida./ El rigor ha
tejido la madeja”.

Jorge Luis Borges, “Para una versión de I
king”. *I Ching*. *Libro de las mutaciones*.

Acabada la Segunda Guerra Mundial en el continente europeo, con la consabida derrota del Tercer Reich, Borges dejó constancia de este agraciado hecho a través de una breve, pero reflexiva, referencia en la revista *Sur*.

Como bien sabemos, la vida forma parte de la trayectoria literaria de un escritor. Está dentro de él. Cosida a él. Así le ocurre a Borges, incluso al Borges que se refugia en los laberintos de lo fantástico, en los espejos del infinito e indescifrable tiempo o en sus complejos mapas filosóficos-narrativos, siempre inagotables en su interpretación. En todos ellos, el hombre, con su faz poliédrica, forma parte de un escenario que no es ajeno a nuestras vidas.

Su escrito se inicia con una reflexión sobre la importancia de los acontecimientos que se suceden a lo largo de una vida; hechos cercanos de los que tenemos certeza, pero hechos nominales cuya raíz o génesis se perpetúan en el tiempo²⁵¹, en un espacio temporal

²⁴⁸ Burgin, R., *Conversaciones con Jorge Luis Borges*, Madrid, 1974, p. 64.

²⁴⁹ Camus, *La caída*, ob. cit., p. 41.

²⁵⁰ Borges, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., pp. 33-34.

²⁵¹ En torno al nominalismo, Jorge Luis Borges, “De las alegorías a las novelas”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 746, sostendrá: “El nominalismo, antes la novedad de unos pocos, hoy abarca a toda la gente; su victoria es tan vasta y fundamental que su nombre es inútil. Nadie se declara nominalista porque no hay quien sea otra cosa”; “Nota sobre los argentinos”, *Textos recobrados 1956-1986*, Buenos Aires, 2003, p. 270: “soy a la manera inglesa, nominalista y descreo de los tipos genéricos”. No obstante,

sin principio cierto. Por esta razón, la Historia es una red de interrelaciones, tan compleja como inconcebible para el hombre. Lo es porque se halla abierta a una pluralidad de ideas, de nombres y de naciones que operan en la Historia para regirla y transformarla, hasta el punto de que en su *Historia de la Eternidad* recoge, para hacerla suya, la siguiente reflexión: “*El pasado está en su presente, así como también el porvenir. Nada transcurre en ese mundo, en el que persisten todas las cosas, quietas en la felicidad de su condición*”²⁵².

“Buen heredero de los nominalistas ingleses, H. G. Wells repite que hablar de los anhelos del Irak o de la perspicacia de Holanda es incurrir en temerarias mitologías. Francia, le agrada recordar, consta de niños, de mujeres y de hombres, no de una sola tempestuosa mujer con un gorro frigio. A esa amonestación cabe responder, con el nominalista Hume, que también cada hombre es plural, pues consta de una serie de percepciones o, con Plutarco, *Nadie es ahora el que antes fue ni será el que ahora es* o, con Heráclito, *Nadie baja dos veces al mismo río*. Hablar es metaforizar, es falsear; hablar es resignarse a ser Góngora. Sabemos (o creemos saber) que la historia es una perpleja red incesante de efectos y de causas; esa red, en su nativa complejidad, es inconcebible; no podemos pensarla sin acudir a nombres de naciones. Además, tales nombres son ideas que operan en la historia, que rigen y transforman la historia” (33).

Ante la severa página que la Historia acaba de registrar, Borges, consciente de que “conocer es reconocer”²⁵³, justifica todo su júbilo por la victoria de Inglaterra, que no es otra que la victoria de la civilización occidental sobre la barbarie, el triunfo del Imperio romano sobre “el Imperio momentáneo y pomposo de Mussolini”, así como el de cada individuo que ha luchado por defender la libertad de quienes con anterioridad supieron reivindicarla, seres que ahora se alojan dentro de él²⁵⁴. Un individualismo que, en el caso inglés, dio lugar a esa “democracia, que Inglaterra ha ejercido y ha divulgado sobre la faz del mundo”, hasta el punto de que “las dictaduras dogmáticas hallan su enemigo natural en el suelo inglés”²⁵⁵. Es lógico que así fuera porque, a su juicio, “El inglés conoce la agitación de dos incompatibles pasiones: el extraño apetito de aventuras y el extraño apetito de legalidad”²⁵⁶.

Quien recuerda la frase de Joyce: “La historia es una pesadilla de la que quiero despertarme”²⁵⁷, no se acoge a la paradoja, sino a la definición de quienes se reconocen germanófilos. Para Borges, la psicología de los germanófilos se identificaba con la del gánster. En ellos operaba el Mal en sentido pleno²⁵⁸. Su fe en la victoria alemana era tan

su ambigüedad respecto a su posicionamiento sobre el nominalismo o idealismo la podemos ver recogida en Jorge Martín, “Borges, ¿nominalista o antinomialista?”, *Variaciones Borges*, 30 (2010), pp. 183-197, quien señala que no cabe decir que el autor se acoge a una u otra visión.

²⁵² Jorge Luis Borges, “Historia de la Eternidad”, *Historia de la Eternidad*, ob. cit., p. 354.

²⁵³ Jorge Luis Borges, “La noche de los dones”, ob. cit., p. 41.

²⁵⁴ Richard Burgin, *Conversaciones*, ob. cit., p. 124: “Me han enseñado a pensar siempre que el individuo debe ser fuerte y el Estado débil. No puede entusiasmarme una teoría en la que el Estado sea más importante que el individuo. Soy un conservador, pero en mi país un conservador no significa ser una momia, significa, digámoslo así, ser un liberal moderado”.

²⁵⁵ Jorge Luis Borges, “Inglaterra”, *Textos recobrados. 1956-1986*, Buenos Aires, 2003, p. 86.

²⁵⁶ Jorge Luis Borges, “Los laberintos policiales y Chesterton”, *Borges en Sur*, ob. cit., p. 126.

²⁵⁷ Borges, “El budismo”, *Siete noches*, ob. cit., p. 243.

²⁵⁸ Sala Rose, *Diccionario crítico*, ob. cit. p. 201, entiende que Hitler supone la reencarnación del Mal en estado puro: “En el imaginario colectivo del Occidente contemporáneo Hitler se ha convertido, por derecho propio, en la encarnación del Mal por excelencia. Ni siquiera otros líderes genocidas de la

infinita como su deseo de que esta alcanzara a poseer un arma secreta y destructiva, capaz de incendiar Londres, hasta crear un infierno como el que provocó las bombas atómicas caídas en Hiroshima y en Nagasaki²⁵⁹. Estos sucesos constituían mayor gozo, su mayor anhelo. Una verdad que nos lleva a recordar la *Oda del hombre* que Sófocles escribiera en su *Antígona*: “Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre” (v. 331):

“Elucidado lo anterior, quiero declarar que para mí un solo hecho justifica este momento trágico; ese hecho jubiloso que nadie ignora y que justiprecian muy pocos es la victoria de Inglaterra. Decir que ha vencido Inglaterra es decir que la cultura occidental ha vencido, es decir que Roma ha vencido; también es decir que ha vencido la secreta porción de divinidad que hay en el alma de todo hombre, aun del verdugo destrozado por la victoria. No fabrico una paradoja; la psicología del germanófilo es la del defensor del *gangster*, del Mal; todos sabemos que durante la guerra los legítimos triunfos alemanes le interesaron menos que la noción de un arma secreta o que el satisfactorio incendio de Londres” (33-34).

Como vemos, ante el gansterismo de estos defensores a ultranza de un régimen intolerante y expansionista como fue el del Tercer Reich, Borges alza su voz para denunciar un pensamiento y una visión del mundo que determina que todo acto moral es ilegal y todo acto contrario a la legalidad, un crimen (Arendt)²⁶⁰. Lo comprobamos en un inolvidable texto de la novela *Juventud sin Dios*, de Ödön von Horváth²⁶¹:

“Están convencidos de que tienen razón.
[...] Cualquier pensamiento les resulta odioso.
¡El ser humano les importa un pito! Quieren ser máquinas, tuercas, ruedas, pistones, correas ..., pero aún mejor que máquinas les gustaría ser munición: bombas, proyectiles, granadas. ¡Cómo les gustaría estallar en un campo cualquiera! El hombre en un monumento de guerra es el sueño de su pubertad.
[...] ‘Lo justo es lo que viene bien a los nuestros’, dice la radio. Lo que no nos viene bien es injusto. O sea, que todo está permitido: robo, incendio, perjurio ..., sí, ¡no solo está permitido, sino que no existe delito alguno si se comete en interés de los nuestros!”²⁶².

Si leemos este pasaje con pausado silencio, si lo interiorizamos, comprendemos que la visión que tiene Borges de estos “gánsteres” no se aleja de la simbología inagotable de aquella inmensa metáfora que conforma el famoso mito de la caverna, recogida en el libro VII de *La República* de Platón. Como es sabido, en ella se describe a unos prisioneros mirando permanentemente al fondo de una gruta. A sus espaldas, las sombras de la caverna y una hoguera, siempre encendida, les proyectan imágenes de una misteriosa procesión de objetos, arrastrados por ignorantes porteadores. Creen que lo que ven es la realidad, y que las sombras son el fiel reflejo de las cosas. Sin embargo, sus miradas están vacías. No interpretan, no entienden. Mirar sin ver, observar sin saber, acatar sin

dimensión de Stalin han conseguido sustituir a Hitler en su papel de personaje demoníaco en la mitología de nuestras sociedades contemporáneas, en lo que constituye una singular inversión negativa”.

²⁵⁹ Sartre, J.P., *La puta respetuosa / A Puerta Cerrada*, Bogotá, 1983, p. 186: “Así que esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído [...] ¿Recordáis?: el azufre, la hoguera, la parrilla [...] ¡Ah! Qué broma. No hay necesidad de parrillas; el infierno son los otros”.

²⁶⁰ Arendt, H., *Responsabilidad personal y colectiva*, Barcelona, 2020, p. 45.

²⁶¹ Horváth, O. von, *Un hijo de nuestro tiempo*, Madrid, 2020, p. 99, sentencia: “¡Qué fría se vuelve la luz cuando uno piensa ...”.

²⁶² Sobre la superioridad de la raza blanca, Horváth, O. von, *Juventud sin Dios*, Madrid, 2019, pp. 35-36.

pensar²⁶³. Esta, y no otra, es la realidad que se vive y se sufre en el interior de una caverna en la que las sombras han creado y modelado el pensamiento y el mundo que les circunda. Pero la diosa fortuna permite que uno de los prisioneros se libere y ascienda hacia la luz del sol que brilla al final de la caverna. Pronto descubre el engaño. Ve la verdadera realidad, la que ilumina la luz del día. Él es el símbolo certero de la existencia. Regresa, pero nadie le escucha. Los cautivos no quieren dejar que las sombras se desvanezcan, y con ellas el mundo que les da cobijo, razón por la que repudian al hombre que pone en duda lo que oye y lo que ve en esa infinita y oscura caverna; una caverna en la que permanecen, cómodamente, los defensores de un Reich en el que el diálogo y la razón estaban tan proscritos como el deseo de alcanzar la luz de la verdad.

“El esfuerzo militar de las tres naciones que han desbaratado el complot germánico es parejamente admirable, no así las culturas que representan. Los Estados Unidos no han cumplido su alta promesa del siglo XIX; Rusia combina con naturalidad los estigmas de lo rudimentario, de lo escolar, de lo pedantesco y de lo tiránico. De Inglaterra, de la compleja y casi infinita Inglaterra, de esa isla desgarrada y lateral que rige continentes y mares, no arriesgaré una definición; básteme recordar que es quizá el único país que no está embelesado consigo mismo, que no se cree Utopía o el Paraíso. Yo pienso en Inglaterra como se piensa en una persona querida, en algo irremplazable e individual. Es capaz de culpables indecisiones, de atroces lentitudes (tolera a Franco, tolera a las sucursales de Franco), pero es también capaz de rectificaciones y contriciones, de volver a librar, cuando la sombra de una espada cae sobre el mundo, la cíclica batalla de Waterloo” (34).

Finalmente, nuestro escritor reconoce que la victoria obedece al esfuerzo militar de tres grandes naciones: Estados Unidos, Rusia e Inglaterra. ¿Todas por igual? No. Su pasión por la patria de Shakespeare es bien conocida. Ningún reproche a su actuación. Piensa en ella como “en una persona querida, en algo irremplazable e individual”. Puede equivocarse y tolerar regímenes como el de Franco, pero, a diferencia del resto de países, tiene la certeza de que si “la sombra de una espada cae sobre el mundo” sabrá librar “la cíclica batalla de Waterloo”.

Como vemos, su historia personal se impone sobre la Historia real. ¿Qué hubiese sido del continente europeo si los Estados Unidos no hubieran entrado en guerra contra las potencias del Eje, como deseaba su admirado Churchill²⁶⁴? ¿Qué hubiese sido de Inglaterra si Estados Unidos no le hubiera suministrado material de guerra en plena batalla de Inglaterra? No creo que sea necesario esgrimir ninguna razón sobre un aspecto tan bien conocido como estudiado. Lo mismo cabría decir de la Unión Soviética. En sus frías estepas y en sus guarnecidas ciudades se derrumbaron los bien pertrechados ejércitos alemanes. Pero la objetividad no siempre es un atributo del que nos podamos sentir complacientes. Reprochárselo sería tan injusto como impropio.

Con mayor asepsia intelectual se muestra en otro de sus escritos recogidos en *El libro de arena*. En el texto titulado “El otro”, admite que “la cíclica batalla de Waterloo” la dieron por igual Inglaterra y los Estados Unidos, no así Rusia. El año de su escritura es

²⁶³ Shakespeare, W., *Hamlet*, Madrid, 1999, III, 4: “¿Tenéis ojos? ¿Tenéis ojos?”.

²⁶⁴ Borges, “La gran lección de Churchill a las futuras generaciones”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., p. 264: “En la hora trágica de Inglaterra fue, de algún modo, los millones de hombres anónimos, valientes y modestos que no se arredraron ante el incendio que descendía desde lo alto. No prometió fáciles triunfos: habló de sangre, sudor y lágrimas. [...] Al combatir por Inglaterra combatió por todos nosotros; su batalla fue esa eterna batalla de las libertades [...]”.

tardío: 1975. El júbilo dio paso al desencanto. “Ahora, las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta”, y América, “trabada por la superstición de la democracia”, ha perdido su peso político y cultural en el mundo. Por su parte, Argentina, como buena parte del mundo, se había convertido en un “país más provinciano”, tanto que nadie estudiaba latín, y muy probablemente ya nadie se acercaba a “esa conversación de dos desconocidos en un lugar de Grecia” –la que muy probablemente tuvieron Sócrates o Parménides–, “que es el hecho capital de la Historia”. Lo fue porque en el diálogo está el origen de la democracia. Pero este nuevo tiempo se había olvidado del secreto significado que se esconde en “la plegaria y la magia”²⁶⁵:

“En lo que se refiere a la historia... Hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler, la cíclica batalla de Waterloo [...] Ahora, las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la del guaraní”²⁶⁶.

9. Dos libros (*Otras inquisiciones*, 1952)²⁶⁷

“Andrea: ¡Pobre del país que no tiene héroes
Galileo: No, pobre del país que necesita
héroes!”. Bertolt Brecht, *La vida de Galileo*.

9.1. Lecturas

Con su genio habitual, Borges aconsejaba que la lectura no debía ser obligatoria, y menos si esta era tediosa. A juicio de nuestro autor, si un libro no era del agrado del lector, era mejor dejarlo, sustituyéndolo por otro más ameno o adecuado a sus inquietudes. Esta es una verdad que, como docentes, compartimos plenamente:

“Creo que la frase ‘lectura obligatoria’ es un contrasentido; la lectura no debe ser obligatoria. ¿Debemos hablar de placer obligatorio? ¿Por qué? El placer no es obligatorio, el placer es algo buscado. ¡Felicidad obligatoria! La felicidad también la buscamos. Yo he sido profesor de literatura inglesa durante veinte años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y siempre les aconsejé a mis estudiantes: si un libro les aburre, déjenlo; no lo lean porque es famoso, no lean un libro porque es moderno, no lean un libro porque es antiguo. Si un libro es tedioso para ustedes, déjenlo; aunque ese libro sea el *Paraíso Perdido* [...] o el *Quijote* [...]. Pero si hay un libro tedioso para ustedes, no lo lean; ese libro no ha sido escrito para ustedes. La lectura debe ser una de las formas de la felicidad, de modo que yo aconsejaría a esos posibles lectores [...] que leyeran mucho, que no se dejaran asustar por la reputación de los autores, que sigan buscando una felicidad personal, un goce personal. Es el único modo de leer”²⁶⁸.

²⁶⁵ Borges, “El principio”, *Atlas, Obras completas, 1975-1985*, ob. cit., p. 415.

²⁶⁶ Borges, “El otro”, *El libro de arena*, ob. cit., p. 13.

²⁶⁷ Borges, “Dos libros”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., pp. 723-726.

²⁶⁸ Borges, *Borges para millones, Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional en 1979*, en <http://reddebibliotecas.org.co/diario/%E2%80%99Cla-lectura-no-debe-serobligatoria%E2%80%99D->

Los dos libros que pasa a reseñar sí lo fueron para él. Los motivos pueden ser múltiples, pero a ambas lecturas les une un tema común: la preocupación creciente por imponer una concepción de la vida y de la Historia en la que lo irracional, lo totalitario y lo racista se alzaba con mayor fuerza y credibilidad.

Veamos cada una de las obras reseñadas.

9.2. H. G. Wells, *Guide to the New World. A Handbook of Constructive World Revolution*

Borges inicia su reseña advirtiéndole que la obra corre el riesgo “de parecer, a primera vista, una mera enciclopedia de injurias”. En ella el lector puede comprobar cómo se denunciaba:

“al Führer, ‘que chilla como un conejo estrujado’; a Goering, ‘aniquilador de ciudades que, al día siguiente, barren los vidrios rotos y retoman las tareas de la víspera’; [...] a José Stalin, que en un dialecto irreal sigue vindicando la dictadura del proletariado, ‘aunque nadie sabe qué es el proletariado, ni cómo y dónde dicta’; [...] a los norteamericanos e ingleses ‘que traicionaron la causa liberal en España’; a los que opinan que esta guerra ‘es una guerra de ideologías’ y no una fórmula criminal ‘del desorden presente’; a los ingenuos que suponen que basta exorcizar o destruir a los demonios Goering y Hitler para que el mundo sea paradisíaco” (723).

Leído el conjunto de adjetivos descalificativos que se vierten sobre los máximos dignatarios del momento, la pregunta sigue en el aire: ¿estamos ante “una mera enciclopedia de injurias?” A juicio de Borges, si así lo creyéramos estaríamos ante una interpretación escasamente rigurosa. Aunque algunas de las calificaciones pueden ser injustas o poco memorables, reconoce que estas demuestran no solo “la imparcialidad de sus odios o de su indignación”, sino “la libertad de que gozan los escritores en Inglaterra, en las horas centrales de una batalla”²⁶⁹.

Pero más allá del carácter hiriente de “esos malhumores epigramáticos”, lo que desea destacar es la disyuntiva que plantea: “o Inglaterra identifica su causa con la de una revolución general (con la de un mundo federado), o la victoria es inaccesible e inútil”. Como vemos, la altura de miras de Borges le impide quedarse en la letra pequeña o en la definición jactanciosa, cuando no gruesa y desacertada. Lo que realmente le seduce es la capacidad de análisis de Wells, quien advierte que esta no es solo una lucha militar, es la lucha por crear un nuevo mundo en el que la intolerancia y las ideas raciales no puedan tener cabida. Si la tiene, la victoria militar será inútil, porque más pronto que tarde el mundo volverá a someterse al terrible embrujo que suponen, para una parte nada desdeñable de la población, los regímenes e idearios que repudian el Estado de Derecho,

borges-y-c%3%B3mo-ser-mejores-profesores-de-literatura. Asimismo en *Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 2002, Clase n. 13, Epílogo.

²⁶⁹ A este respecto, no diría lo mismo George Orwell, quien sintió la dolorosa equidistancia, cuando no el rechazo, de buena parte de los intelectuales y de los editores ingleses, quienes no dudaron en plegarse, sumisamente, a la voz de una dictadura tan cruel como implacable. Con carácter ejemplificador, *Carta a Victor Gollancz*, en Orwell, G., *Mi guerra civil española*, Barcelona, 1985, p. 18: “Espero poder escribir la verdad de lo que he visto. Las cosas que aparecen en los diarios ingleses son en su mayoría unas mentiras descaradas –más no puedo decir debido a la censura”. Cfr. Obarrio Moreno, J.A., *Diálogos entre el derecho y la literatura: los totalitarismos. 1984 (George Orwell)*, Madrid, 2021.

máxime si este no es capaz de garantizar la paz, la justicia, los derechos y libertades que otorgan estabilidad y progreso a una nación. En torno a esta cuestión, Derrida ha sido explícito:

“La fascinación admirativa ejercida en el pueblo por la figura del ‘gran’ criminal’ se explica así: no es alguien que ha cometido tal o cual crimen por quien se experimentaría una secreta admiración; es alguien que, al desafiar la ley, pone al desnudo la violencia del orden jurídico mismo”²⁷⁰.

No se equivoca. Con mayor frecuencia de la que pensamos, la experiencia enseña que el Orden jurídico es utilizado por el Estado no para la salvaguarda de los derechos y las haciendas, sino para protegerse a sí mismo mediante el uso perverso de la Ley y de la violencia. Cuando este hecho se impone, esto es, cuando el Estado secuestra la Ley, inexorablemente se reduce al individuo, a quien se le convierte en una masa silente, en una mera cuadrícula, perfectamente numerada y clasificada. De esta realidad nace un binomio indisoluble: violencia – sumisión. Sobre esta trágica dualidad se asientan los principios jurídico-políticos del totalitarismo, los que hacen del hombre una simple suma de piezas, sin identidad ni naturaleza propia, lo que le convierte en un súbdito o un nómada, un apátrida sin derechos ni suelo firme que le cobije; una verdad de la que no fue ajeno Izraél Méter, y de la que supo dar buena cuenta en su estremecedora novela *La quinta esquina*:

“Los cuadros lo deciden todo, dijo Stalin. Él no hubiera podido operar con la fórmula ‘las personas lo deciden todo’, porque el concepto ‘personas’ era para él superfluo e incluso embarazoso [...] en lo que se refiere a los cuadros, estos se pueden intercambiar mutuamente: hay que contarlos, pero no hay que tenerlos en cuenta”²⁷¹.

Esta línea argumental le permite entender a Derrida “la fascinación que ejerce en Francia un abogado como Jacques Vergès, que defiende las causas más difíciles, las más insostenibles a los ojos de la mayoría, practicando lo que llama la ‘estrategia de la ruptura’, es decir, la discusión radical del orden establecido de la ley, de la autoridad judicial, y finalmente de la legítima autoridad del Estado que hace comparecer a sus clientes ante la ley”²⁷². Es la lógica admiración que siente una sociedad que observa cómo el Derecho se constituye para sostener una violencia sin fundamento alguno, a la que el Estado no pone freno, muy al contrario, la justifica, y al hacerlo deslegitima su poder y el del Derecho, lo que da paso a una crisis de legalidad y de legitimidad, y con ella a una sociedad cerrada²⁷³. A esta se llega cuando las democracias son débiles para defenderse y defender a sus ciudadanos. Triste conclusión.

Del peligro del que nos advierte Wells nace, irremediabilmente, otro no menos perverso: la idea de pueblo y raza. Así lo reconoce Borges:

“Wells, increíblemente, no es nazi. Increíblemente, pues casi todos mis contemporáneos lo son, aunque lo nieguen o lo ignoren. Desde 1925, no hay

²⁷⁰ Derrida, J., “Fuerza de ley: el “fundamento místico de la autoridad”, *Doxa. Cuadernos de Filosofía del Derecho* 11 (1999), p. 161.

²⁷¹ Méter, I., *La quinta esquina*, Barcelona, 2016, p. 131.

²⁷² Derrida, “Fuerza de ley”, ob. cit., p. 161.

²⁷³ Popper, K. R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, 1984, p. 12.

publicista que no opine que el hecho inevitable y trivial de haber nacido en un determinado país y de pertenecer a tal raza (o a tal buena mixtura de razas) no sea un privilegio singular y un talismán suficiente. Vindicadores de la democracia, que se creen muy diversos de Goebbels, instan a sus lectores, en el dialecto mismo del enemigo, a escuchar los latidos de un corazón que recoge los íntimos mandatos de la sangre y de la tierra. Recuerdo, durante la guerra civil española, ciertas discusiones indescifrables. Unos se declaraban republicanos; otros, nacionalistas; otros, marxistas; todos, con un léxico de *Gauleiter*, hablaban de la Raza y del Pueblo. Hasta los hombres de la hoz y el martillo resultaban racistas... ” (723-724).

La primera afirmación nos llena de sorpresa: “Wells, increíblemente, no es nazi. Increíblemente, pues casi todos sus contemporáneos lo son, aunque lo nieguen o lo ignoren”. Todos sabemos que Wells poseía ideas socialistas, por lo que no cabe extrañarnos de la primera afirmación, que solo se entiende si se pone en correlación con la siguiente, en la que enfatiza que casi todos los escritores lo son –en el sentido de totalitarios, de uno u otro “bando” ideológico–. El lector puede pensar que es una hipérbole, una más del autor. ¿Lo eran? Es lógico que nos formulemos esta pregunta, porque de ser cierta no solo dejaría en mal lugar a buena parte de los escritores de su época, sino a la propia esencia del escritor, quien no debería someterse a los dictados de un poder, máxime si es totalitario, sino a los de su libre pensamiento. Pero más allá de nuestras creencias y deseos, la realidad se muestra tan certera como tozuda, y esta nos indica que, una vez más, Borges no se equivocaba. El totalitarismo impregnó todos los estamentos y estratos de la sociedad, sin distinción de categorías ni de intelectos. Los intelectuales no fueron una excepción, fueron el fiel reflejo de una época dividida en bloques y en ideologías mayoritariamente totalitarias, a las que se sumaron con sumisa delectación²⁷⁴.

El resultado fue el previsible: se convirtieron en encubridores o prosélitos del totalitarismo. A este respecto, Popper no dudará en dar una respuesta que, por estridente que pueda parecer, no carece de cierta verdad, como así reconociera Steiner²⁷⁵:

“Nosotros los intelectuales hemos hecho el más terrible daño durante miles de años. Los asesinatos en masa en nombre de una idea, de una doctrina, una teoría o una religión fueron obra nuestra, invención nuestra, de los intelectuales”²⁷⁶.

Esta realidad la pudo comprobar Borges en los debates intelectuales que se dieron durante la Guerra Civil española, y en particular en las jornadas desarrolladas durante el *Primer Congreso contra el racismo y el antisemitismo*, que tuvo lugar en Buenos Aires,

²⁷⁴ Kertész, I., *Cartas a Eva Haldimann*, Barcelona, 2012, pp. 12-13, en una carta fechada en febrero de 1990 critica abiertamente a la intelectualidad húngara por: “vivir mantenida en un estado de dependencia infantil del padre, cuando se produjo la caída del comunismo”, lo que provocó que se encontrara sin ningún referente al que acogerse. Es la consecuencia lógica cuando “el sistema de vida falso y la mentira ya no funcionan”; Orwell, G., *Arthur Koestler, (11 de septiembre de 1944), Ensayos*, Barcelona, 2017, p. 535, quien señala que “casi todos los izquierdistas de 1933 en adelante” pretendían “ser antifascistas antes que antitotalitarios”.

²⁷⁵ George Steiner, *Heidegger*, México, 1999, p. 32: “Es un secreto a voces que los intelectuales de biblioteca y los hombres que se pasan su vida rodeados de palabras, de textos, pueden experimentar con especial intensidad las seducciones de las propuestas políticas violentas, particularmente cuando tal violencia no toca a su propia persona”.

²⁷⁶ Popper, K.R., *En busca de un mundo mejor*, Barcelona, 1994, p. 242, quien sostiene: “es mucho lo que nosotros podemos hacer [...] Cuando digo nosotros me refiero a los intelectuales, a seres humanos interesados en las ideas; en especial a los que leen y a veces escriben”.

los días 6 y 7 de agosto de 1938, “en cuyas actas figura como participante y como miembro de la comisión organizadora”²⁷⁷. Su opinión no puede ser más clara ni más adversa:

“Recuerdo, durante la guerra civil española, ciertas discusiones indescifrables. Unos se declaraban republicanos; otros, nacionalistas; otros, marxistas; todos, con un léxico de *Gauleiter*, hablaban de la Raza y del Pueblo. Hasta los hombres de la hoz y el martillo resultaban racistas... También recuerdo con algún estupor cierta asamblea que se convocó para confundir el antisemitismo” (724).

Su visión ni es desacertada ni es la única que se pronuncia en este sentido. Autores como George Orwell o Chaves Nogales describieron esta misma realidad en libros como *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*²⁷⁸ (Chaves), en *Homenaje a Cataluña*²⁷⁹ o en el ensayo *Recuerdos de la guerra de España* (Orwell), en donde dejaron por escrito que tanto la verdad objetiva como la libertad estaban desapareciendo en Europa, y no sin la aquiescencia de buena parte de la intelectualidad de la época²⁸⁰:

“Recuerdo haberle dicho alguna vez a Arthur Koestler que ‘la historia se detuvo en 1936’, ante lo cual él asintió, comprendiéndolo de inmediato. Ambos estábamos pensando en el totalitarismo en general, pero más particularmente en la Guerra Civil española. En mi juventud ya me di cuenta de que los periódicos jamás informan correctamente sobre evento alguno, pero en España, por primera vez, vi reportajes periodísticos que no guardaban la menor relación con los hechos [...] Vi como los periódicos de Londres vendían estas mentiras, y a ávidos intelectuales que construían superestructuras emocionales sustentadas en eventos que no ocurrieron jamás”²⁸¹.

La fiebre por reivindicar la supuesta dignidad de la raza²⁸² y la grandeza del pueblo impedían que se pudiera distinguir a los intelectuales que reivindicaban –ardorosamente– la dictadura del proletariado de quienes proclamaban el advenimiento de un milenario Tercer Reich o la grandeza de una renovada Roma imperial²⁸³.

Años más tarde, en su obra *Limónov*, Emmanuel Carrère se hace eco de esta realidad cuando recuerda que en la URSS existía una literatura oficial formada por los

²⁷⁷ Louis, A., *Borges ante el fascismo*, Oxford, 2007, p. 94.

²⁷⁸ Chaves Nogales, M., *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, Barcelona, 2013, “Consejo obrero”, p. 284: “Murió batiéndose heroicamente por una causa que no era la suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese”. Seguramente, la obra de Chaves puede ser la que más se acerque a la visión que tuvo Orwell de la Guerra Civil española.

²⁷⁹ Orwell, G., *Homenaje a Cataluña*, Madrid, 2003, p. 163: “Los comentarios periodísticos acerca de ‘una guerra librada en defensa de la democracia’ eran mero engaño. Ninguna persona sensata podía suponer que hubiera alguna esperanza democracia”.

²⁸⁰ Revel, J.F., *Memorias. El ladrón en la casa vacía*, Madrid, 2007, p. 38: “Si el fascismo y el comunismo sólo hubiesen seducido a imbéciles o canallas, habría resultado más fácil librarse de ellos”.

²⁸¹ Orwell, G., “Recuerdos de la guerra de España” [¿1942?], *Ensayos*, Barcelona, 2017, p. 418.

²⁸² Sternhell, Z., *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, 1994, p. 4: “la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo; y la guerra a los judíos, la guerra a las razas inferiores, juega en él un papel mucho más preponderante que la guerra a los comunistas”.

²⁸³ Farías, V., *Heidegger y el nazismo*, Paris, 1987, p. 288, señala cómo la organización femenina nacionalsocialista proclamaba, en sus estatutos y en su declaración de principios, que: “Luchamos por la conservación de la raza aria, y por tanto para liberar la vida nacional de toda influencia racial extranjera. El espíritu debe ser alemán, alemana nuestra lengua, alemana la ley y alemana la cultura [...] Luchamos con la palabra y con los hechos, utilizando todos los medios a nuestro alcance contra el espíritu judeo-marxista”.

“ingenieros del alma”, como los denominó Stalin, que no eran otros que escritores realistas-socialistas al servicio del régimen. Su beneficio: gozaban de sustanciosas compensaciones económicas y sociales. El precio a pagar: la pérdida de toda conciencia y de toda honestidad literaria²⁸⁴:

“Si no estaban completamente embrutecidos o no eran unos cínicos, los escritores oficiales se avergonzaban de lo que hacían, de lo que eran. Se avergonzaban de escribir en Pravda grandes artículos denunciando a Pasternak en 1957, a Brodsky en 1964, a Siniavski y Dániel en 1966, a Solzhenitsyn en 1969, siendo así que en el secreto de su corazón los envidiaban”²⁸⁵.

La crudeza de la política, como la tosca maldad de la guerra²⁸⁶, le enseñó, como leemos en *Aurora roja* (Baroja), que a la gente se le podía matar “porque eran propagandistas de la idea”²⁸⁷. Esta triste verdad le llevó a comprender que para protegerse de ese gigantesco Leviatán, cuya zarpa de hierro hiela la vida de quien no sigue sus mandatos, nada mejor que la escritura y la defensa de sus creencias. Lo aprendió de las lecciones que da la vida, pero, sobre todo, de las recurrentes lecturas de la obra de autores como Nietzsche²⁸⁸, donde pudo leer: “Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en un monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”²⁸⁹. Del aforismo aprendemos que el ciego y pétreo abismo nace para desacreditar, para perseguir o para inmolar. Es lógico que así suceda, porque lo que debió quedar oculto fue puesto de manifiesto. Una verdad que nunca se perdona, y a la que solo se enfrentan los espíritus intrépidos, esa clase de hombres cuya pasión consiste en mirar, leer y escribir, pero no para disputarse el dudoso honor de estar a la vanguardia del modernismo literario, sino para hacernos ver que nuestro drama personal consiste en vivir en ese muro de silencio que nos rodea y nos ahoga por igual. Una forma benévola de nombrar la cobardía.

Sin dar tregua ni proporcionar sosiego al lector, Borges comprende que ha llegado el momento de recordar su firme compromiso con la libertad y con el ser humano, sin distinción de raza, credo o condición política:

²⁸⁴ La idea de una conciencia vacía, en Borges, J.L., “La nadería de la personalidad”, *Inquisiciones*, Barcelona, 1994, p. 104: “Ya descartados los afectos, las percepciones forasteras y hasta el cambiadizo pensar, la conciencia es cosa baldía, sin apariencia alguna que exista reflejándose en ella”.

²⁸⁵ Carrère, E., *Limónov*, Barcelona, 2013, p. 92. En análogo sentido, Aleksievich, S., *El fin del “Homo sovieticus”*, Barcelona, 2015, p. 38: “Por inercia, los intelectuales continuaban hablando de Pasternak en las cocinas y preparaban la sopa sin soltar los libros de Astafiev o Bikov”. Frente a los “intelectuales” del Partido, se alzaban los disidentes, aquellos para quienes: “Pintar significaba ganarse la vida como vigilante nocturno. Ser poeta, retirar la nieve con una pala delante de la editorial a la que jamás de los jamases le enseñaría sus poemas, y cuando el director, al apearse de su Volga, te veía con la pala en el patio, era él el que se sentía vagamente humillado. Llevaban una mierda de vida, pero no habían traicionado” (p. 93); Forti, S., *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, 2008, pp. 10-40, donde analiza cómo el poder político alcanzó un apogeo sin precedentes en la Historia durante los regímenes totalitarismos de los años treinta.

²⁸⁶ Heráclito, *Fragmentos*, Barcelona, 1983, Fr. 53, pp. 218-219: “La guerra es el padre de todas las cosas, el rey de todo; a unos les hace dioses y a otros hombres, a unos les hace esclavos y a otros libres”. Antoine de Saint Exupéry, *Piloto de guerra*, Barcelona, 1973, p. 63, matiza: “Pero la guerra no es una aventura, la guerra es una enfermedad, como el tifus”.

²⁸⁷ Baroja, P., *Aurora Roja*, Madrid, 1974, p. 234.

²⁸⁸ Borges, “Epílogo”, *El hacedor*, ob. cit., p. 854 “Pocas cosas me han ocurrido y muchas he leído”.

²⁸⁹ Nietzsche, F., *Más allá del Bien y del Mal*, Madrid, 2018, § 146, p. 133.

“También recuerdo con algún estupor cierta asamblea que se convocó para confundir el antisemitismo. Varias razones hay para que yo no sea un antisemita; la principal es ésta: la diferencia entre judíos y no judíos me parece, en general, insignificante; a veces, ilusoria o imperceptible. Nadie, aquel día, quiso compartir mi opinión; todos juraron que un judío alemán difiere vastamente de un alemán. Vanamente les recordé que no otra cosa dice Adolfo Hitler; vanamente insinué que una asamblea contra el racismo no debe tolerar la doctrina de una Raza Elegida” (723-724).

Su antinacionalismo le lleva a declarar que no hay razón para sentirse antisemita, si lo fuera, su pensamiento en nada se diferenciaría del de Adolf Hitler. Es una convicción que se ajusta a su forma de ver y sentir la vida. Es una creencia que no está sometida a los vaivenes de los tiempos ni de las ideologías. No puede estarlo, porque la solidez de su pensamiento le ha hecho ver que solo la ignorancia que se alimenta del odio puede crear en la segregación racial o en el predominio de una raza pura. Es el mismo odio, no exento de notable envidia, el que llevaría a la revista *Crisol* –publicación argentina identificada con el nazismo– a insinuar que Borges ocultaba su ascendencia judía. Su respuesta, recubierta de fina ironía y de notable sutileza, no se dejó esperar. En abril de 1934 publicaría, en la *Revista Megáfono*, su famoso alegato *Yo, el judío* (1934):

“[...] ¿Quién no jugó a los antepasados alguna vez, a las prehistorias de su carne y su sangre? Yo lo hago muchas veces, y muchas no me disgustó pensarme judío. Se trata de una hipótesis haragana, de una aventura sedentaria y frugal que a nadie perjudica –ni siquiera a la fama de Israel, ya que mi judaísmo era sin palabras, como las canciones de Mendelssohn. *Crisol*, en su número del 30 de enero, ha querido halagar esa retrospectiva esperanza y habla de mi ‘ascendencia judía, maliciosamente ocultada’. (El participio y el adverbio me maravillan).

[...] Doscientos años y no doy con el israelita, doscientos años y el antepasado me elude. Agradezco el estímulo de *Crisol*, pero está enflaqueciendo mi esperanza de entroncar con la Mesa de los Panes y con el Mar de Bronce, con Heine, Gleizer y los diez Sefiroth, con el Eclesiastés y con Chaplin.

[...] Nuestros inquisidores buscan hebreos, nunca fenicios, garamantas, escitas, babilonios, persas, egipcios, hunos, vándalos, ostrogodos, etíopes, dardanios, paflagonios, sármatas, medos, otomanos, bereberes, britanos, libios, cíclopes y lapitas. Las noches de Alejandría, de Babilonia, de Cartago, de Menfis, nunca pudieron engendrar un abuelo; sólo a las tribus del bituminoso Mar Muerto les fue deparado ese don”²⁹⁰.

Como vemos, su posición pública en contra del antisemitismo le acarreó el menosprecio de ciertos sectores, que Borges mitigó con esta memorable proclama titulada “Yo, judío”²⁹¹. En parte, así se siente un hombre, un escritor cuya infinita curiosidad y su proverbial cultura bíblica, transmitida por su abuela inglesa, así como el influjo de su maestro Rafael Cansinos-Assens, fraguaron su apego hacia la cultura judía, de la que dejaría numerosas muestras, como el poema “A Israel”, “Israel, 1967” o “Israel, 1969”:

²⁹⁰ En Borges, *Textos recobrados, 1931-1955*, ob. cit., pp. 89-90.

²⁹¹ Asimismo, Borges, “Israel”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 58: “Más allá de las aventuras de la sangre [...] toda persona occidental es griega y judía [...] Los hechos que acabo de recordar son elementales y se aprenden (y se olvidan) en las escuelas, no así lo que sugieren o engañan. Sugieren que más allá de aversiones o preferencias, de filosemitismo o antisemitismo, somos irremediamente judíos o griegos o, si se prefiere, judíos helenísticos. Modificar esa determinación secular no depende de nuestro arbitrio”.

A Israel

“¿Quién me dirá si estás en el perdido/ laberinto de ríos seculares/de mi sangre, Israel? ¿Quién los lugares/ que mi sangre y tu sangre han recorrido?/ No importa. Sé que estás en el sagrado/ libro que abarca el tiempo y que la historia/ del rojo Adán rescata y la memoria/ y la agonía del Crucificado./ En ese libro estás, que es el espejo/ de cada rostro que sobre él se inclina/ y del rostro de Dios, que en su complejo/ y arduo cristal, terrible se adivina./ Salve, Israel, que guardas la muralla/ de Dios, en la pasión de tu batalla”²⁹².

Su conciencia histórica, humanística y literaria, la que le lleva a admirar a escritores judíos como Baruch Spinoza, Martin Buber, SY Agnon y Gershom Scholem, le impiden asumir, como científica, la arraigada superstición de la selección de la raza; de ahí que apruebe sin reservas que Wells repudie la idea de un pueblo elegido capaz de crear un Nuevo Orden mundial en el que la ley y la libertad cederán su cetro a un nuevo poder, el que establece el Líder y el Partido que lo sustenta. Frente a ese omnímodo poder, toda nación libre, como es la inglesa, tiene la obligación moral y política de hacerle frente. Este es un deber irrenunciable, pero, a su vez, un privilegio que les honra, y del cual no pueden huir:

“En este libro, [...], Wells nos exhorta a recordar nuestra humanidad esencial y a refrenar nuestros miserables rasgos diferenciales, por patéticos o pintorescos que sean. En verdad, esa reprensión no es exorbitante: se limita a exigir de los Estados, para su mejor convivencia, lo que una cortesía elemental exige de los individuos. ‘Nadie en su recto juicio –declara Wells– piensa que los hombres de Gran Bretaña son un pueblo elegido, una más noble especie de nazis, que disputan la hegemonía del mundo a los alemanes. Son el frente de batalla de la humanidad. Si no son ese frente, no son nada. Ese deber es un privilegio’ (724).

Una realidad que ya constató en su reseña a la obra de Wells, *The Brothers*, publicada en la revista *El Hogar*, el 29 de octubre de 1937. En ella, Borges resaltó la equiparación entre dos bandos que luchaban, en la guerra civil, por un ideal en el que la libertad se hallaba ausente:

“*The Brothers* es una parábola de la guerra española. El general fascista Richard Bolaris está sitiando una innominada ciudad que los comunistas defienden, capitaneados por un tal Richard Ratzel. (La parábola, como se ve, es asaz cristalina.) Richard Bolaris es el héroe impar, el hombre de la espada, el Cromwell concedido a la patria en su hora de prueba. Naturalmente, está meditando un golpe de estado. En eso llega una patrulla que ha penetrado en las trincheras de la ciudad anónima y ha capturado a Ratzel. Lo traen: es físicamente igual a Bolaris y la voz es tan parecida, que todos creen por un segundo que lo está remedando. Discuten: es mentalmente igual a Bolaris, sin otra diferencia que la de sus dialectos políticos. Uno habla del estado corporativo; otro, de dictaduras del proletariado. A Ratzel lo ha indignado esencialmente la tiranía de los que mandan; a Bolaris la incompetencia y la vanidad. Concuerdan singularmente con Wells en la necesidad fundamental de educar a los hombres. Son hermanos gemelos, como ya lo ha imaginado el lector [...]”²⁹³.

²⁹² Borges, “A Israel”, *Elogio de la sombra, Obras completas, I*, ob. cit., p. 996.

²⁹³ Borges, “The Brothers, de H. G. Wells”, *Textos cautivos*, ob. cit., pp. 215-216.

9.3. Bertrand Russell. *Let the People Think*

Aunque Borges es reconocido como un maestro del relato, no lo es menos del ensayo; en este, como en las notas breves, posee una innata capacidad para desarrollar sus ideas y sus reflexiones, hasta el punto de que al lector le resulta menos complejo percibir cada uno de sus pensamientos o de sus líneas argumentales. En esto se diferencia de sus relatos y cuentos, en que, en sus ensayos, artículos, reseñas o apuntes, las líneas argumentales aparecen regirse por una mayor claridad expositiva, más sistemática y concisa, lo que no impide que su calidad literaria se resienta, todo lo contrario: lo que se pierde en materia narrativa se gana en tensión intelectual, ya que cada línea posee un significado propio e ineludible, sin el cual no se puede llegar a comprender el conjunto del texto.

Un buen ejemplo de lo que acabamos de referir lo constituye el apunte que realiza sobre el conjunto de ensayos de Bertrand Russell. Lo primero que debemos resaltar es que la unidad del texto no se rompe: ambos comentarios tienen un hilo conductor común, que no es otro que el de “repensar la historia del mundo sin preferencia de carácter geográfico, económico o étnico”, esto es, el de recalcar la necesaria idea de universalidad.

Para el ámbito que abordamos, nos interesa especialmente la parte en que analiza el capítulo “Genealogía del fascismo”, sobre el que escribe una reflexión que aun por conocida no deja de ser menos interesante:

“El autor empieza por observar que los hechos políticos proceden de especulaciones muy anteriores y que suele mediar mucho tiempo entre la divulgación de una doctrina y su aplicación. Así es: la ‘actualidad candente’, que nos exaspera o exalta y que con alguna frecuencia nos aniquila, no es otra cosa que una reverberación imperfecta de viejas discusiones. Hitler, horrendo en públicos ejércitos y en secretos espías, es un pleonasma de Carlyle (1795-1881) y aun de J. G. Fichte (1762-1814); Lenin, una transcripción de Karl Marx. De allí que el verdadero intelectual rehúya los debates contemporáneos: la realidad es siempre anacrónica” (725).

Las preguntas que nos propicia el texto son bien conocidas: ¿Se puede hablar de un presente sin que este sea el reflejo de una constante histórica? ¿Puede darse un hecho histórico/social *ex novo*, esto es, sin que tenga ninguna raigambre histórico-cultural? Al igual que Borges, entendemos que no es posible. No lo es porque todo acontecer, por muy coetáneo que sea, tiene un antecedente cultural en el tiempo. El propio Ortega y Gasset lo expresaba con notable claridad:

“Si a diferencia del triángulo, el mundo físico está en el tiempo, a diferencia del mundo físico las cosas humanas no sólo están en el tiempo, sino que el tiempo está en ellas. Una nación, un hombre, una palabra, un gesto existen también en un presente; son en cuanto presentes y ahora, pero en ese su presente resuena el pasado y palpita el futuro, es decir, que estos no están fuera de ellas, sino que, al revés, forman parte de ellas. De suerte que, en las cosas humanas, no solamente se trata de que tienen un pasado y tienen un futuro, como el mundo físico, sino que están hechas, en su presente, de pasado y de futuro. Si queremos entender en qué consisten o tenemos más remedio que hablar de su pasado y hablar de su futuro,

que definir las mostrando esas sus dos entrañas que están funcionando dentro de ellas, que están dándoles su actual ser”²⁹⁴.

Para Ortega y Gasset el hombre “flota [...] siempre en una cultura preexistente”, porque sólo el ser humano tiene capacidad de entender²⁹⁵, de interpretar y de dialogar con las realidades que le circundan, las cuales están en el tiempo, por lo que “una cosa, aunque mínima, es porción presente de nuestra vida personal y es a la vez un pasado”, lo que hace que el hombre sea “un caso claro de realidad constitutivamente histórica”²⁹⁶, esto es, “una realidad sustantivamente móvil”²⁹⁷, “un ‘venir de’ y un ‘ir hacia’”²⁹⁸.

Esta misma concepción la hallamos en Borges, quien reconoce que Adolf Hitler solo es un pleonismo de Carlyle o de Fichte²⁹⁹, como, a su vez, Lenin es una mera transcripción de Karl Marx:

“Russell imputa la teoría del fascismo a Fichte y a Carlyle. El primero, en la cuarta y quinta de las famosas *Reden an die deutsche Nation*, funda la superioridad de los alemanes en la no interrumpida posesión de un idioma puro. Esa razón es casi inagotablemente falaz; podemos conjeturar que no hay en la tierra un idioma puro [...]; podemos recordar que el alemán es menos ‘puro’ que el vascuence o el hotentote; podemos interrogar por qué es preferible un idioma sin mezcla...” (725).

Una visión que aparece en *Vindicación del 1900*, donde señala:

“El problema del año 1900 visto por 1945 no es otra cosa que un aspecto de un problema más amplio: el siglo XIX juzgado por el siglo XX. Por la boca de un periodista, el siglo XX ha calificado de “estúpido” al siglo XIX; tal vez no es ilícito recordar que las dos doctrinas por las que están muriendo los hombres del siglo XX –nazismo y comunismo– son invenciones del siglo XIX. El nazismo procede notoriamente de Fichte y de Carlyle; el marxismo no carece de toda relación con Karl Marx; el estúpido siglo XIX fue, antes que ninguna otra cosa, un siglo de libérrima discusión; no hay argumento contra él, contra sus preferencias o instituciones, que no haya sido formulado por alguien en ese mismo siglo. El progreso es uno de los fetiches del siglo XIX; la refutación más enérgica del progreso es la de Schopenhauer, hombre del siglo XIX”³⁰⁰.

²⁹⁴ Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee*, Madrid, 1966, p. 114.

²⁹⁵ Borges, “La escritura de Dios”, *El Aleph*, ob. cit., p. 599: “¡Oh dicha de entender, mayor que la de imaginar o la de sentir!”.

²⁹⁶ Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*, ob. cit., p. 115; p. 118: “el hombre y todo lo humano en él es realidad histórica, pues, según hemos visto, es literalmente verdad que está, por lo pronto, hecho de pasado, porque una de sus partes, la que hemos llamado la espalda, consiste presentemente en pasado, en eficazísimo pasado”.

²⁹⁷ Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*, ob. cit., p. 125. En otro momento señala: “Toda realidad humana [...] viene de un pasado y va hacia un porvenir, y esto no como añadido a su sustancia, sino que, constitutivamente, consiste en ‘venir de’ e ‘ir hacia’, en contener pasado y futuro” (p. 230).

²⁹⁸ Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*, ob. cit., p. 126.

²⁹⁹ Borges – Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 94: “ya que Carlyle sólo admira a la gente violenta, a la gente dura; admira a los tiranos”.

³⁰⁰ Borges, “Vindicación de 1900”, *Textos Recobrados 1931-1955*, ob. cit., p. 229.

Como señala Villacañas, a partir del pensamiento de autores como Herder o de Fichte el nacionalsocialismo concibió que la nación, la sangre³⁰¹ y la lengua constituían una forma de ser y de pensar propias de un pueblo, el alemán, que es concebido como una realidad histórica y sagrada³⁰², lo que determina que “una nación, y un lenguaje, son realidades intocables, tan merecedoras del respeto como el propio Dios sensible”³⁰³; un elemento autoasertivo que determina el deseo “de ser siempre el primero y superior a los demás”, tal y como enseñaba Quirón a Aquiles³⁰⁴, del que ninguna sociedad, y muy probablemente ningún hombre, se ha librado³⁰⁵. En este sentido, en el Discurso cuarto de su obra *Discursos a la nación alemana*, Fichte reconocerá que:

“La diferencia inmediata y primera de todas, que se presenta a consideración y que se da entre los destinos de los alemanes y de las otras tribus que han resultado del mismo tronco del que proceden los alemanes, radica en que los primeros se quedaron en sus lugares de asentamiento primitivos y los segundos emigraron a otros lugares; los primeros mantuvieron y continuaron desarrollando la lengua originaria del pueblo primitivo y los segundos adoptaron una lengua que poco a poco fue transformando a su manera.

Sólo a partir de otras, hay que explicar las que se originaron después, como, por ejemplo, el hecho de que en la patria primitiva se conservase, de acuerdo con las antiguas costumbres germánicas, una federación de Estados bajo un caudillaje de poderes limitados, mientras que en los países extranjeros la constitución fue convirtiéndose en monárquica, más bien al estilo romano”³⁰⁶.

Como escribiera Hildebrand, esta concepción de la patria exigía erradicar “un tremendo error que existe en diversos grados: desde la identificación de la nación con el Estado, y con el sistema de gobierno”³⁰⁷, hasta la idealización de la nación, convirtiéndola

³⁰¹ Hitler, *Mi lucha*, ob. cit., p. 237: “La raza no radica en el idioma, sino exclusivamente en la sangre”; Rosenber, A., *El mito del siglo 20*, Versión informática, 2002, p. 12: “Hoy, en cambio, toda una generación comienza a vislumbrar que solamente se producen y conservan valores allí donde la ley de la sangre determina aún las ideas y las obras de los hombres, sea consciente o inconscientemente”.

³⁰² Fichte, J.G., *Discursos a la nación alemana*, Barcelona, 1984, p. 157: “Si hasta ahora, a lo largo de nuestro análisis hemos procedido de modo adecuado, de ello tiene que inferirse que sólo el alemán –el hombre originario y no muerto en un estatuto arbitrario– tiene verdaderamente un pueblo y tiene derecho a contar con un pueblo, y que sólo él es capaz del amor verdadero y racional a su nación”.

³⁰³ Villacañas, J.L., “Fichte y los orígenes del nacionalismo alemán moderno”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, núm. 72 (Abril-Junio 1991), p. 113.

³⁰⁴ Homero, *Iliada*, VI, 208.

³⁰⁵ Popper, K., *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, 1983, Cap. “La historia de nuestro tiempo: una visión optimista”, pp. 438-439: “Las principales perturbaciones de nuestro tiempo –establece el pensador austriaco– [...] no se deben a nuestra perversidad moral, sino, por el contrario, a nuestro entusiasmo moral a menudo mal dirigido: a nuestra ansiedad por mejorar el mundo en que vivimos [...] Pero ¿cómo puedo yo sostener la idea de que no vivimos en un mundo de perversidad? ¿Acaso he olvidado a Hitler y a Stalin? No. Pero no me dejó impresionar demasiado por ellos [...] Los que siguieron a Hitler y a Stalin, en su mayoría, lo hicieron precisamente porque fueron ‘conducidos fácilmente de las narices’ [...] Es triste ver cuán fácilmente puede ser mal utilizada una apelación a la moralidad. Pero es un hecho el que los grandes dictadores siempre trataron de convencer a su pueblo de que conocían el camino hacia una moralidad superior”.

³⁰⁶ Fichte, *Discursos a la nación alemana*, ob. cit., p. 96. Asimismo, en Sala Rose, *El misterioso caso alemán*, ob. cit., p. 342.

³⁰⁷ Xammar, E., *Crónicas desde Berlín, (1930-1936)*, Barcelona, 2005, p. 223: “Nación y sistema de gobierno se confunden en el pensamiento de Hitler”; Gregorio R. de Yurre, *Totalitarismo y egolatría*, Madrid, 1962, pp. 290-291: “El estado nace y vive en el interior de los ciudadanos. El pensamiento del Estado se hace pensamiento de los ciudadanos; la voluntad del Estado se convierte en voluntad del ciudadano [...] ‘El Estado no está *inter homines*, sino *in interiore hominum*’ [...] El estado es el todo, al margen del cual tan solo es dado concebir el caos y la negación”.

en el principal criterio de la vida en su conjunto y haciendo de ella el fin último y el bien superior”³⁰⁸; un error que lleva a identificar el patriotismo con el nacionalismo, como si estas dos realidades contrapuestas fueran una única e indivisible entidad o espacio común. Pero como sostiene el filósofo alemán, esta visión, por muy arraigada que pueda llegar a estar, se halla muy alejada de la verdad histórica, porque el nacionalismo se caracteriza, al menos, por seis rasgos que impiden identificarlo con el concepto de patria:

[1] Por “un egoísmo colectivo que prescinde del respeto y el interés hacia las naciones extranjeras y valora los derechos de la propia nación de acuerdo con valores diferentes de los que aplica a otras naciones. No ve la viga en el ojo de su propio país: solo ve la paja en el ojo de los países extranjeros”.

[2] El nacionalismo entiende que “la nación se sitúa por encima de las comunidades de un valor superior”, lo que le lleva a sostener que “el bienestar de su propio país es más importante que el ‘*bonum commune*’ de Europa e incluso de la humanidad”.

[3] La “herejía del nacionalismo” consiste en ver al individuo como “un mero recurso que explotar por la nación”, de este modo “la auténtica jerarquía de valores queda invertida”.

[4] Al mantener “que el Estado y la nación están tan interrelacionados que toda nación requiere la existencia del Estado correspondiente”, los nacionalsocialistas no pueden admitir la existencia de una nación en distintos Estados, un criterio que obedece a una clara concepción imperialista, que nosotros –por padecerla de una manera dramática– conocemos bien.

[5] El *ethos* nacionalista. “Los nacionalistas no ven nunca los verdaderos valores de su nación, su nobleza cultural o el significado profundo de su genio nacional. Todo lo que ven es su poder, su ‘*glorie*’, su influencia política. El elemento decisivo que llena de orgullo el pecho del nacionalista no es lo sublime de su cultura, sino el número de kilómetros cuadrados de su país y el tamaño de su ejército”.

[6] Su concepto de amor a la patria es “inferior e impuro. En esencia, no es amor: es autoafirmación, deseo de poder, ansia de prestigio y autoglorificación”. Por esta razón sostiene que “La terrible herejía del nacionalismo no solo destruye la unidad de Occidente, sino que corroe individualmente a cada nación desde dentro”. Un abismo insalvable que le lleva a concluir: “El patriotismo y el nacionalismo son siempre mutuamente excluyentes”³⁰⁹:

“Y así, poco a poco, fuimos perdiendo nuestra herencia.

En lugar de afirmar los derechos del Hombre a través de sus individuos, hemos comenzado a hablar de los derechos de la Colectividad, hemos visto introducirse insensiblemente una moral de lo Colectivo que descuida al Hombre. Esta moral explicará claramente por qué el individuo debe sacrificarse a la Comunidad, pero no explicará ya, sin sacrificio del lenguaje, por qué una Comunidad debe sacrificarse por un solo hombre [...] nos hemos deslizado desde la Humanidad, que

³⁰⁸ Hildebrand, D. von, *Mi lucha contra Hitler*, Madrid, 2016, pp. 322-323.

³⁰⁹ Hildebrand, *Mi lucha contra Hitler*, Art. “Austria y el nacionalismo”, ob. cit., pp. 324-329.

se apoyaba en el Hombre, hacia ese hormiguero, que se apoya en la suma de los individuos. [...].

Los fieles de la nueva religión se opondrán a que una cantidad de mineros arriesguen la vida para salvar a un solo minero sepultado, pues con ello se dañaría a las piedras consideradas en bloque. [...] Estudiarán aritméticamente el bien de la Comunidad, y la aritmética los gobernaría [...] En consecuencia odiarán lo que no se les parece [...] Toda costumbre, toda raza, todo pensamiento extraño constituirá para ellos, necesariamente una afrenta”³¹⁰.

Un fiel reflejo de esta concepción lo podemos hallar en el más polémico de los juristas del siglo XX³¹¹, Carl Schmitt, quien no dudó en sustentar la alargada sombra de la homogeneidad y del rechazo que produce cualquier elemento exógeno a la civilización europea, al que se le ha de considerar un enemigo, un ser peligroso que debe ser aniquilado para preservar la pureza y la integridad de una cultura, de una raza y de una nación³¹², razón por la que sostiene que la democracia busca la identidad de un pueblo, su homogeneidad o, si se prefiere, la desigualdad formal con otras naciones:

“Toda auténtica democracia estriba no sólo en lo que lo igual sea tratado como igual, sino que, como una consecuencia inevitable suya, lo desigual no sea tratado de manera igual. Por tanto, forma parte, necesariamente, de la democracia, primero, la homogeneidad, y segundo –en el caso necesario– la separación o aniquilación de lo heterogéneo. [...] La fuerza de una democracia se revela en que sabe apartar o mantener alejado lo extraño y desigual, lo que amenaza la homogeneidad”³¹³.

Como podemos apreciar, para Schmitt la idea de democracia se vertebra en la igualdad –no en la libertad– y en la unidad de un pueblo, de una raza, de una cultura, de una lengua y de un pensamiento, una unidad que, al imponerse por la fuerza y la persecución, no admite ni la heterogeneidad ni menos aún la división. Por esta razón, para el jurista de cabecera del nacionalsocialismo, el liberalismo debe rechazarse porque supone la exaltación del individuo sobre el colectivo, la convivencia de las mayorías con

³¹⁰ Saint Exupéry, A. de, *Piloto de guerra*, ob. cit., pp. 189 y 194.

³¹¹ Küng, H., *El judaísmo, pasado, presente y futuro*, Barcelona, 1993, p. 226: “Los ‘casos’ más sonados fueron el filósofo y dócil rector nazi Martin Heidegger (¡miembro del partido hasta 1945!) y Carl Schmitt, especialista en derecho público y miembro del partido. Como muchos otros que ocuparon puestos de responsabilidad, ninguno de los dos consideró necesario, una vez terminada la guerra, admitir su fracaso, decirse arrepentido y confesar su culpa”.

³¹² Hitler, *Mi lucha*, ob. cit., pp. 17 y 464: “La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo, a pesar de todo. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común. Mientras el pueblo alemán no pueda reunir a sus hijos bajo un mismo Estado, carecerá de un derecho, moralmente justificado, para aspirar a una acción de política colonial. Sólo cuando el *Reich* abarcando la vida del último alemán no tenga ya la posibilidad de asegurar a éste la subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo, la justificación moral de adquirir posesión sobre tierras en el extranjero. El arado se convertirá entonces en espada y de las lágrimas de la guerra brotará el pan diario para la posteridad [...] Sólo un territorio suficientemente amplio puede garantizar a un pueblo la libertad y su vida. [...] no hay que perder de vista que, a la significación que tiene el territorio de un Estado como fuente directa de subsistencia, se añade la importancia que debe reunir desde el punto de vista político-militar. Cuando un pueblo tiene asegurada su subsistencia gracias al suelo que posee, deberá, sin embargo, preocuparse todavía, de la manera de garantizar la seguridad de este suelo; seguridad, que reside en el poder político general de un Estado, el cual depende a su vez, en gran parte, de la posición geográfico-militar del país”.

³¹³ Schmitt, C., *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*, Madrid, 2008, pp. 22-23.

las minorías —a las que no cabe sojuzgar³¹⁴—, la distinción neta entre lo público y lo privado, la libertad de mercado y de pensamiento, pero, sobre todo, la necesidad de limitar el poder absoluto del Estado en favor de las esferas autónomas, un anatema que no puede aceptar, porque tiene muy presente que quien se constituye en el pilar de la nación y del Estado no está supeditado a la ley, al Derecho, como lo está el Dios de Abraham a la ley moral, porque, como escribe Rodríguez de Yurre, “quien ha conquistado el poder y tiene en sus manos firmemente ese poder, tiene en sus manos la fuente del Derecho”³¹⁵, de ahí que la norma fundamental no pueda ser otra que la voluntad expresada por quien detenta el poder político —“el mundo es una fábrica de la voluntad (Schopenhauer)”³¹⁶—. Se proclama, así, un nuevo dogma: el Líder es la encarnación jurídica de la nación, su expresión jurídica. Por encima de él no existe norma jurídica alguna³¹⁷. Una realidad que refleja Xammar en su crónica de 14 de julio de 1934, en la que recoge las palabras vertidas por Goering en el Reichstag, tras la muerte de Ernst Röhm:

“Por su parte, Hermann Goering había publicado esta mañana unas declaraciones, afirmando que el derecho y la voluntad del jefe —de Hitler— eran una única y misma cosa. Es decir, que los actos ejecutados por Hitler, o mandados a ejecutar por él, son legales ipso facto. Así lo cree él, y así lo cree también, por lo visto, el propio Hitler”³¹⁸.

Por lo que respecta a Carlyle, la visión que aporta Russell no puede ser más negativa³¹⁹:

“Más compleja y más elocuente es la contribución de Carlyle. Éste, en 1843, escribió que la democracia es la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan. En 1870 aclamó la victoria de la ‘paciente, noble, profunda, sólida y piadosa Alemania’ sobre la ‘fanfarrona, vanagloriosa, gesticulante, pendenciera, intranquila, hipersensible Francia’ [...] Alabó la Edad Media, condenó las bolsas de viento parlamentarias, vindicó la memoria del dios Thor, de Guillermo el Bastardo, de Knox, de Cromwell, de Federico II, del taciturno doctor Francia y de Napoleón, anheló un mundo que no fuera ‘el caos provisto de urnas electorales’, abominó de la abolición de la esclavitud, [...], ponderó la pena de muerte, se alegró de que en toda población hubiera un cuartel, aduló, e inventó, la Raza Teutónica. [...]

³¹⁴ Métter, I., *La quinta esquina*, Barcelona, 2016, p. 85: “El antiguo fanático dice con orgullo: sí, me equivoqué, pero me equivoqué no en solitario sino con todos, con los mejores representantes del pueblo. [...] Nos ciega la magia de la razón constante y eterna que posee la mayoría. Pero la historia conoce no pocos casos en los que la minoría tenía razón”.

³¹⁵ Yurre, G.R. de, *Totalitarismo y egolatría*, Madrid, 1962, p. 254. Asimismo, Poliakov, L., *Les totalitarismes du XXe siècle. Un phénomène historique dépassé*, Paris, 1987, p. 245, remarca una frase del filósofo Martin Heidegger a uno de sus estudiantes, en la que ejemplifica la idea de la “nazionalización” de los conocimientos, al afirmar que las doctrinas y las ideas no son las reglas por las que se deben regir, porque solo el Führer y su ley representan la verdad alemana, presente y futura: “Que les doctrines et les idées ne soient pas les règles de votre être! Seul le Führer est la réalité allemande présente et futur, et sa loi”.

³¹⁶ Borges, “Los avatares de la tortuga”, ob. cit., p. 258.

³¹⁷ En el polo opuesto, Mill, J.S., *Sobre la libertad*, Madrid, 2017, p. 80: “en la parte que le concierne a él, su independencia es, de derecho absoluta. Sobre sí mismo, sobre su cuerpo y espíritu, el individuo es soberano”.

³¹⁸ Xammar, *Crónicas desde Berlín*, ob. cit., p. 204.

³¹⁹ Carlyle fue una presencia permanente en el “imaginario literario” de Borges. Con carácter ejemplificador, puede verse su alusión en el prólogo a *El jardín de senderos que se bifurcan*.

Bertrand Russell concluye: ‘En cierto modo, es lícito afirmar que el ambiente de principios del siglo XVIII era racional y el de nuestro tiempo, antirracional’. Yo eliminaría el tímido adverbio que encabeza la frase” (725)³²⁰.

Al analizar al gran teórico de los *strong men* –hombres fuertes–, Borges, en su breve introducción a las conferencias que Thomas Carlyle pronunció en 1840, señaló que para este “la democracia es la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan”³²¹. En efecto, Carlyle dejó constancia de que para él la Historia Universal, o lo que es lo mismo, “el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es, en el fondo, la Historia de los Grandes Hombres que aquí trabajaron. Fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. Todo lo que vemos en la tierra es el resultado material, realización práctica, encarnación de Pensamientos surgidos en los Grandes Hombres”³²².

A juicio de Carlyle, creer que el destino común es producto de despersonalizadas instituciones y del anónimo actuar de modestos ciudadanos es una mera quimera. Por esta razón sostuvo que “todos amamos a los grandes hombres; los amamos y nos postergamos humildemente ante ellos, porque es lo que más dignamente nos humilla. El verdadero hombre siente su superioridad al reverenciar lo que realmente le supera. El corazón no abraza sentimiento más noble ni bendito. Me complace observar que ni la lógica escéptica, ni la vulgaridad general, ni la hipocresía y aridez de cualquier época, pueden destruir esta noble lealtad innata, esta veneración arraigada en el hombre”³²³.

La consecuencia de esta forma de pensar le lleva a entender que el personalismo siempre es una amenaza latente para la democracia. No puede ser de otra forma, porque en el centro de esta concepción se halla una lógica política que atenta contra los principios que rigen y sustentan la democracia. Carlyle lo vio con claridad:

“Bien puede reconocerse como el más importante entre los Grandes Hombres aquel a cuya voluntad deben someterse y aceptar legalmente los demás, gozando de bienestar por ello; es resumen de *todas* las figuras del Heroísmo [...] Si logramos hallar en un país cualquiera el hombre más Capaz existente en él y lo elevamos al supremo sitio reverenciándolo lealmente, obtendremos el gobierno perfecto, pues ni las urnas electorales, elocuencia parlamentaria, sufragios, constitución ni otro mecanismo, podrán perfeccionarlo. *Más Capaz* quiere decir de corazón más sincero, justo y noble; precisamente por eso es lo más prudente y oportuno será lo que *nos diga hagamos*, cosa que en ningún otro sitio y en manera alguna podríamos saber, debiéndolo hacer con justo y leal agradecimiento, sin vacilar, puesto que nos interesa”³²⁴.

Como se puede advertir de sus palabras, su tesis se acoge milimétricamente a la definición aportada por Carr sobre la visión de la historiografía. A su juicio, “la tendencia a proclamar al genio individual como fuerza creadora de la Historia es característica de

³²⁰ Nietzsche, F., *La voluntad de poder*, Madrid, 2007, pp. 92-93.

³²¹ Carlyle, T. – Emerson, R.W., *De los héroes. Hombres representativos*, Traducción y estudio preliminar de Borges, México, 1999, p. XI.

³²² Borges, “Magias parciales del Quijote”, *Otras Inquisiciones*, ob. cit. p. 669: “En 1833, Carlyle observó que la historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender, y en el que también los escriben”; “Italia”, *Textos recobrados (1956-1986)*, Buenos Aires, 2003, p. 75: “Carlyle quería reducir la intrincada historia del mundo a las biografías de héroes”.

³²³ Carlyle – Emerson, *De los héroes. Hombres representativos*, ob. cit., p. XI.

³²⁴ Carlyle, T., *Los héroes*, Barcelona, 1999, pp. 177-178.

las fases primitivas de la consciencia histórica”³²⁵. Sin duda, esta fue la concepción que de la Historia tuvo Carlyle, quien reiteró, una y otra vez, que lo más reseñable en el devenir histórico es la acción del gran hombre, su inventiva y capacidad de transformación, todo lo demás vive a la sombra del genio, porque “son los grandes hombres quienes hacen a la Historia”. Una idea de la Historia que “declara con vigor y con plenitud”³²⁶ en el primer párrafo de su primera conferencia –así como en ulteriores párrafos–, fechada el 5 de mayo de 1840. En ella escribe:

“[...] la historia universal, el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que aquí trabajaron. Ellos fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. [...] La sociedad se basa en el Culto del Héroe [...] reverencia y obediencia a los hombres realmente grandes y sabios” [...] Ya dije que la Historia del Mundo es la Biografía de los Grandes Hombres”³²⁷.

En torno a este posicionamiento, Borges subraya que si bien “Para los deterministas, el héroe es, ante todo, una consecuencia; para Carlyle, es una causa”, razón por la que, en un mundo caduco, “no veía otro remedio que la abolición de los parlamentos y la entrega incondicional del poder a hombres fuertes y silenciosos. Rusia, Alemania, Italia han apurado hasta las heces el beneficio de esta universal panacea; los resultados son el servilismo, el temor, la brutalidad, la indigencia mental y la delación [...] En efecto, los héroes, para Carlyle, son intratables semidioses que rigen, no sin franqueza militar y malas palabras, a una humanidad subalterna [...]”³²⁸. Una concepción política que fue comprendida y asimilada por el nacionalsocialismo:

“Más importante que la religión de Carlyle es su teoría política. Los contemporáneos no la entendieron, pero ahora cabe en una sola y muy divulgada palabra: nazismo [...] Sobran los textos probatorios; el nazismo (en cuanto no es una mera vocalización de ciertas vanidades raciales que todos oscuramente poseen, sobre todo los tontos y los maleantes) es una reedición de las iras del escocés Carlyle”³²⁹.

“yo creo que lo que se llamó nazismo es una invención de Fichte y Carlyle. [...] Hemos tenido a Hitler y Mussolini, que son, de algún modo, bueno, caricaturas de los héroes que ansiaba Carlyle”³³⁰.

Como se desprende de los textos expuestos, en el idealismo romántico del autor escocés, así como en la interpretación que realiza Bertrand Russell, Borges descubre un espacio profundamente fértil para el posterior acomodo de los movimientos totalitarios del siglo XX. Varios podían ser los motivos.

Primero. El mapa histórico e intelectual descrito por Carlyle es el opuesto al racionalismo del siglo XVIII. En su peculiar visión de la Historia, no solo reivindica a la

³²⁵ Carr, E.H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1978, p. 69.

³²⁶ Borges, “Estudio Preliminar”, en Carlyle, *Los héroes*, ob. cit., p. X.

³²⁷ Carlyle, *Los héroes*, ob. cit., pp. 3, 13-14.

³²⁸ Borges, “Estudio Preliminar”, ob. cit., pp. X y XII-XIII; “Italia”, *Textos recobrados (1956-1985)*, ob. cit., p. 75.

³²⁹ Borges, “Estudio Preliminar”, ob. cit., p. XI.

³³⁰ Borges – Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 176.

Edad Media –visión que compartimos–, sino que se vislumbra un profundo rechazo por el pensamiento crítico, y en particular por la Ilustración, hasta el punto que llegar sostener:

“Para Carlyle, en cambio, la historia se confunde con la justicia. Vencen quienes merecen la victoria, principio que revela a los estudiosos que la causa de Napoleón fue intachable hasta la mañana de Waterloo e injusta y detestable a las diez de la noche”³³¹.

Segundo. El resultado lógico de su idealismo es la concepción de una teoría política que gira en torno a una figura que pretende que sea incontestable: la del héroe. Este ideal configura un mundo jerarquizado de orden teológico, en el que no tiene cabida el debate ni menos aún el disenso, porque el héroe no es solo un símbolo de la nación, es mucho más: es la encarnación y el motor que rige la Historia. En él se sintetiza el orden, la fuerza y la grandeza necesaria para guiar a un pueblo, por lo que no necesita de consensos, justificaciones o argumentos:

“Porque, si recapacitamos, no era necesario que la Época se desplomase, de haber hallado su gran hombre, un hombre sabio y bueno: sabiduría para discernir lo que la Época requería para conducirla por el buen camino; eso es lo que salva una Época [...] El rayo es el Gran Hombre, con su fuerza emanada de la mano de Dios [...] La más triste prueba de pequeñez que puede dar un hombre es la incredulidad en los grandes hombres. El síntoma más pobre de una generación es la ceguera general ante la llama espiritual, que pone su única fe en la haz de la leña”³³².

En virtud de estas notas, la reflexión de Bertrand Russell: “los acontecimientos políticos toman su color muy frecuentemente de las teorizaciones de tiempos anteriores”, se ha de entender como la génesis propiciatoria para el auge y desarrollo del nacionalsocialismo alemán.

La reflexión esgrimida por Bertrand Russell deja huella en un hombre tan escéptico como Borges, quien asume que sus posturas le acercan a una concepción próxima al totalitarismo. Entre estas posturas cabe destacar los siguientes rasgos:

[1] Rechazo a la democracia.

[2] Exaltación de la raza teutónica.

[3] Lamento por la abolición de la esclavitud.

[4] Un aprecio –nada disimulado– por la pena de muerte, lo que le aleja del ideal de libertad soñado por el escritor argentino³³³:

“Carlyle descreía profundamente de la democracia. Hay quienes han considerado –y entiendo que con toda razón– a Carlyle como precursor del nazismo, pues creyó en la superioridad de la raza germánica. Los años 1870-71 fue la guerra franco-prusiana. Casi toda Europa –lo que fue Europa intelectual– estaba de parte de Francia. El famoso escritor sueco Strindberg escribiría después: ‘Francia tenía razón, pero Prusia tenía cañones’. Esto es lo que se sintió en toda Europa. Carlyle estaba de parte de Prusia. Carlyle creyó que la fundación del Imperio Alemán sería el principio de una era de paz para Europa – [tras] lo acaecido luego con las guerras mundiales pudimos apreciar lo erróneo de su juicio–. Y Carlyle publicó dos cartas en las cuales decía que el conde de Bismarck fue un hombre incomprendido y que

³³¹ Borges, “Estudio Preliminar”, ob. cit., p. XII.

³³² Carlyle, *Los héroes*, ob. cit., p. 14.

³³³ Hayek, F.A., *Camino de servidumbre*, Madrid, 2017. Vid. Cap. XII.

el triunfo ‘de la Alemania, que piensa profundamente, sobre la frívola, vanagloriosa y belicosa Francia’ sería un beneficio para la humanidad”³³⁴.

10. Discurso de Agradecimiento a la Sociedad Argentina de Escritores (*Sur*, julio de 1945)³³⁵

“Es curiosa la suerte del escritor. Al principio es barroco, vanidosamente barroco, y al cabo de los años puede lograr, si son favorables los astros, no la sencillez, que no es nada, sino la modesta y secreta complejidad”. Jorge Luis Borges, “Prólogo”, *El otro, el mismo*.

Como todo escritor, Jorge Luis Borges se ha planteado los interrogantes y los enigmas que han intrigado a la Humanidad desde su origen: la divinidad, el ser humano, el tiempo, el lenguaje, las leyes secretas que rigen la vida, la libertad, el conocimiento, el universo como laberinto, la verdad o la muerte. Buena parte de las respuestas las encontró en las infinitas lecturas que los libros le aportaron, y a los que tanto debe, pero otras las halló en los sucesos sociales y políticos que le tocó vivir y padecer, y de los que quiso dar buena cuenta en algunos de sus artículos, ensayos o relatos; pero también en los acontecimientos más entrañables de su vida, como fue su *Discurso de Agradecimiento a la Sociedad Argentina de Escritores*, celebrado en julio de 1945.

El origen de este Discurso cabe remontarlo al “Desagravio” que la revista *Sur* le dedicó en 1942, cuando la Comisión Nacional de Cultura, “Con excepción del voto favorable de Eduardo Mallea, [...] y de Álvaro Melián Lafinur”, no le otorgó el Premio Nacional de Literatura por su libro *El jardín de senderos que se bifurcan*³³⁶.

Tres años después, en “un año doblemente significativo porque marca, en el plano internacional, el triunfo de los aliados y el fin de la Segunda Guerra Mundial y, en el plano nacional, el inicio de las presidencias peronistas, la Sociedad Argentina de Escritores, institución que nuclea a liberales y socialistas que apoyan la causa aliada y que se percibe como un bastión del antiperonismo crea [...] el Gran Premio de Honor de la SADE. Como un modo de completar el resarcimiento iniciado con el desagravio de *Sur*, la institución le entrega el premio a Borges por la reciente edición de *Ficciones*”³³⁷.

La sinceridad se impone. También el profundo reconocimiento. Borges inicia su discurso con tres verbos transitivos: “Me conmueve, me entenece, me enorgullece, la distinción que acaban de depararme” (300). Tres verbos con los que pretende advertir un profundo, sincero y humilde agradecimiento. Tres verbos con los que se despojaba de toda vanidad, la propia del escritor o del académico –“No sé cómo expresar mi agradecimiento, sin que lo contamine del algún modo la humildad o la vanidad”–.

³³⁴ Borges, J.L., *Borges Profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 2000, p. 150.

³³⁵ Borges, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., pp. 300-302.

³³⁶ Podlubne, J., “Sur 1942: El ‘Desagravio a Borges’ o el doble juego del reconocimiento”, *Variaciones Borges*, 27 (2009), pp. 43-44.

³³⁷ Podlubne, “Sur 1942: El ‘Desagravio a Borges’”, ob. cit., pp. 61-62.

Una vez más en la vida y en la obra de Borges, el destino se ha cruzado en su camino para “tramar sabiamente las circunstancias de este honor”:

[1] La calidad del jurado.

[2] La unanimidad del fallo.

[3] La victoria y la paz alcanzada tras la Segunda Guerra Mundial.

Tres circunstancias que le han permitido alcanzar “la felicidad sin remordimiento”. Una vida de lecturas, y veinte años de producción literaria, “han precedido a la donación de este símbolo”. Años más tarde obtendría el beneplácito prácticamente unánime de la crítica y del público; no así del “Ilustre Comité” que concede los Premios Nobel de Literatura –“la vergüenza queda en la Academia sueca”³³⁸-. Como vemos, la miseria y la cicatería no es privativa de ningún ámbito o colectivo, y menos aún del literario, donde la envidia y la ceguera lo presiden. Borges lo sabe, y escribe:

“Mitridates Eupator [...] se alimentaba de azarosos venenos; también el hombre se alimenta de sombra, de amargura, de frustración, de inacabables tardes inútiles y de olvido” (300).

Su alegría no solo atañe a su persona, también al género que tanto le gusta: el fantástico³³⁹; un género que no suele ser bien valorado por la crítica literaria, siempre más propicia a valorar aquellos textos que se acomodan a la realidad más física y palpable, como si esta se pudiera ceñir, tejer o constreñir a un canon literario sobre el que no hay certeza y menos aún unanimidad. Lógicamente, Borges discrepa abiertamente de esta forma de entender la Literatura:

“Cabe sospechar que la realidad no pertenece a ningún género literario; juzgar que nuestra vida es una novela es tan aventurado como juzgar que es un colofón o un acróstico. Sueños y símbolos e imágenes atraviesan el día; un desorden de mundos imaginarios confluyen sin cesar en el mundo; nuestra propia niñez es indescifrable como Persépolis o Uxamal” (301).

No lo puede ver así quien ha comprendido que no se crio en un arrabal de Buenos Aires, sino en una “biblioteca de ilimitados libros ingleses”, en ese barrio de Palermo, uno de los más bellos de Buenos Aires, en el que estaba su casa, su biblioteca y su encierro personal. Un Palermo que es literario y es real, porque la ficción y la cotidianidad, la fascinación y el drama personal se reflejan en un infinito espejo, en el que todo se incluye y se comprende cuando se recorren aquellos barrios de Palermo, justo cuando la vida se iniciaba para Borges³⁴⁰:

“Así, durante muchos años, yo creí haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de un largo muro, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y de la guitarra andaba (me aseguran) en las

³³⁸ Krause, M., “Prologo. Política y filosofía política”, en Ruiz, A., *La filosofía política de Borges*, ob. cit., p. 19.

³³⁹ Borges – Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 39: “Ya que no sabemos si el universo pertenece al género realista o al género fantástico, la diferencia estaría en el lector, ante todo, y en la intención del escritor también ¿no? Pero, desde luego, según el idealismo, todo es fantástico o todo es real. Vendría a ser lo mismo”; “Los caminos de la imaginación”, *Textos recobrados, 1956-1986*, ob. cit., p. 243.

³⁴⁰ Borges, “Recuerda Vd. Quién le enseñó las primeras letras”, *Textos recobrados (1931-1955)*, ob. cit., p. 18.

esquinas, pero quienes poblaron mis mañanas y dieron agradable horror a mis noches fueron el bucanero ciego de Stevenson, agonizando bajo las patas de los caballos, y el traidor que abandonó al amigo en la luna y el viajero del tiempo, que trajo del porvenir una flor marchita, y el genio encarcelado durante siglos en el cántaro salomónico y el profeta velado del Jorasán, que detrás de las piedras y de la seda ocultaba la lepra. Han transcurrido más de treinta años, ha sido demolida la casa en que me fueron reveladas esas ficciones, he recorrido las ciudades de Europa, he olvidado miles de páginas, miles de insustituibles caras humanas, pero suelo pensar que, esencialmente, nunca he salido de esa biblioteca y de ese jardín. ¿Qué he hecho después, qué haré, sino tejer y destejer imaginaciones derivadas de aquéllas?” (301)³⁴¹.

Tras este melancólico recuerdo del barrio de su infancia, Borges da paso a una somera descripción de su obra escrita y proyectada. Pero cuando el lector piensa que su discurso se va a cerrar con una nueva reflexión de ámbito literario, el escritor da un giro de ciento ochenta grados. Del conjunto de argumentos narrativos expuesto, nada hacía preluir su embate contra el nacionalsocialismo. Dejemos que sus palabras hablen por sí mismas:

“Quiero añadir algunas palabras sobre un problema que el nazismo propone al escritor. Mentalmente, el nazismo no es otra cosa que la exacerbación de un prejuicio del que adolecen todos los hombres: la certidumbre de la superioridad de su patria, de su idioma, de su religión, de su sangre. Dilatada por la retórica, agravada por el fervor o disimulada por la ironía, esa convicción candorosa es uno de los temas tradicionales de la literatura. No menos candoroso que ese tema sería cualquier propósito de abolirlo. No hay, sin embargo, que olvidar que una secta perversa ha contaminado esas antiguas e inocentes ternuras y que frecuentarlas, ahora, es consentir (o proponer) una complicidad” (302).

Como se puede advertir, estamos ante una reflexión que trasciende del ámbito puramente literario para transitar por los senderos de lo jurídico, lo político, lo moral y lo social. No exageramos si decimos que en este párrafo conclusivo se puede ver resumido lo que supuso el nacionalsocialismo, ya sea como realidad social o como influencia pasada, presente y futura.

Varios son los aspectos que el autor deja para su análisis y comprensión:

Primero. Define al nacionalsocialismo como un prejuicio mental que, en mayor o menor medida, todos podemos padecer. Es el prejuicio de la superioridad, ya sea territorial, idiomática, religiosa o racial, un prejuicio que sumerge a las naciones y a los individuos en un espacio sin tiempo ni verdad³⁴². Este matiz político lleva a Mariela Blanco a sostener:

³⁴¹ Borges, “Prólogo”, *Evaristo Carriego*, ob. cit., p. 101.

³⁴² Léon Poliakov, *Les totalitarismes du XXe siècle*, Paris, 1987, p. 187, señala que se puede observar, desde muy antiguo, la existencia de un sentimiento de superioridad, de supremacía y de hegemonía de los alemanes sobre el resto de naciones. En concreto, advierte que los primeros humanistas alemanes se pusieron al servicio del Emperador Maximiliano I, motivo por el que redactaron escritos que legitimaban su autoridad, según constaba en los títulos de la hegemonía del Santo Imperio germánico. A su vez, acudieron a dos extractos de Tácito que no cesaron de ser citados durante los siglos siguientes, al sugerir un sentimiento de una pureza racial: “De leur côté, les premiers humanistes allemands, se mettant au service de l’Empereur maximilien Ier, rédigeant des écrits à l’appui des titres à l’hégémonie du Saint-Empire germanique ou du germanisme; deux passages du Tacite qui ne cesseront d’être cités au cours des siècles suivant, suggèrent déjà le sentiment d’une pureté raciale”.

“A partir de este fragmento, queda claro que para Borges, la confusión que hay que evitar en este caso es la unión de literatura y nacionalismo, ideología de la que abominó desde muy joven y que lo condujo al rápido abandono del proyecto criollista debido a su precoz toma de conciencia de la alianza entre nacionalismo y totalitarismo”³⁴³.

Su devastadora crítica al nazismo se debe encuadrar dentro de un marco ideológico mayor, como es el nacionalismo o el patriotismo de vía estrecha³⁴⁴, una concepción que absorbe una de sus variantes más radicales: la ideología nacionalsocialista; de ahí que en *Nuestro pobre individualismo* evidencie, una vez más, que nunca fue ajeno a los hechos que acontecen en la Historia, máxime cuando esa Historia relega el yo/individuo al yo/Estado, y del que no está exento el campo cultural argentino³⁴⁵:

“Las ilusiones del patriotismo no tienen término. En el primer siglo de nuestra era, Plutarco se burló de quienes declaran que la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto; Milton, en el XVII notó que Dios tenía la costumbre de revelarse primero a sus ingleses; Fichte, a principios del XIX, declaró que tener carácter y ser alemán es, evidentemente lo mismo. Aquí, los nacionalistas pululan; los mueve, según ellos, el atendible o inocente propósito de fomentar los mejores rasgos de los argentinos. Ignoran, sin embargo, a los argentinos; en la polémica, prefieren definirlos en función de algún hecho externo; de los conquistadores españoles (digamos) o de una imaginaria tradición católica o del ‘imperialismo sajón’”³⁴⁶.

Segundo. La concepción de un poder totalitario es uno de los temas propios de la Literatura. Lo recuerda Fiodor Dostoievski en su obra *Los hermanos Karamazov*, en donde pone en boca del *Gran Inquisidor* la siguiente sentencia:

“Nosotros hemos rectificado tu obra, y la hemos basado en el *milagro*, el *misterio*, sobre la *autoridad*. Los hombres se han puesto muy contentos al verse conducidos otra vez como un rebaño”³⁴⁷.

Tercero. Intentar censurarlo o abolirlo sería un acto tan candoroso como imposible. Toda una lección que trasmite Borges a las generaciones venideras. Por desgracia, sus palabras o bien no han sido leídas o bien no han sido comprendidas. La denominada cultura de la cancelación se está imponiendo, y con ella la más letal de las censuras: la que prohíbe o aconseja la lectura de muchos de los grandes clásicos, desde Shakespeare a Orwell. La razón: no entran dentro de la ortodoxia y del canon de lo políticamente correcto.

Cuarto. Esta última consideración no es contradictoria con señalar que “esta secta perversa” ha contaminado la vida y la sociedad, por lo que frecuentarla, asumirla o promocionarla es un acto de complicidad, un acto miserable y repudiable que ningún

³⁴³ Blanco, M., “Parodia y política en la escritura en colaboración de Borges”, *Variaciones Borges* 23 (2007), p. 87.

³⁴⁴ Borges, “La forma de la espada”, *Ficciones*, ob. cit., p. 491: “Acudí a la menos perspicaz de las pasiones: el patriotismo”.

³⁴⁵ Sosnowski, S., “Memorias de Borges (Artificios de la Historia)”, *Variaciones Borges* 10 (2000), pp. 81-82.

³⁴⁶ Borges, “Nuestro pobre individualismo”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 658.

³⁴⁷ Dostoievski, F., *Los hermanos Karamázov*, Madrid, 1989, “El gran Inquisidor”, p. 413.

demócrata puede aceptar. La prueba la hallamos recogida en sus conversaciones con Piglia, en las que el propio autor reconoce que a partir de 1943 su respuesta al nazismo fue la de abandonar todo localismo –“el Quijote de Menard [...] Desatiende o proscribe el color local”³⁴⁸–, tal y como se puede apreciar en su afamado relato *La muerte y la brújula*:

“Entonces dice: si yo sigo en esa línea del nacionalismo, estoy haciendo lo que los nazis están llevando adelante. Era 1943: un año terrible, Hitler estaba dominando toda Europa. Entonces, el efecto es escribir “La muerte y la brújula”, que es un texto sobre el antisemitismo y la tradición judía”³⁴⁹.

Una visión que leemos en “La secta del Fénix”, un relato en el que el investigador-narrador advierte que la probable cohesión que se da entre los miembros de una secta no es el sustrato ideológico, sino el rito instintivo y repetitivo, lo que la convierte en un rito carente de todo sentido:

“Sin un libro sagrado que los congregate como la Escritura a Israel, sin una memoria común, sin esa otra memoria que es un idioma, desparramados por la faz de la tierra, diversos de color y de rasgos, una sola cosa –el Secreto– los une y los unirá hasta el fin de sus días. Alguna vez, además del Secreto hubo una leyenda (y quizá un mito cosmogónico), pero los superficiales hombres del Fénix la han olvidado y hoy sólo guardan la oscura tradición de un castigo. De un castigo, de un pacto o de un privilegio, porque las versiones difieren y apenas dejan entrever el fallo de un Dios que asegura a una estirpe la eternidad, si sus hombres, generación tras generación, ejecutan un rito”³⁵⁰.

Quinto. Finalmente, Borges concluye con una declaración tan precisa e introspectiva que deja al lector –como intuyo que les ocurriría a quienes asistieron al acto– tan huérfano de palabras como sumido en una profunda emoción:

“Carezco de toda vocación de heroísmo, de toda facultad política, pero desde 1939 he procurado no escribir una línea que permita esa confusión. Mi vida de hombre es una imperdonable serie de mezquindades; yo quiero que mi vida de escritor sea un poco más digna” (302).

Los viejos retazos del lenguaje de la política suelen dejar mella. También en Borges. Sabe que su fuerza no se halla en un heroísmo del que carece, sino en la invención que su nutrido pensamiento le aporta. Son sus palabras, recogidas en numerosos e impagables textos literarios, las que le han otorgado un merecido prestigio. Pero solo a un deseo se adhiere: que su obra, ya que no su vida, sea digna de ser recordada.

Quienes accedemos a leer al verdadero Borges, no albergamos la mínima duda de que tanto su seductora obra como su dilatada vida –en él, vida y obra son inseparables– no permanecerán ocultas por el polvoriento olvido³⁵¹.

³⁴⁸ Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, ob. cit., p. 448.

³⁴⁹ Hernáiz, S., “Borges, reescritor. En torno a ‘El escritor argentino y la tradición’ y la intriga de sus contextos de publicación”, *Estudios filológicos* 63 (2019), p. 87.

³⁵⁰ Borges, “La secta del Fénix”, *Ficciones*, ob. cit., p. 523.

³⁵¹ Tan unida estaba su vida a su obra que dejó por escrito: “Vida y muerte le han faltado en mi vida”. Cfr. Borges, “Prólogo”, *Discusión*, ob. cit., p. 5

11. Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores (*Sur*, 8 de agosto de 1945)³⁵²

“No es preciso erigir un laberinto cuando el universo ya lo es”. Jorge Luis Borges, “Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto”, *El Aleph*.

A lo largo de una vida las ideas fluctúan. Lo mismo ocurre con las personas: el tiempo y las circunstancias, a menudo, nos obligan a cambiar³⁵³. Pero siempre surge un pensamiento, un hecho, un acontecimiento o una realidad que nos permite permanecer fiel a nuestras creencias más profundas. Por lo que respecta a Borges, su visión del nacionalismo no varió nunca, es más, diría que su pesimismo sobre lo que supuso –y supone– el nacionalismo se acentuó con el paso de los años. Lo mismo podríamos decir de su desconfianza sobre los gobiernos. Un buen ejemplo lo hallamos en el diálogo que mantiene con Osvaldo Ferrari. En sus extensas conversaciones podemos encontrar algunas de las reflexiones que pronunciara el 8 de agosto de 1945:

“yo creo que uno de los males de esta época es el nacionalismo; pero la gente, salvo que uno les pida una opinión, una persona más o menos está lista para leer un libro de cualquier país, de cualquier época; no está cerrándose continuamente. Pero los gobiernos sí. El oficio de ellos es insistir en los límites. Y la gente no [...] Me parece que siempre los gobiernos [...] pertenecen a épocas perimidas, o atrasadas”³⁵⁴.

Nunca se desdijo de estas palabras, todo lo contrario: siempre las mantuvo latentes a lo largo de su azarosa vida. En su artículo titulado *Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada*, fechado en septiembre-octubre de 1956, y publicado en la revista *Sur*, llega a afirmar:

“Dije en Montevideo, y ahora repito, que el régimen de Perón era abominable, que la revolución que lo derribó fue un acto de justicia y que el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos [...] Está afirmado, para quienes sepan oírlo, que en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal o, como dijeron los persas, la luz y la tiniebla o, como dijeron otros, Dios y el Demonio”³⁵⁵.

Esa niebla o ese Demonio era, para Borges, el nacionalismo, en su versión peronista. Es una realidad que sintió en su propia carne. Como ha quedado escrito, su compromiso político en favor de las democracias occidentales que luchaban contra el totalitarismo fue claro y reiterativo a partir de los años treinta. Consecuente con su inquebrantable ética, alzó su voz contra una forma de gobierno –la del general Perón– que se asemejaba, en su práctica totalidad, a una dictadura populista y nacionalista. Las consecuencias no tardaron en llegar. En septiembre de 1948, su hermana Norah es detenida en la cárcel del Buen Pastor, y su madre Leonor, por razón de su avanzada edad, es retenida en su domicilio. Por lo que respecta a Borges, es nombrado inspector de aves

³⁵² Borges, “Palabras pronunciadas por Borges, J.L. en la comida que le ofrecieron los escritores”, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., pp. 303-304.

³⁵³ Borges, “El Aleph”, ob. cit., p. 598: “un hombre se confunde, gradualmente, con la forma de su destino; un hombre es, a la larga, sus circunstancias”.

³⁵⁴ Borges – Ferrari, *Reencuentro*, ob. cit., p. 176.

³⁵⁵ Borges, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., pp. 173 y 174.

de corral en los mercados de Buenos Aires³⁵⁶. Su íntima amiga, la escritora Victoria Ocampo, es detenida en mayo de 1953, permaneciendo un mes en la concurrida cárcel del Buen Pastor. Ante el desalentador panorama de una Argentina de la que bien se podía decir –parafraseando lo escrito en *La forma de la espada*– que “no sólo era para nosotros el porvenir utópico y el intolerable presente; era una amarga y cariñosa mitología³⁵⁷”:

“Hace un día o un mes o un año platónico (tan invasor es el olvido, tan insignificante el episodio que voy a referir) yo desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero en una biblioteca municipal de los arrabales del Sur. Nueve años concurrí a esa biblioteca, nueve años que serán en el recuerdo una sola tarde, una tarde monstruosa en cuyo decurso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró las islas Británicas, y el nazismo, arrojado de Berlín, buscó nuevas regiones. En algún resquicio de esa tarde única, yo temerariamente firmé alguna declaración democrática; hace un día o un mes o un año platónico, me ordenaron que prestara servicios en la policía municipal. Maravillado por ese brusco avatar administrativo, fui a la Intendencia. Me confiaron, ahí, que esa metamorfosis era un castigo por haber firmado aquellas declaraciones. Mientras yo recibía la noticia con debido interés, me distrajo un cartel que decoraba la solemne oficina. Era rectangular y lacónico, de formato considerable, y registraba el interesante epigrama *Dele-Dele*. No recuerdo la cara de mi interlocutor, no recuerdo su nombre, pero hasta el día de mi muerte recordaré esa estafalaria inscripción. *Tendré que renunciar*, repetí, al bajar las escaleras de la Intendencia, pero mi destino personal me importaba menos que ese cartel simbólico” (303-304).

Leído este largo fragmento, se nos viene a la memoria aquel otro pasaje de *Funes el mentiroso*, en el que Borges escribe: “Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano”. Esa misma presión es la que pudo sentir nuestro escritor cuando, por haber firmado un manifiesto en favor de la democracia, en “una tarde monstruosa en cuyo decurso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró las islas británicas, y el nazismo, arrojado de Berlín”, fue depuesto de su cargo de bibliotecario.

Como vemos, su nuevo destino le alejaba de su ámbito literario: pasó a formar parte de las nutridas filas de la policía municipal. No cabe mayor y más trágica paradoja que convertir a un escritor en policía, en un censor de la palabra, en un inquisidor laico del pensamiento. Una patética realidad solo superada por un símbolo, el símbolo de un régimen cuyo emblema bien podría ser “el interesante epigrama *Dele-Dele*”, en el que el autor ve –en lo absurdo de la expresión– lo que las palabras esconden: la faz oscura de una censura que golpea y embrutece. No en vano, en *El jardín de senderos que se*

³⁵⁶ Ocampo, V., “Visión de Borges, J.L.”, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 55 (diciembre de 1961). Se recoge en nota 1, *Jorge Luis Borges en Sur*, ob. cit., p. 303: “Borges se vio obligado a renunciar a su cargo en la biblioteca Miguel Cané. Victoria Ocampo narra el episodio: “Sorprendido por el nombramiento de inspector de aves de corral, Borges preguntó a un alto funcionario municipal por qué había sido elegido para el puesto, habiendo tantos empleados capaces de ocuparlo. ‘¿Fue usted partidario de los aliados?’, le interrogó el funcionario. ‘Sí’, dijo Borges. ‘Entonces, ¡qué quiere!’”. Asimismo, Vargas Llosa, *Medio siglo con Borges*, ob. cit., pp. 78-79.

³⁵⁷ Borges, “La forma de la espada”, ob. cit., p. 492.

bifurcan, Stephen Albert recuerda que: “Omitir *siempre* una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla”³⁵⁸.

“No sé hasta dónde el episodio que he referido es una parábola. Sospecho, sin embargo, que la memoria y el olvido son dioses que saben bien lo que hacen. Si han extraviado lo demás y si retienen esa absurda leyenda, alguna justificación los asiste. La formulo así: las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muera prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor. ¿Habré de recordar a lectores del *Martín Fierro* y de *Don Segundo* que el individualismo es una vieja virtud argentina?” (304).

Su experiencia personal y familiar le llevan a una certera conclusión: la memoria, como el olvido, son dioses que conocen bien su oficio. Este no es otro que permitir que releguemos los hechos intrascendentes que nos suceden a lo largo de nuestra vida para que podamos recordar los hechos relevantes.

De nuevo, la pregunta se asoma al alfeizar de nuestra ventana: ¿a qué hechos se refiere? Naturalmente a la opresión que ejercen los regímenes totalitarios en nuestras vidas y en el conjunto de la sociedad, porque toda dictadura fomenta la opresión, el servilismo, la crueldad y la idiotez, cuando no un “proteccionismo y un paternalismo moral” que solo pueden conducir al despotismo más abyecto³⁵⁹. En su conferencia titulada *La literatura alemana en la época de Bach*, podemos leer:

“A los alemanes no les ha bastado con ser crueles; han creído necesario construir una teoría previa de la crueldad, una justificación de la crueldad como postulado ético”³⁶⁰.

Puede sorprender, y a buen seguro que así sucederá, que de los cuatro sustantivos, a Borges el que más abominable le parece es la idiotez. Seguramente discrepemos, pero le podemos entender. Para un escritor que el Estado, o un gobierno en particular, fomente la idiotez supone reducir al ser humano a una triste monotonía, porque esta reduce su capacidad de comprensión y de reflexión, limita su espíritu libre y crítico, cercena su palabra y su visión de la realidad, e impide que se pueda liberar de cualquier dogma o de toda opresión. No puede ser de otra manera, porque la idiotez nos convierte en “hombres huecos”, que diría T. S. Eliot³⁶¹, en hombres que se desvanecen en la fría soledad que impregna el Estado-Minotauro. Cuando esto sucede, en nuestras mentes revolotean las palabras vertidas por Yu Tsun en *El jardín de senderos que se bifurcan*:

³⁵⁸ Borges, “El jardín de senderos que se bifurcan”, ob. cit., p. 479.

³⁵⁹ Borges, “El caso ‘Lolita’. Declaración de un grupo de intelectuales”, *Borges en el Sur*, ob. cit., p. 310.

³⁶⁰ Borges, “La literatura alemana en la época de Bach”, *Textos recobrados (1931-1955)*, ob. cit., p. 316.

³⁶¹ Eliot, T.S., “Los hombres huecos”, I, (*Cuatro Cuartetos*), *Tierra baldía, Cuatro cuartetos y otros poemas*, Barcelona, 2001, p. 81.

“Pensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres, pero no de un país: no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes”³⁶².

Ante esta realidad, comprendemos el deseo que expresa acerca de que la vida no se debe reducir a un único espacio, por extenso que sea, sino que se tiene que abrir a un crecimiento espiritual y cultural, alejado de todo expansionismo y de toda intromisión del Estado en nuestras vidas.

“Es preciso, pues, restituir a la vida humana una tercera dimensión. Es necesario profundizarla. Es necesario incardinar a la humanidad hacia un destino racional y valedero. Que el hombre vuelva a capitalizar siglos en vez de capitalizar leguas. Que la vida humana sea más intensa en lugar de más extensa”³⁶³.

Si retornamos a la “Nota” que estamos analizando, vemos que ante un Manifiesto en favor de la democracia, suscrito por Borges, la respuesta del Estado peronista no se dejó esperar: el hombre que había obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1941 tenía que ser despedido de su honroso cargo en la Biblioteca Nacional. Pero, como bien sabemos, la osadía de quien se enfrenta al Estado no puede quedar oculta. Su escarnio tiene que visualizarse en la piel del réprobo³⁶⁴. Su cargo debía prostrarlo y humillarlo a los ojos de la comunidad: el aclamado escritor pasaba a ser un mero inspector de mercados de aves y de frutas³⁶⁵. El cerco a su persona había concluido. Pero no su obra ni su pensamiento, que no pudo caer en el olvido. Para la eternidad han quedado textos como *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, una obra cuya estructura narrativa se asemeja a la metáfora de la destrucción de la Historia, tal y como aparece descrita en *1984*. En este relato leemos que en una sociedad secreta, sus trescientos miembros deciden crear un nuevo planeta llamado Tlön, cuya complejidad no es menor a la de la Tierra. Durante cerca de cien años se redacta la nueva enciclopedia de Tlön, que servirá de base para otra más minuciosa, *Orbis Tertius*. El resultado no pudo ser más revelador: contravenir las leyes naturales de la Historia solo conduce a manipular la realidad, y con ella, la destrucción de la Historia y de la verdad:

“El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) ‘idioma primitivo’ de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso–. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no yerran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la

³⁶² Borges, “El jardín de senderos que se bifurcan”, ob. cit., p. 475.

³⁶³ Borges, “La penúltima versión de la realidad”, ob. cit., p. 290.

³⁶⁴ En análogo sentido, Zamiátiñ, E.I., “Carta de Zamiátiñ a Stalin”, *Cartas a Stalin*, Madrid, 1991, pp. 80 y 83: “Escupir al diablo se considera una buena acción y nadie se priva de hacerlo, de una forma u otra. En todas mis obras se ha detectado una intención diabólica [...] Independientemente del contenido de mis escritos, basta la siempre aparición de mi firma para calificarlo de criminal [...] Cualquier editorial interesada en editar mis trabajos se expone al fuego inmediato”.

³⁶⁵ Vaccaro, A., *Borges. Vida y literatura*, Buenos Aires, 2006, pp. 445-453.

Segunda Enciclopedia de Tlön. Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön”³⁶⁶.

Cabe preguntarse, con Borges, ¿qué hacer para que la humanidad no se convierta en una sociedad disciplinada y sujeta al continuo control del Estado? La solución no es la ausencia de Estado, como preconizaba Borges³⁶⁷. La solución, en palabras de Jean-François Revel, “es vivir en una sociedad pluralista donde el contrapeso institucional de otras doctrinas y otros poderes siempre nos impide llegar con los nuestros hasta el final”³⁶⁸. Solo en ella podremos comprender que “Buscar y decir la verdad, tal y como se piensa, no puede ser nunca un delito. A nadie se le debe obligar a creer. La conciencia es libre”. Esta es una verdad que se halla recogida en el libro que la vida escribe a diario. Por esta razón, cuando el hombre se separa de la realidad que vive, las ideas, como los regímenes políticos, se envilecen:

“Las ideas mueven al mundo, sobre todo las malas. Si todos los juicios sobre la realidad estuvieran sacados de ella misma, si todos se hubieran confrontado lealmente con ella, el comunismo hubiera durado menos de seis semanas”³⁶⁹.

¿Es necesario insistir? Por extraño que parezca, sí, porque, en no pocas ocasiones, hasta que el cisne no entona su último y melodioso canto, la sociedad no es consciente de lo que supone el silencio sobre la verdad. Lo advierte Aldous Huxley: “Grande es la verdad, pero más grande todavía, desde el punto de vista práctico, el silencio sobre la verdad”³⁷⁰. Es una reflexión que hiere y sobrecoge, y aún más cuando se afirma que en un Estado totalitario “el silencio no basta”. Su fin es otro: “lograr que la gente ame su servidumbre”. Con esta claridad se expresa el autor de *Un mundo feliz*: “Inducirles a amarla es la tarea asignada en los actuales estados totalitarios a los ministerios de propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela”³⁷¹. De esta forma tan sutil se llega a ese *mundo feliz*, a esa “uniformización del producto humano”, o lo que es lo mismo, a su deshumanización³⁷².

Una verdad tenemos que tener presente: cuando nos enfrentamos al totalitarismo, como recuerda el epigrama griego sobre Platón, debemos asumir que “Tomemos la dirección que tomemos, nos toparemos con él en el camino de vuelta”³⁷³. Pero no cabe el desaliento. La trascendencia del tema nos obliga a caminar, y a no temer la admonición vertida por el narrador de *La biblioteca de Babel*: “La certidumbre de que todo está

³⁶⁶ Borges, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, *Otras inquisiciones*, ob. cit., p. 443.

³⁶⁷ Borges- Ferrari, *Diálogo I*, Buenos Aires, 1998, p. 220: “[...] para mí el Estado es el enemigo común ahora; yo querría –eso lo he dicho muchas veces– un mínimo de Estado y un máximo de individuo. Pero, quizá sea preciso esperar [...] no sé si algunos decenios o algunos siglos –lo cual históricamente no es nada–, aunque yo, ciertamente no llegaré a ese mundo sin Estados. Para eso se necesitaría una humanidad ética, y además, una humanidad intelectualmente más fuerte de lo que es ahora, de lo que somos nosotros; ya que, sin duda, somos muy inmorales y muy poco inteligentes comparados con esos hombres del porvenir, por eso estoy de acuerdo con la frase: ‘Yo creo dogmáticamente en el progreso’”.

³⁶⁸ Revel, J.F., *Memorias, El ladrón en la casa vacía*, Madrid, 2007, p. 39.

³⁶⁹ Revel, J.F., *El renacimiento democrático*, Barcelona, 1992, p. 156.

³⁷⁰ Huxley, A., *Un mundo feliz*, Barcelona, 1999, “Prefacio del autor”, p. 19. En torno a esta obra, Adorno, T. W., *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*, Barcelona, 1962, p. 101, la definió como: “El Brave New World es un único campo de concentración que, liberado de su contradicción, se tiene a sí mismo por Paraíso Terrestre”.

³⁷¹ Zweig, S., *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*, Barcelona, 2012, p. 151.

³⁷² Huxley, A., *Un mundo feliz*, ob. cit., pp. 18-20.

³⁷³ Lewis, C. S., *Dios en el banquillo*, Madrid, 1996, p. 10.

escrito nos anula o nos afantasma”³⁷⁴. No dejemos que los fantasmas del pasado recobren su vida para anular la nuestra. No lo hagamos, “porque –como escribiera Orwell– la esclavitud ya no es una base estable para la sociedad humana”³⁷⁵.

Bibliografía seleccionada

Adorno, T. W.

1. *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*, Barcelona, 1962.
2. *Ensayos sobre la propaganda fascista. Psicoanálisis del antisemitismo*, Barcelona, 2001.

Adorno, T. W. - Max horkheimer, M., *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, 1994.

Aizenberg, E.

1. *El tejedor del Aleph. Biblia, Kábala y judaísmo en Borges*, Madrid, 1986.
2. “Postmodern or Post-Auschwitz Borges and the Limits of Representation”, *Variaciones Borges*, 3 (1997).
3. Deutsches Requiem 2005, *Variaciones Borges*, 20 (2005).

Alazraki, J.

1. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges: Temas–Estilo*, Madrid, 1974.
2. *Jorge Luis Borges: el escritor y la crítica*, Madrid, 1976.
3. *Versiones. Inversiones. Revisiones*, Madrid, 1977.
- 4 “Jorge Luis Borges”, *Narrativa y crítica de nuestra Hispanoamérica*, Ed. Joaquín Roy, Madrid, 1978.
5. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, Madrid, 1983.

Aletta de sylvas, G., “‘Deutsches Requiem’: Borges y una visión del nazismo”, *A contra corriente*, 10, 2, (otoño, 2013).

Alifano, R.

1. *Conversaciones con Borges*, Madrid, 1986.
2. *El humor de Borges*, Buenos Aires, 1995.

Améry, J., *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia, 2013.

Arendt, H.

1. *Los orígenes del totalitarismo*, III, Madrid, 1982.
2. *Ensayos de comprensión. 930-1954. Formación, exilio y totalitarismo*, Madrid, 2005.
3. *Diario filosófico, I*, Barcelona, 2006.
4. *Responsabilidad personal y colectiva*, Barcelona, 2020.

Balderston, D.

1. “Revelando las falacias del nacionalismo: de ‘Viejo hábito argentino’ a ‘Nuestro pobre individualismo’”, *Variaciones Borges*, 46 (2018).
2. “‘Anotación al 23 de Agosto de 1944’: Reflections on a Newly Acquired Manuscript”, *Letras* (Enero-Junio, 2020).

Barnatán, M. R., *Conocer Borges y su obra*, Barcelona, 1978.

Barrenechea, A. M., “El apasionado y lúcido Borges”, *Espacios de crítica y producción*, 25 (noviembre-diciembre, 1999).

Barrientos, J. J., “El camino a Damasco”, *Borges y la imaginación*, México, 1985.

Berstein, R. J., *El mal radical*, Buenos Aires, 2005.

Bioy Casares, A., *Borges*, Barcelona, Destino, 2006.

Blanco, M.

1. “Parodia y política en la escritura en colaboración de Borges”, *Variaciones Borges* 23 (2007).

³⁷⁴ Borges, “La Biblioteca de Babel”, *Ficciones*, ob. cit., p. 470.

³⁷⁵ Orwell, *James Burnham y la revolución de los escritores* (1 de mayo de 1946), *Ensayos*, ob. cit., p. 776.

2. *Invencción de la nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*, Córdoba, 2020.
- Bloom, H., *El canon occidental*, Barcelona, 2009.
- Borges, J. L. - Ferrari, O.
1. “La política y la cultura”, *Reencuentro. Diálogos inéditos*, Buenos Aires, 1999.
 2. *Diálogos*, Barcelona, 1992/ Buenos Aires, 1998.
 3. *En diálogo/ II*, Buenos Aires, 2005.
- Bravo, P. - Paoletti, M., *Borges Verbal*, Buenos Aires, 1999.
- Burgin, R., *Conversaciones con Jorge Luis Borges*, Madrid, 1974.
- Calvo González, J., “‘La Casa’, metáfora edilicia constitucional. Variaciones literarias de diseño y crisis constructiva en Poe, Cortázar y Borges”, *Doxa*, 42 (2019).
- Carlyle, T., *Los héroes*, Barcelona, 1999.
- Carlyle, T. – Emerson, R. W., *De los héroes. Hombres representativos*, México, 1999.
- Carr, E. H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1978.
- Clark, T., *Arte y propaganda en el siglo XX. La imagen política en la era de la cultura de masas*, Madrid, 2000.
- Dorta Sánchez, W., “Interrogar el vacío: ‘Deutsches Requiem’ y algunos discursos sobre la Shoah”, *Variaciones Borges*, 37 (2014).
- Evans, R. J., *El Tercer Reich en guerra*, Barcelona, 2017.
- Farías, V., *Heidegger y el nazismo*, Paris, 1987.
- Faye, E., *Heidegger. La introducción del Nazismo en la Filosofía*, Madrid, 2018.
- Fernández-Crehuet López, F., *Hegel bajo la esvástica. La Filosofía del Derecho de Karl Larenz y Julius Binder*, Granada, 2017.
- Forti, S., *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, 2008.
- Friedländer, S., *Una psicosis colectiva: el antisemitismo nazi*, Buenos Aires, 1972.
- Goldhagen, D. J., *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, 1997.
- Gómez López-Quñones, A., *Borges y el nazismo: Sur (1937-1946)*, Granada, 2004.
- Genette, G., *Umbrales*, México, 2001.
- González, J. E., *Borges and the Politics of Form (Latin American Studies)*, New York and London, 1998.
- Gurwitsch, A., “Algunas raíces filosóficas del nazismo”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, XV (2010).
- Haffner, S., *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002.
- Hernaiz, S., “Borges, reescritor. En torno a ‘El escritor argentino y la tradición’ y la intriga de sus contextos de publicación”, *Estudios filológicos* 63 (2019).
- Hirsch, H., *GENOCIDE and the Politics of Memory*, Chapel Hill & London: University of North Carolina Press, 1995.
- Hitler, A., *Mi lucha*, Santiago de Chile, 2007.
- Ingrao, CH., *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, 2017.
- Irby, J., “Encuentro con Borges”, *Revista de la Universidad de México* (1962).
- Jurado, A., *Genio y figura de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, 1996.
- Klemperer, V., *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001.
- Kershaw I., *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, 2004.
- Kohan, M., “El enigma de Guayaquil: el secreto de la argentina”, *Variaciones Borges*, 16 (2003).
- Krause, M., “Prologo. Política y filosofía política”, en Adramis Ruiz, *La filosofía política de Jorge Luis Borges*, Madrid, 2015.
- Lawrence, R., “Religious Subtext and Narrative Structure in Borges’ ‘Deutsches Requiem’”, *Variaciones Borges*, 10 (2000).
- Lenz, S., *Lección de alemán*, Madrid, 2016.
- Levin, N., *The Holocaust. The Destruction of European Jewry 1933-1945*, New York, 1973.
- Lévinas, E., *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, México, 2001.
- Louis, A.

1. “Borges y el nazismo”, *Variaciones Borges. Revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*, 4 (1997).
 2. *Borges ante el fascismo*, Oxford, 2007.
 3. *Jorge Luis Borges. Obras y maniobras*, Santa Fe, 2013.
 4. “El autor entre dictadura y democracia, fama nacional e internacional”, *Revista Letral*, 14 (2015).
- Lvovich, D., *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, 2003.
- Martín, J., “Borges, ¿nominalista o antinomialista?”, *Variaciones Borges*, 30 (2010).
- Mateo, F., *El Otro Borges: Entrevistas (1960-1986) reunidas por Fernando Mateo*, Buenos Aires, 1997.
- Morin, R., *Breve historia de la barbarie de Occidente*, Buenos Aires, 2006.
- Mosse, G. L., *La cultura nazi. La vida intelectual, cultural y social en el tercer Reich*, Barcelona, 1973.
- Nagel, M. von, “The Nazi Legacy: Fearful Silence for Their Children”, *The Boston Globe*, October 23, 1977.
- Nuño, J., *La Filosofía de Borges*, México, 1986.
- Obarrio Moreno, J. A.
1. *Iura et humanitas. Diálogos entre el derecho y la literatura*, Madrid, 2017.
 2. *El mundo jurídico de Franz Kafka: El proceso*, Madrid, 2018.
 3. *Un estudio sobre la Antigüedad: la Apología de Sócrates*, Madrid, 2018.
 4. *Diálogos entre el derecho y la literatura: los totalitarismos. 1984 (George Orwell)*, Madrid, 2021.
 5. *Diálogos entre el derecho y la literatura: los totalitarismos. Cartas a un amigo alemán (Albert Camus)*, Madrid, 2021.
- Ortega y Gasset, J.
1. *Meditación de Europa*, Madrid, 1960.
 2. *La rebelión de las masas*, Barcelona, 1983.
 3. *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee*, Madrid, 1966.
- Pauls, A., *El factor Borges*, Barcelona, 2004.
- Peicovich, E., *Borges, el palabrista*, Madrid, 1980.
- Piglia, R., *Crítica y ficción*, Barcelona, 2001.
- Podlubne, J., “Sur 1942: El ‘Desagravio a Borges’ o el doble juego del reconocimiento”, *Variaciones Borges*, 27 (2009).
- Poliakov, L., *Les totalitarismes du XXe siècle. Un phénomène historique dépassé*, Paris, 1987.
- Popper, K.
1. *La miseria del historicismo*, Madrid, 1961.
 2. *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, 1983.
 3. *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, 1984.
 4. *En busca de un mundo mejor*, Barcelona, 1994.
- Revel, J.-F.
1. *El renacimiento democrático*, Barcelona, 1992.
 2. *Memorias. El ladrón en la casa vacía*, Madrid, 2007.
- Riding, A., *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, Barcelona, 2011.
- Rodríguez Monegal, E., *El juicio de los parricidas: la nueva generación argentina y sus maestros*, Buenos Aires, 1956.
- Roth, J., *La filial del infierno en la tierra*, Barcelona, 2018.
- Ruiz, A., *La filosofía política de Jorge Luis Borges*, Madrid, 2015.
- Sala Rose, R.
1. *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003.
 2. *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*, Barcelona, 2007.
- Sarlo, B., *Borges en las orillas*, Madrid, 2007.
- Savater, F., *Borges: la ironía metafísica*, Barcelona, 2008.
- Scavino, D., *El sueño de los mártires. Meditaciones sobre la guerra actual*, Barcelona, 2018.
- Semprún, J., *Pensar en Europa*, Barcelona, 2006.

- Sierra, A., *El mundo como voluntad y representación. Borges y Schopenhauer*, San Francisco – London – Bethesda, 1998.
- Sosnowski, S., “Memorias de Borges (Artificios de la Historia)”, *Variaciones Borges* 10 (2000).
- Speer, A., *Memorias*, Barcelona, 2001.
- Steiner, G.
 1. *George Steiner en diálogo con Ramin Jahanbegloo*, Barcelona, 1994.
 2. *Heidegger*, México, 1999.
 3. *Nostalgia del Absoluto*, Madrid, 2013/2020.
- Traverso, E.
 1. *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, 2001.
 2. *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, 2001.
 3. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Buenos Aires, 2009.
- Vaccaro, A., *Borges. Vida y literatura*, Buenos Aires, 2006.
- Vargas Llosa, M., *Medio siglo con Borges*, Madrid, 2020.
- Wiesenthal, S., *Los límites del perdón*, Barcelona, 1998.
- Williamson, E., *Borges, una vida*, Buenos Aires, 2006.
- Xammar, E. *Crónicas desde Berlín, (1930-1936)*, Barcelona, 2005.
- Yurre, G. R. de, *Totalitarismo y egolatría*, Madrid, 1962.
- Zambrano, M.
 1. *La agonía de Europa*, Madrid, 1988.
 2. *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*. Barcelona, 1989.
 3. *El hombre y lo divino*, Madrid, 2007.
- Ziemer, G., *Education for Death. The Making of a Nazi*, Oxford, 1941.